

LOS GIGANTES DEL TRUENO

Francisco Javier Parera Gutiérrez

PRÓLOGO

Recordad, ¡oh, emperador! que cuando subió al trono de Sarjania Kunreor IV hubo de nuevo conjuras de importantes personajes para preparar su caída. Por aquellas semanas se presentó un mercenario kossetanio que cayó en desgracia ante su tribu. Su nombre era Ratjur y en la Corte necesitaban a soldados expertos para la protección del emperador, por tanto pasó a formar parte de la Guardia Personal.

Entonces se inició una confabulación que, a pesar de no figurar en nuestras crónicas, siempre se recordará como el Año de los Gigantes por la tradición del pueblo. Pero yo os contaré que sucedió en aquellos días de tensión y quizá esa narración haga olvidar las adversidades que nos obligan a vivir en el olvido y el hastío. Quizá también lo haga para recordar la desesperación de un pueblo orgulloso.

Las baladas de Jaran, el Ciego.

LIBRO PRIMERO

LA CONJURA DE LAS TINIEBLAS

De la oscuridad acudirán unos sombríos guerreros como los cuervos que auguran una próxima desgracia. Y, reunidos en una cámara, hablarán de asesinar a su rey y de engañar a un pueblo.

Después de una certera conjura, sentarán al trono a los gigantes del trueno. Un hermano desapareció en la noche y el otro, que dormía en la tumba, ahora descansaría sobre un dorado lecho. Los dos nacieron en una noche de tormenta, el trueno les trajo a este mundo. Durante un mes de torrenciales lluvias uno huyó de Sarjania y desapareció en los Montes del Dragón Rojo, sin embargo las leyendas aseguran que realizó un largo viaje por el Mar Occidental. El hermano mayor se convirtió en un prestigioso general y, después, en el emperador de la joya de Occidente. Murió envenenado en un banquete por envidias de los cortesanos. El día de su muerte el trueno marcaba su fin, pero las augurios de los brujos de la Estrella Púrpura decían que otra tormenta les devolvería a ese líder.

Las profecías de Sven, el Tuerto

CUANDO LA GENTE CONSPIRA

El ruido de la tempestad aumentaba gradualmente. La insidiosa lluvia no cesaba y la reinante oscuridad de la noche era rasgada con frecuencia por el brillante relámpago, mientras el trueno seguía después en el camino del miedo. La buena gente de Sarjania no recordaba en su vida una tormenta de semejante fuerza y los más viejos predecían entre rumores en sus aisladas cabañas la proximidad de un peligro sin nombre.

Un jinete con el rostro oculto avanzaba con prisa por un amplio camino mientras el barro dificultaba el ímpetu del majestuoso corcel. El hombre se acercaba a una majestuosa mansión, una enorme casa de altas columnas de mármol que escondía cierta armonía arquitectónica, capaz de rivalizar con el palacio del emperador Kunreor IV.

Grandes extensiones de robles envolvían el destacado edificio, pues se trataba de los dominios del margrave Julius. Un delgado individuo esperaba al jinete y, mientras el recién llegado entraba en la casa, el caballo ocupaba un lugar en los establos. El personaje penetró en una ancha estancia de viejos muebles de madera

que revelaban cierta maestría dentro del complicado y exquisito estilo de Oriente.

El hombre se quitó la capa y mostró su serio rostro. Se trataba de un personaje altivo, con el cabello castaño muy cortado y con pequeños rizos. En aquel momento, en el otro extremo de la sala apareció otro individuo de estatura media y cabellera negra, el cual destacaba por sus ojos fríos y calculadores.

Su voz expresaba un carácter firme.

-Bienvenido a mi casa, general Fulvius – dijo-. Pensaba que no acudiríais a la cita de esta noche. Aseguran que la tormenta ha cortado algunos caminos.

-Me han informado que el río Vardorer se ha desbordado de nuevo, margrave –prosiguió el militar-. ¡Y he atravesado la zona del peligro con muchos riesgos! Pero por fin he llegado a vuestra mansión.

-Siempre admiré el valor con el cual honrais parte del ejército del emperador. ¡Venid conmigo a la otra sala! Nos aguardan el resto de los invitados.

Los dos individuos entraron en una enorme estancia iluminada con fuerza por unas potentes velas. En una mesa se encontraban sentados dos personajes. Uno de ellos, el príncipe Craso, era un hombre alto, pelirrojo, y el otro destacaba por sus largos hábitos de color carmesí y su amplia capucha que no permitía ver su rostro en los primeros momentos.

Los ojos el general se dilataron por la sorpresa al contemplar al encapuchado.

-¡Balkaj, el hechicero! –exclamó el militar.

El poderoso brujo se reverenció y Fulvius recordó en breves segundos su historia. Algunos afirmaban con terror que pertenecía a una antigua raza de vengativos magos. En una primitiva época, cuando Sarjania sometía a los reinos de Zranak y Kurm, los hechiceros de la Estrella Púrpura llegaron a atemorizar a los humanos y unos desaparecidos cronistas hablaron con estremecimiento de ese pueblo, gobernado por la nigromancia. Balkaj había sido el amo de ese círculo hacía años, pero cuando subió al poder Saureor I, el padre de Kunreor, mantuvo una respetuosa distancia con esa hermandad de hechiceros, adoradores del maligno dios Krar y abolió los sacrificios de esclavos, lo cual causó malestar entre ellos. En el templo de la ciudad fue motivo de oscuros rumores, sin embargo debieron callarse cuando además se autorizó el culto a Larmork y Ashara, deidades benignas. El joven Balkaj protestó pues hasta el momento los anteriores emperadores habían tenido un trato amistoso con ellos. De hecho eran quienes mantenían con la magia negra a un gobernante en su trono, pero el astuto Saureor se rodeó de su fiel ejército, de hechiceros de magia blanca y de los sacerdotes de Larmork e Ishara y decretó el destierro de Balkaj para evitar revueltas.

Después de largos meses de incierto viaje por los reinos e Kurm y Krajn y por el Mar de Kasjún fue acogido en Katai, el reino de altivas pagodas de resplandecientes tejados y plateadas murallas.

Transcurrieron unos años y aquel temido mago regresaba. Sus ojos no podían disimular el odio y la venganza, capaz de tambalear el orden del Universo.

Ahora aquellos individuos se reunían para derrocar el pacífico gobierno de Kunreor. Balkaj sonreía siniestramente mientras dejaba que el resto de los personajes conspirasen, porque entre sus ambiciosos planes, parecía esconder otras ideas.

-La situación no es tan complicada como nos imaginábamos, pero presenta también sus inconvenientes –dijo Julius mientras se levantaba de su silla-. La mitad de las ciudades del imperio sarjano, entre ellas Iselia, Istalia y Barurk, donde estamos ahora, se encuentran bajo el mando militar del general Fulvius, que a escondidas, ha conseguido ponerlas a nuestro servicio. Sus capitanes están esperando mi señal para marchar contra la capital y el estúpido emperador no sabe nada todavía.

-Sin embargo ya veréis, amigo Julius, que no podremos hacer nada contra Kunreor dentro de su palacio. Deberíamos alejar a Ratjur, ese perro que ha marchado de las tribus kossetanias y ha venido a nuestras tierras. Nuestro emperador comprende que debe rodearse de

poderosos guerreros y se murmura que quizás pronto ese desterrado sea nombrado capitán de la guardia, otro barrera que no nos permite entrar en la capital para derrocarlo.

-Afortunadamente en Sarjania se han producidos pequeños levantamientos. Me han informado que cierta parte de la población se manifestó en las puertas del palacio y hablaron bien de nosotros como si fuésemos unos nuevos libertadores.

-Un hecho es significativo, me refiero a matar de una vez a Ratjur. Si no eliminamos a este molesto testigo, nunca llegaremos a las mismas cámaras del emperador para asesinarlo.

El silencio dominó la estancia como un sombrío espectro de épocas olvidadas.

-Será difícil el primer paso -proseguió Julius lentamente-. Tengo mis informaciones sobre este individuo. Fue desterrado de su tribu y el Consejo de Ancianos, arrastrado por la presiones de amigos cercanos, ordenó la marcha de Ratjur. Pertenece a una importante familia de guerreros que siempre había defendido sus fronteras a la altura del río Vardorer. Se dice que por proteger a una doncella que iba a ser forzada por un guerrero de la tribu rival, le buscaron problemas después y él pensó que la mejor solución era abandonar su tierra.

“Es un hábil mercenario y ahora su espada está al servicio de Kunreor. Muchos enemigos han intentado acabar con su vida, pero los resultados han sido infructuosos. Hablamos de un

prestigioso guerrero que pronto se casará con una hermosa camarera del palacio. También comentan que es muy generoso y con parte de su dinero ganado compró la libertad de esa muchacha y pasó al servicio de la Corte. Vuelvo a afirmar que tendremos serios obstáculos para alejar a ese hombre de la capital.

Y el fantasma del silencio se paseó de nuevo entre los conjurados.

-Balkaj... ¿Que opináis de esto? -preguntó Julius-. Desde el comienzo de la reunión habéis permanecido muy callado.

-Vuestras ideas parecen buenas –contestó el brujo con voz siniestra-. Como habéis dicho, matar a un mercenario, experimentado en múltiples batallas, será una tarea muy difícil, pero no os preocupéis. Ratjur caerá... como otros adversarios que han osado enfrentarse a mi poder.

“Pronto veremos su cabeza atravesada en una lanza desde las murallas del palacio. ¿Dudáis de mí? Tú, Julius, que deseabas tener entre tus brazos a aquella muchacha que era la fiel esposa de un soldado... ¿Recuerdas su enigmática muerte? Ningún veneno acabó con él y la espadas nunca sellaron su fin. Fue sólo la magia negra de Balkaj, el fulminante poder de una raza que pronto resurgirá de su pasado.

-Todos se horrorizan cuando recuerdan la macabra muerte del rival de Julius –añadió el margrave-. Los médicos del palacio dijeron que aquel hombre comenzaba a pudrirse como un

cadáver y todavía estaba entre los vivos, mientras soportaba la misteriosa enfermedad que enviasteis desde la sombras.

-Sí, confiad en mi fuerza. Pertenezco a la Estrella Púrpura y tuvimos nuestra dorada época de poder hace siglos, cuando Rajn II inició su etapa de conquistas, pero ese estúpido Saureor nos perjudicó. Ahora realizamos nuestros rituales de modo clandestino en el castillo de Kurj, en la cordillera de Warlug, aunque en el Templo de Krar se permita sólo el culto sin sacrificios humanos. Es el momento de unirnos para derrocar al emperador. Después volveremos a instaurar con más fuerza el culto a Krar y sus deseados sacrificios en la capital.

-Esperamos pronto tu ayuda –continuó Julius-. Pero en estos momentos Ratjur debe marchar de la Corte. Una conspiración al norte en las Fuentes del río Jur, por ejemplo, le podría llevar hasta allí. Decimos que los tribus de los Arion y los Llorark de la Tierra del Hielo se han unido y han cruzado el río Duir, han tomado el Bosque de los Abedules y el Valle de las Doncellas para situarse en el nacimiento del Jur donde acampan antes de avanzar hacia el sur. Kaureor no lo tolerará y seguramente mandará que acuda Ratjur con parte de las tropas, dejando sin líder a la capital. Mientras, Fulvius podría tomar Sarjania con la escasa defensa que quedaría con el emperador. Después capturaríamos al mercenario y acabaríamos con su vida.

Los presentes escucharon la palabras del margrave entre un sombrío silencio, pero en sus rostros se notó un cierto escepticismo.

-No soy partidario de esa idea -interrumpió Balkaj-. El actual emperador podrá ser un hombre pacífico, pero nunca será un idiota-. No esperéis que todo el ejército abandone las murallas de la ciudad. Kunreor podría delegar a Fulvius para la misión y el guerrero kossetanio permanecería en el palacio a su lado. El verdadero plan consiste en dejar la capital en manos de nuestros partidarios y alejar sólo a Ratjur.

-¿Y qué idea sugerís? –preguntó Julius.

-Robaremos el cetro, entonces el poder del emperador se debilitará, pues pronto, en el mes de Brumoso, se celebrará una nueva sesión entre los diversos príncipes y él. Y si no aparece con la citada vara, podrían sobrevenir las primeras rebeliones que serían en realidad el germen de nuestra gran confabulación.

“A continuación el emperador se desesperaría ante ese peligro y enviaría enseguida a Ratjur para buscar el objeto. Un vez alejado, caeríamos sobre la capital. El otro general que queda en la ciudad eres tú, Fulvius. Todos te seguirían y Kunreor y su familia serían encarcelados en las mazmorras hasta ser ejecutados. El cetro se encontraría en nuestra fortaleza, el castillo de Kurj, en la cordillera de Warlug y la magia de nuestros hechiceros la vigilaría constantemente. Y mientras el mercenario se dirige al lugar, un puñado de

soldados, bien pagados, se encargaría de cumplir el resto del trabajo sucio: ¡Asesinarlo!

-¿Cómo pensais que el mercenario sea el escogido para recuperar la vara? -preguntó el margrave.

-Es fácil. Los príncipes han sido convocados por estas fechas y no conviene que Kunreor pierda el tiempo en confiar una arriesgada misión a cualquier pusilánime. Y sin duda enviará al kossetanio para ello. Además, por su fuerza y carácter, puede ser el único que se atreva a ir a Kurj.

-Pero... ¿Cómo robaréis la vara? Se halla custodiada por veinte guardias en una torre del palacio.

-Ahora vereis parte del oscuro poder de los magos, ciegos adeptos de Krar.

¿QUÉ SERVIDOR ME ENVÍAS?

La voz del encapuchado sonaba lúgubrementemente en la estancia y sus susurrantes palabras hacían temblar a la reducida concurrencia mientras ésta hacía grandes esfuerzos para resistir el miedo que daba el individuo. El brujo alzó sus delgadas manos mientras se arrodillaba.

De sus labios surgió un siniestro cántico, tan antiguo como la aparición del Mar de Kasjún, pero su canción era difícil para ser entendida, pues los citados susurros parecían provenir de una lengua desaparecida, un idioma que no era el sarj culto, ni el vulgar. Los ojos de Balkaj brillaron en la penumbra de la sala y sus pupilas se dilataron para adquirir un color carmesí, vivo, semejante al fuego.

Los conspiradores notaban cómo un espectral frío dominaba sus cuerpos. El mago sacó con un gesto de triunfal solemnidad un pequeño cuchillo que tenía entre sus hábitos y a continuación se hizo un pequeño rasguño en un brazo. La sangre manaba copiosamente y una pequeña mancha destacaba sobre el enlosado suelo. Balkaj mojó la punta daga con el líquido rojo y trazó a su lado un atrevido signo que ya

estaba prohibido en los mismos Pergaminos de Karalós. Al ver la horrible marca, los conjurados palidieron, pues sabían por leyendas que aquellos dibujos no se realizaban hacía siglos. El poder de la nigromancia se iba transmitiendo y todavía seguía con su escondida fuerza.

El brujo continuaba sus antiguos hechizos. Ahora sus palabras ganaban un tono de amenaza y el cántico aumentaba de una manera gradual mientras los presentes se tambaleaban por el constante miedo, un miedo que se volvió ilimitado cuando la severa mirada del hechicero se desvió hacia ellos durante unos indecibles unos segundos.

-Sarrakar mar yar tala –dijo.

El mago hablaba claramente a través de unas sonoras palabras, entre unos espantosos ruidos de la garganta, una garganta que no parecía humana. Entonces los rostros de los traidores se horrorizaron por la sorpresa, pues la mancha sanguinolenta y el signo comenzaban a despedir un inquietante resplandor. Los rayos cegaban a los conspiradores y la voz de Balkaj quedó interrumpida por el anhelado trueno de la tempestad en el exterior.

Después el silencio siguió. El enigmático brillo no permitía ver qué sucedía. Los confabuladores se cubrían los ojos con sus manos para protegerse y era la solución adecuada para no contemplar el repugnante ritual que marcaba la velada.

Entonces se escuchó de nuevo la voz de Balkaj que poseía una tonalidad ronca y desagradable a la vez.

-¿Qué servidor nos envías, oh dios Krar? – preguntó el mago-. Desde los inmemorables tiempos de la mítica Sarj, nosotros, los embajadores de las tinieblas, siempre hemos cumplido fielmente con tus ideas. En los altares de los templos prohibidos las víctimas gritaban dolorosamente mientras la voluptuosa sangre se deslizaba por la piedra negra. ¡Dime, oh, dios Krar! ¿Qué nuevo servidor nos envías?

Las palabras se interrumpieron de un modo brusco y el silencio volvió a atormentar a los traidores entre el reinante resplandor que nadie osaba decir de dónde provenía. Transcurrieron unos largos segundos. Después se escucharon unos abominables rugidos mientras un repugnante hedor dominaba la sala, lo cual dejó a los confabuladores como prisioneros de unos vértigos sin nombre.

El ciego brillo desapareció de repente y cuando los nobles apartaron las manos de sus ojos, vieron un horror que nunca se borraría de sus mentes. Ante ellos se encontraba un ser antropoide, que medía aproximadamente un par de metros. Era jorobado y su rostro, semejante a la cara de un perro, mostraba unos colmillos amarillentos. En sus ojos se reflejaba el intento de matar por diversión. Su voluminoso cuerpo de gorila estaba cubierto por pelo hirsuto.

El brujo comenzó a reír y sus desgarradoras carcajadas resonaron en la estancia entre el continuo trueno de la tempestad. Los presentes retrocedieron unos pasos ante la enorme bestia. Sólo Balkaj sabía de dónde provenía la citada criatura y seguidamente el mago saludó al enviado de las sombras, el escogido para realizar un ambicioso plan, una astuta intriga capaz de derribar reinos.

RUGIDOS EN LAS TINIEBLAS

Flavius, un soldado alto y de cabello castaño, vigilaba una de las dos puertas de la torre donde se escondía el cetro. El palacio se hallaba sumergido en un océano de tinieblas en aquella fría noche de invierno. En la esbelta construcción había más joyas y el muchacho era un fiel guardián que custodiaba el lugar hacía cinco años. Nunca había pasado nada durante sus numerosos turnos.

Sin embargo en los últimos días había escuchado muchas historias sobre fantasmas en la Corte y en aquel instante los nervios dominaron su estado de ánimo porque afirmaban que ciertas desapariciones de objetos se podrían realizar desde el mundo de las sombras. Y por supuesto esas joyas no se volvían a ver jamás.

Durante los primeros años de reinado de Kunreor disminuyeron esos posibles robos, pero en las ruidosas y mugrientas tabernas, los propios ladrones mencionaban en voz baja los escasos intentos, ayudados por el mundo de la brujería.

Flavius se sintió por unos momentos muy cansado y alzó la vista para mirar la cadavérica

luna que se ocultaba de un modo tentador entre las oscuras nubes. De esta manera el patio interior del palacio quedó bañado por las sombras con increíble rapidez. Escuchó un rumor de pisadas y se dio prisa para coger su lanza con las dos temblorosas manos.

Se preparó para un eventual ataque.

-¡Alto!- ordenó.

Otro guardia dobló la esquina y Flavius respiró con cierto alivio.

-Estás muy alterado hoy—dijo el soldado-. Debes tranquilizarte, muchacho.

Después del saludo, hablaron unos largos minutos que el asustado centinela agradeció. Luego cada uno continuó su tarea. La luna seguía sin aparecer y en el paraje se respiraba una atmósfera de inquietud.

En aquel instante una gigantesca sombra saltó por la muralla para caer sobre la delgada capa de hierba que tapizaba el suelo del patio. Una encorvada silueta de tambaleante caminar se aproximó a Flavius y el desdichado guardián nunca supo qué era aquella criatura, pues se situó en su espalda y los dedos de una peluda mano estrujó las vértebras su cuello. El soldado cayó muerto sobre el suelo sin pronunciar gemido alguno y el silencio reinó en el lugar.

La bestia entró por la puerta de la torre y comenzó a subir unos escalones de piedra. Se movía pesadamente, pero pronto llegó a una sala, donde dos guardias hablaban entre bromas obscenas. Al contemplar el macabro ser, los

individuos levantaron sus lanzas. A pesar de sus lentos movimientos, la miedo que jugaba a favor de la criatura, paralizó a los hombres y la bestia fue más rápida. Estranguló a un vigía con una mano, mientras con la otra fracturaba de un seco golpe el cráneo del siguiente centinela.

Sus poderosos brazos convirtieron en astillas la puerta y después entró en una estancia iluminada por potentes antorchas. El monstruo cogió la vara con incrustaciones de piedras preciosas, un objeto valioso que solamente podía llevar el emperador. La bestia abandonó la cámara, bajó por los escalones y de repente su carrera se vio frenada por un reducido grupo de guardias, quienes habían acudido a la sala de las joyas por los extraños ruidos que se oían antes en la planta baja.

Los gruesos puños del monstruo fueron implacables martillos y el enfrentamiento fue en una auténtica carnicería. Los guerreros iban cayendo lentamente con graves heridas y otros se retiraban con miedo ante el incontenible avance del enemigo.

Se escucharon alaridos de terror que se acompañaban por unos desgarradores rugidos. Los puños de la bestia se volvieron rojos y la sangre se deslizaba por la escalera. En su loca huida, algunos soldados resbalaban por el líquido carmesí. Ante la superioridad de la criatura, el resto de los vigías abandonaron momentáneamente la torre, mientras se daba la alarma en todo el palacio. La guardia del edificio

se despertó y se preparó para el inesperado ataque en breves minutos. Precipitadamente los guerreros salieron al patio y vieron con perplejidad cómo pequeñas manchas de sangre teñían la hierba. Se rumoreó que unos pocos hombres tuvieron tiempo de observar a una enorme silueta que saltaba por la altiva muralla.

Al entrar en la torre, un desagradable espectáculo se reveló ante los ojos de los soldados. Allí vieron cadáveres con cráneos y cuellos destrozados, tumbados sobre los escalones. Y después de la masacre, la luz de la luna se volvió a asomar como un reflejo de ironía entre las nubes que se apartaban con solemnidad.

-¡Han robado el cetro! –exclamó un soldado cuando salió de la cámara.

-¡Calla, estúpido! –ordenó el capitán de la guardia-. ¿Quieres sembrar el miedo? No perdamos la calma y seamos prudentes. Debemos informar de ello al emperador. Y vosotros, leales hombres a Sarjania... De momento no habéis visto nada hasta que Kunreor nos pregunte. ¿De acuerdo?

Los guerreros bajaron la cabeza, temiendo una amenaza peor que las palabras de su jefe.

EL VIENTO DE LA DESOLACIÓN

Transcurrieron unos días y un terror sin nombre se extendió por el imperio sarjano como llegan los vientos del norte en las estaciones frías. Sin embargo en la capital, los nervios dominaron a los partidarios de Kunreor IV. Muchos veían con peligro su estabilidad política, otros temían perder sus pertenencias y hablaban de pactar con los posibles conspiradores en secreto.

Unirse a la rebelión significaba la probabilidad de recuperar el poder perdido. Además las frecuentes luchas contra los belicosos guerreros de la tribu Arion, más allá del río Duir debilitaban de un modo considerable al imperio.

También se murmuraba que en la línea de batalla, en ciertos campamentos y fortines, los soldados escogían y deponían a sus pequeños capitanes diversas veces. Numerosos guerreros eran sobornados para conseguir comprometidas informaciones.

Un prestigioso conde, uno de los pocos que se mantenían fieles a Kunreor IV, fue asesinado cobardemente en su lecho por la noche mientras

dormía, cuando su guardia personal abandonó sin lógicas explicaciones la puerta de su cámara.

En las calles de pequeñas ciudades se hablaba entre cuchicheos sobre la posible caída del emperador y la llegada de un nuevo líder que guiaría al pueblo en sanguinarias victorias y que acabaría con la decadencia del extenso reino. En el mercado de la capital, cerca de la Avenida de los Guerreros de Bronce, se producían con frecuencia pequeñas revueltas entre soldados y campesinos, mientras se repetía que el cetro había sido robado por unos brujos que tenían abyectos tratos con criaturas de las tinieblas.

-Se ve a Fulvius como un firme candidato o buen gobernante en el futuro –decían con cierto temor.

-Pronto surgirá una nueva época de esplendor para los reinos sarjanios como las conquistas del mítico Rajn II –susurraba otro.

-No pasaría esto si su padre hubiese mantenido el culto a Krar, pues siempre teníamos la protección de los hechiceros de la Estrella Púrpura cuando venían momentos difíciles...

-Los sacerdotes de Larmork y Ashara son los culpables de nuestra desdicha...

En el palacio Kunreor negó el citado suceso ante los desconfiados partidarios de su gobierno, pero fue un infructuoso intento, pues el comentario se había extendido como una enfermedad que debilita a su víctima.

El emperador dio un discurso en la majestuosa Avenida de los Guerreros de Bronce.

Su altiva tarima se hallaba en las puertas del mismo Palacio Real donde se iniciaba el citado paseo. En sus palabras aseguraba que su férrea política no se derrumbaba. Entonces entre las enorme estatuas que bordeaban la inmensa avenida se deslizaba un osado joven. Se cuenta que en la ceremonia ese individuo se adelantó entre la gente y, daga en mano, saltó la barrera de algunos guardias y la intervención de Ratjur, un mercenario extranjero, que protegía al emperador, salvó su vida.

La espada del guerrero acabó con el asesino. El kossetanio no apartaba la vista de Kunreor, pero no descuidaba tampoco qué posibles peligros les podían rodear. Pero el injusto pueblo no estaba de acuerdo en que hubiese entre la Guardia Personal un soldado desterrado.

-Ese mercenario puede ser otro traidor –se comentaba.

Otra revuelta que conmocionó a Sarjania durante unas horas se localizó en el barrio residencial, precisamente cerca del templo de Krar. Mientras se celebraba una pequeña reunión de comerciantes, un sector de la población, el más radical en tomar decisiones, proclamó como nuevo emperador a Julius, los rebeldes se hicieron fuertes en el citado templo y a continuación se dirigieron al palacio, donde se encontraba el asustado Kunreor.

Afortunadamente, mandada por poderes provisionales por Ratjur, la guardia rechazó a los

insurrectos antes que tomasen el edificio central y la Biblioteca Real. Al día siguiente en el patio de armas se ejecutaron a muchos enemigos, mientras Julius desaparecía de su mansión de una manera oportuna e inusitada.

En realidad el emperador ya se temía una conspiración en cualquier momento de distracción.

Los escasos partidarios que quedaban a favor de Kunreor observaban que detrás de los continuos golpes se encontraba el mencionado Julius. Una serie de desagradables sucesos pasaban con rapidez las últimas semanas y se sabía que aquella tensa situación no se podía prolongar por demasiado tiempo.

Pero ahora el emperador soportaba otro serio revés, el robo del cetro real y ante aquel increíble y osado hecho, sus amigos se iban incorporando a la facción enemiga de un modo inevitable y en las calles de Sarjania era cada vez más difícil confiar en cualquier ciudadano.

LA ENTREVISTA CON EL EMPERADOR

En aquellos instantes Kunreor IV descansaba sobre una silla de mármol. Los recientes años de reinado habían sido duros para mantenerse en el poder y su rostro se encontraba marcado por pequeñas arrugas y su mirada reflejaba debilidad. Para tener contentos a unos súbditos debía enemistarse con otros. Era la dudosa y dura ley del gobernante.

Ninguno excepto él se hallaba en la enorme cámara. La triste luz de crepúsculo entraba melancólicamente por las anchas ventanas. Entonces una puerta se abrió y delante suyo apareció un guerrero alto. Su cabello largo y negro descansaba sobre sus robustos hombros y su faz se mostraba seria. Sus ojos castaños revelaban un pasado lleno de diversas aventuras. Los músculos de su tronco se marcaban notablemente en la cota de mallas hecha en la Tierra del Hielo, más allá del Campo de los Héroes.

Su voz expresaba fuerza y un valor indomable.

-¿Me habéis llamado, Majestad? -preguntó con un fuerte acento kossetanio.

-Sí, Ratjur -contestó Kunreor de una manera pausada-. ¡Venid y tomad asiento! Sin duda os imagináis por qué reclamo vuestra presencia.

-Quereis que recupere la vara robada. ¿No es así? Pero no consigo entender cómo habéis tardado tanto en pedirlo. Ahora nos quedan dos semanas para convocar la Asamblea del Mes Brumoso y no creo que sea muy fácil llegar al fortaleza de Kurj para coger el cetro entre los brujos de la Estrella Púrpura.

-He enviado a mis espías para asegurarme, por ello me he retrasado en mi decisión. Por fin he averiguado que el objeto se encuentra en ese nido de víboras. Después de contarme la información que deseaba oír, el último soldado que consiguió llegar aquí, murió en circunstancias no esclarecidas. Los mejores médicos de la Corte decían que era una misteriosa enfermedad de origen desconocido, provocada por la magia negra.

-¡Por Kronos! Confiad en mi espada, Majestad. Y espero que antes del citado plazo tengais entre vuestras manos la anhelada vara.

Después los dos individuos se quedaron prisioneros de un pesado silencio.

-Ratjur, todavía recuerdo cuando llegasteis a Sarjania -dijo Kunreor-. Eráis un mercenario al servicio de la tribu Arion y antes habíais desafiado el poder de los mismos hechiceros del templo. Todavía la gente recuerda con cierto estremecimiento el singular robo de los Pergaminos de Karalós para ser vendidos

posteriormente a magos hinitas. Y las pruebas afirmaban que vos teníais que ver con esa increíble proeza. Pero desde el reinado de mi padre, la dinastía de los Rajnios ha procurado no mezclar la política con la magia y se ha distanciado de esos hechiceros. Conseguisteis acabar con una insurrección entre mis súbditos hace dos años y por ello pudisteis entrar en la Corte.

-Gracias a vos tengo cierta posición en el palacio que por desgracia no me permite vivir con tranquilidad –prosiguió el guerrero-. Sé que la gente de este país no me acepta porque soy un extranjero y todos claman por un general, el perro de Fulvius. Es mi futuro rival para obtener el mando de algunas provincias. Se murmura que tiene bajo su poder la mitad de los soldados en las ciudades más estratégicas del imperio.

“Majestad, si me permitís decirlo, temo que en cualquier momento, los capitanes de esos importante puntos se rebelen, porque de hecho este silencio es sospechoso cuando la gente conspira. ¿Por qué Julius ya desapareció sin dar explicaciones antes de estallar la revuelta del mercado?

“El influyente personaje poseé una enorme fortuna y puede pagar con su oro a mercenarios para obtener nuestra perdición. Craso reclama su parte en el poder y se cuenta que ha regresado de su exilio de la desértica Sumeria, pero nadie sabe dónde se esconde ahora. Recordad cómo nos amenazaba en aquel mensaje que nos envió.

Kunreor permanecía callado y escuchaba las palabras de Ratjur. Quizás el guerrero endurecido en diversas batallas era el hombre más idóneo para ocupar el trono.

-Ciertos individuos como Julius me odian porque dicté unas leyes que dañó a un sector de la nobleza –se explicó el emperador-. Ordené que se distribuyesen sus tierras entre los campesinos más necesitados. El traidor tuvo que ceder ante mis decretos. En Sarjania siempre han habido conjuras, muchos la quieren pero por sus riquezas.

“Hace mil años, durante el reinado de Satoj XXV, también hubo numerosas conspiraciones. Yo, un descendiente de su dinastía, no quería ser emperador, siempre había soñado con los buenos tiempos en mis pequeños territorios, no quería alcanzar el trono. Pero nunca se han cumplido mis deseos y ahora vivo entre continuas intrigas. Ratjur, cuando llegues victorioso de tu arriesgada misión, te convertirás en un noble y tendrás tus propiedades.

-No me desagrada la idea, Majestad. Aseguraría mi frágil posición en este lugar.

-Pero para eso debes acudir con la vara. Mañana, al amanecer, partirás de aquí con veinte soldados, los mejores.

-Es excesiva gente para entrar en una fortaleza. Me acompañarán en un tramo del camino, después iré solo para asaltar el castillo de los brujos. Por ahora las sombras de la noche siempre me han ayudado en mis misiones.

Además un solo hombre pasa más desapercibido que un grupo.

-Cuando regreseis, os encontrareis que estos focos rebeldes serán aplastados por mis partidarios. El futuro heredero debe recibir el imperio germánico con la paz y espero que el ejército apoye su poder.

Kunreor se encontraba cansado y mandó que el mercenario se retirase. Tras una profunda reverencia, el desterrado abandonó la estancia para adentrarse por un largo pasadizo.

¿POR QUÉ DEBES IR TÚ?

Las antorchas iluminaban unos salones del palacio. Ratjur decidió pasear por el jardín porque quizás el fresco aire de la noche aligeraría en parte el peso de sus constantes preocupaciones. Su tensión aumentaba al recordar la cercana misión. Entrar y robar en la fortaleza de los brujos de la Estrella Púrpura era un trabajo suicida y por ello podría morir.

Por murmuraciones sabía que los pocos individuos que se habían atrevido a adentrarse en el castillo nunca salían con vida. Se contaba del lugar desagradables historias. Sus rituales eran en realidad vestigios de los difíciles comienzos de Sarjania bajo el sanguinario Rajn II. Pero las cicatrices de un abominable pasado todavía permanecían entre la gente y siempre se transmitían en generaciones los odiosos días de saqueo y muerte contra los reinos del sur. Sin embargo no era el momento adecuado para evocar hechos históricos.

Ratjur se encontraba paseando por el gran jardín. Sus altas botas de cuero pisaban la blanda hierba. El cálido rumor de las fuentes se mezclaba con el susurrante aire que con suavidad movía los matorrales. Se abría ante el

solitario guerrero un largo y amplio camino que se hallaba bordeado por recios robles.

El negro manto de pequeñas estrellas había hecho su aparición sobre los resplandecientes tejados y almenas del palacio. La luz de la luna proyectaba siniestras sombras por los árboles, pero el aspecto del paraje era agradable y esperanzador. Y por allí avanzaba lentamente el mercenario, entre los troncos semejantes a extinguidos gigantes de remotas épocas que saludaban con majestuosidad su paso.

El guerrero debía vivir en Sarjania y debía aceptar que en aquella ciudad la gente se portaba con crueldad con los extranjeros. No podía bajar la guardia, se encontraba de su lado el invencible acero y, gracias a él, había sobrevivido a través de largas y angustiosas batallas como soldado. Por ello su carácter se había endurecido.

Delicadas ráfagas de brisa acariciaban su rostro. En aquel instante notó detrás suyo unas pisadas y escuchó una fresca voz de mujer que pronunciaba con dulzura su nombre. Al girarse, Ratjur pudo contemplar a una hermosa muchacha, alta, de cabellos negros que caían por su espalda. Su cara expresaba amabilidad y comprensión y a través de sus ojos castaños mostraba un vivo interés por el guerrero. Sus rojos labios esbozaron una alegre sonrisa al ver a aquel hombre.

La mujer vestía una larga túnica ajustada por un ancho cinturón de piel sobre sus caderas, y el escote de su indumentaria marcaba en parte

sus generosos pechos. Se llamaba Nydia y era una camarera de la Corte. Antes había sido una esclava, pero Ratjur compró su libertad para convertirla en su prometida. Esta romántica historia era repetida entre los cortinajes de los pasadizos y los poetas del palacio entonaban en sus canciones que era la muchacha más bella del imperio. El atormentado desterrado se hallaba enamorado de la más dulce de las mujeres.

-¡Siempre te veo preocupado, Ratjur! – exclamó ella-. Te he observado por los pasillos y te he seguido hasta los jardines. No te tortures pensando.

-Ven aquí, pequeña –dijo el guerrero mientras pasaba una mano por la cintura de la muchacha-. ¿No me ves ahora sonriente?

-Ratjur, te conozco desde tu llegada a la capital y... ¡Créeme! Sé cuando te pasa...

-He salido de la Cámara de Audiencias del emperador.

-¿Y bien?

-Me envía a la fortaleza de Kurj, quiere que coja el cetro. Debe estar en nuestras manos cuando se convoque la reunión de los príncipes. Me enfrentaré a los terribles poderes de los brujos de la Estrella Púrpura.

Nydia no evitó un ligero estremecimiento en sus hombros.

-¡Sagrada Ashara! ¡No! –negó ella-. Estás bromeando.

-Nunca nombro a esa horrible hermandad entre mis bromas –siguió el desterrado sin inmutarse.

-¡No! No irás a la fortaleza -repitió ella mientras abrazaba con fuerza al guerrero.

-¿Y qué puedo hacer? Si salgo de esta misión con éxito, las tensiones en el imperio se acabarán y yo ganaré una elevada posición dentro del palacio.

-¿Por qué debes ir tú? Tienes un carácter agradable, eres valiente... –dijo Nydia con los ojos inundados de lágrimas-. Poco importa los honores que te den después. ¿Y si mueres en la empresa?

-No es la primera vez que realizo un encargo suicida. Ahora nos sentaremos en aquel banco de piedra. No quiero que llores. Cuando vuelva, te convertirás en mi esposa.

-Ratjur, di al emperador que envíe a otro guerrero para regresar con la vara.

-Kunreor no se encuentra en condiciones de escoger. ¡Por Kronos! Cuando yo era un proscrito, él perdonó mis incursiones en el río Vardorer, cuando capitaneaba una banda de bandidos kossetanios también. Y yo debo responder con honor a su confianza.

La muchacha rodeó con sus brazos a Ratjur. Las lágrimas se continuaban deslizando por sus mejillas. El mercenario besó con ternura los labios de la alterada mujer, como si la acción la tranquilizase. La brisa dejó de soplar y no se escuchó ningún ruido en el jardín.

La muchacha apoyó su cabeza sobre el pecho del desterrado. Los cabellos de Nydia rozaban el rostro de Ratjur. El severo individuo acariciaba delicadamente la cara de su prometida mientras pensaba que no la volvería a ver más después de iniciarse su loca aventura. A continuación sacó de su bolsillo una cadena dorada y la mostró a la muchacha ante sus sorprendidos ojos.

-¿Qué es esto? -preguntó ella.

-Dicen que perteneció a una mítica princesa de la lejana Katai –contestó el desterrado-. La he conseguido gracias a un comerciante sumerio, con quien hacía tratos antes. Esta joya es para ti desde este momento. Te la quería dar mañana, pero a estas horas ya estaré viajando.

Y Ratjur puso la cadena alrededor del cuello de su temblorosa novia, la cual seguía sin reaccionar ante el inesperado regalo y la confusión de diversas emociones. Después de un largo beso, el mercenario volvió a acariciar los suaves cabellos de la muchacha

-Soy un hombre sin patria –dijo el guerrero con firmeza-. He viajado mucho, siempre he vivido como un individuo solitario. Pero Nydia... He conseguido poder y victorias por mi acero y mi fuerza.

Y después de aquellas sombrías palabras, la pareja contempló la luna mientras, abrazados, y perdieron la noción el tiempo.

“SARJANIA HABLA EN LAS SOMBRAS”

Los primeros rayos del amanecer iluminaron los tejados de Sarjania. En el patio del palacio una hilera de veinte soldados, ataviados con sus armaduras, montaban sobre valientes corceles mientras esperaban que otro personaje ocupase su caballo, que también estaba allí. Entonces unas puertas de bronce se abrieron en un edificio y de él salieron el emperador y Ratjur.

-Cumple tu objetivo –dijo brevemente Kunreor-. El Destino de nuestro reino descansa sobre tus hombros.

-Os traeré la vara, Majestad –concluyó el mercenario mientras montaba sobre su poderoso caballo.

Con gesto orgulloso el guerrero saludó al resto de sus compañeros y las puertas de la muralla cedieron paso a un grupo de hombres arriesgados. Luego el emperador miraba el avance de la comitiva desde el balcón del palacio y, ante las posibles preguntas de los curiosos de la Corte, explicaría que el desterrado se dirigía al río Vardorer, donde le aguardaba el resto de la tropa para evitar una nueva rebelión de campesinos. Pero se trataba de una acción

sospechosa, pues las severas leyes del viejo Código de la Dinastía Rajnia prohibían enviar a un extranjero fuera de la capital para misiones de confianza. Era la ocasión que estaba esperando el otro rival, el serio y calculador Fulvius, quien se unió a Kunreor en el balcón, para ver la partida.

-Sarjania habla en las sombras –dijo el emperador en un tono abrumado-. Se acercan tiempos difíciles.

Y el traidor no pudo evitar una sonrisa cargada de cinismo, pues comprobaba que los planes de los conspiradores ya eran una realidad.

En aquel momento una camarera de cabellos negros contemplaba desde una pequeña torre del palacio cómo se alejaba la columna de soldados. Las lágrimas cayeron de sus ojos.

La comitiva seguía orgullosamente su camino entre los enlosados pavimentos de la ciudad y los cascos de las corceles resonaban rítmicamente por las amplias calles. Algunos curiosos observaron con admiración a los guerreros y dejaban en ciertos momentos sus respectivos trabajos.

-Los rumores deben ser ciertos –murmuraba un herrero a dos viejos en un rincón-. Kunreor pierde credibilidad en el poder y debe confiar en forajidos.

Pronto los soldados abandonaron la capital y continuaron cabalgando sobre una larga calzada. El camino estaba bordeado de gruesos robles. Por los lados de la inmensa avenida las caravanas de mercaderes detenían sus carros

llenos de valiosos productos, sedas orientales, estatuillas doradas, brazaletes de plata de mujeres de tribus negras. Aunque fuese un mal momento para realizar negocios, todavía la gente más astuta intentaba vender sus interesantes objetos.

Los sarjanios avanzaban con majestuosidad y Ratjur habló poco con los soldados, pues permanecía constantemente pensativo. Después, ante el asombro de los guerreros, ordenó que salieran de la calzada para adentrarse por un camino abandonado.

Ante el inesperado cambio de ruta, un soldado se mostró extrañado y espoleó su montura hasta situarse a su lado.

-Pero... ¿No deberíamos seguir por aquí, noble señor? –preguntó nervioso.

-Las órdenes se cambiarán en el último momento -replicó el desterrado con seriedad-. No es prudente que vean a hombres del emperador en los lugares más transitados.

Y tras la cortante respuesta, se internaron en el Valle de los Cuatro Reyes. Y al atardecer, los jinetes divisaron la cordillera Ulark entre el rojizo manto y se detuvieron ante la entrada del profundo desfiladero de Humar, marcado por las gigantescas siluetas de los primeros monarcas que gobernaron Sarjania. Las altivas estatuas de piedra se habían tallado con habilidad hacía siglos en aquellas montañas. Ratjur contempló aquellas armaduras y cotas de mallas delicadamente esculpidas. Sin embargo los

barbados rostros de las gigantes de piedra imponían en la reinante oscuridad que se avecinaba.

-Descansaremos aquí –dijo el kossetanio mientras desmontaba-. Mañana, al amanecer, entraremos en el desfiladero de Humar.

Cuando llegó la noche, los soldados montaron un pequeño campamento en un ancho rellano, al lado de unas desgastadas rocas. El guerrero veía que en pocos días pisaría los Montes de Jundráger donde se hallaba fortaleza de Kurj. Pero para ello antes deberían salir del desfiladero y remontar el río Vardorer, al oeste, hasta llegar a su nacimiento. Prefirió tomar el camino del Valle de los Cuatro Reyes, que era más largo y evitó pasar directamente por las tierras de las tribus kossetanias, aunque fuese más breve. Con ese fin evitaría más conflictos pues una nueva expedición de sarjanios en su antiguo país, aunque se tratase de un paseo, podría desencadenar problemas diplomáticos y la tambaleada y desengañada Sarjania no quería volver a irritar al belicoso pueblo de Kosse, como hizo hace un siglo. Todavía las orillas del río Vardorer conservaban las estacas con los cráneos empalados de los invasores en ciertos tramos.

Así pensaba Ratjur ante una hoguera, pues no podía hablar del verdadero objetivo de la misión con nadie del campamento hasta divisar a los muros de la misma fortaleza.

Ahora sus pensamientos se desplazaban a la débil Corte. Sabía que Kunreor era un emperador demasiado pacífico y que no tenía suficiente voluntad para poner fin a las continuas revueltas. El guerrero confiaba en regresar al palacio victorioso y quizás con el tiempo sofocaría esas rebeliones si adquiría el definitivo mando del ejército.

La noche era fría. Ratjur contemplaba las llamas de la hoguera que iluminaba lúgubrementemente el campamento y pensaba en sus anteriores incursiones, cuando luchaba a veces contra los propios zranakios.

Pero luego recordaba con voluptuosos deseos a aquella camarera de bonitos caderas. Quería tener entre sus brazos el cimbreante cuerpo de la muchacha... El guerrero se levantó y se fue a dormir un pesado sueño cargado de pesadillas.

Se veía navegando en la cubierta de un enorme navío. Sus velas se hinchaban y la embarcación se deslizaba majestuosamente, ayudada también por los remos de los esclavos, entre tristes cánticos. De repente el mar se enfurecía sin ninguna causa. No era una tempestad. De un modo inexplicable altas olas arrasaban la cubierta y la nave era un pequeño juguete.

Y a continuación se escuchó un ensordecedor ruido que venía de las entrañas de la Tierra... Una gigantesca montaña de afiladas

rocas emergía con lentitud entre las salvajes aguas. Observó también un enorme cadáver, parecido a una momia, que avanzaba solemnemente en la escena del caos.

A través del vendado rostro se veía una faz alargada con un misterioso brillo en los ojos. Aquel ser pronunció unas incomprensibles palabras:

-Sarrakar mar yar tala...

Y en la cima del acantilado, una ciudad de cúpulas de marfil destacaba con un siniestro aspecto.

Ratjur despertó con un fuerte sobresalto. Sólo aquella espantosa pesadilla podía ser el preludio de unos desagradables sucesos.

Cuando la comitiva encabezada por el desterrado había dejado horas antes Sarjania, Fulvius se despidió de Kunreor con su falsa amabilidad y dejó la Cámara de Audiencias para dirigirse a sus habitaciones particulares. Entonces cogió un pequeño papel y en una mesa escribió las siguientes líneas:

“Al margrave Julius.

“Ratjur ya avanza con los soldados y ha tomado el camino del Valle de los Cuatro Reyes. Esta noche acampará en la entrada del Desfiladero de Humar. Seguimos con el plan.”

Fulvius

A continuación abandonó su estancia y subió los estrechos peldaños que conducían a un torreón. En un balcón había unas jaulas con palomas. Enganchó el mensaje en una de las aves y ésta emprendió su vuelo. Con una maligna sonrisa, dejó el lugar para irse a dormir, pues para el amanecer se preparaban muchas sorpresas en la capital.

EL CAMINO DE LA TRAICIÓN

El sol se asomó entre los picos de la cordillera Ulark y el mercenario abrió lentamente los ojos. Entonces un inesperado espectáculo se reservaba para él porque veinte soldados le apuntaban con sus tensos arcos y flechas. Sus rudos rostros reflejaban la traición, por eso el guerrero intentó alargar una mano disimuladamente para coger su espada, pero uno de ellos retiró su acero a tiempo y se acercó más con su lanza.

-¡No lo hagas, kossetanio! –exclamó el soldado.

No se podía defender y Ratjur sentía el auténtico horror de los enfrentamientos que ya se daban por perdidos de antemano. Su mirada expresaba confusión. Pensó por unos instantes en levantarse con rapidez, en un fugaz ataque, pero al realizar el más mínimo movimiento, los arcos apuntaron su corazón.

La voz del desterrado guardaba el tono del odio.

-¡Por Kronos! Sabía que Sarjania es un hervidero de conjuras –dijo-. ¿Qué significa esto?

-Como pronto te espera la Muerte, no nos importa contar qué sucede –respondió un soldado-. Craso nos ha sobornado y ciertas cantidades de oro nos han animado a retenerte aquí.

-¿Quién es el verdadero traidor en esta confabulación? Pagareis...

-No sabemos quién nos dirige en realidad, pero... ¡Basta de charla! ¡Ahora levántate y no hagas ningún movimiento en falso! Diecinueve flechas te atravesarían en seguida.

El soldado que así hablaba maniató con fuertes cuerdas los brazos del guerrero y los hombres se adentraron con él por las rocas. Cabalgaron durante unos minutos por el desfiladero mientras el kossetanio iba a pie. Prácticamente era arrastrado por una gruesa cuerda. Al pasar por un rellano, un reducido grupo de jinetes cortaron el paso de la comitiva.

Su amo era Julius.

-¡Perro!- exclamó Ratjur-. Debías encontrarte detrás de esta conspiración. Te mataré.

-No creo que sea tan imbécil como para darte semejante oportunidad –dijo el margrave con cierta indiferencia.

-Sabíamos que desapareciste y...

-Demasiadas bravatas, pero de momento eres nuestro prisionero.

Al acabar las siniestras palabras, Julius golpeó con su puño dos veces en el abdomen del mercenario y Ratjur no pudo evitar un pequeño

gemido de dolor. No se defendía, pues cinco individuos le sujetaban fuertemente y además, las severas ligaduras privaban de cualquier capacidad de movimiento en sus brazos.

Pero eso no preocupó a los soldados, quienes se recrearon en la escena y sus carcajadas acompañaron la exasperada situación.

Julius se divertía en las citadas acciones, golpear a gente débil e indefensa era una placer para él. Después el adversario cogió por el cabello al guerrero y propinó otro fuerte puñetazo en su rostro. La incontenible furia del desterrado no se podía rebelar en aquellos instantes. De sus labios caían hilillos de sangre y su vidriosa mirada expresaba dolor e instintos de venganza.

-En mi casa de Barurk conocerás el verdadero sufrimiento -prosiguió el margrave arrogantemente.

-¡Por Kronos! –exclamó Ratjur-. Recuerda esta escena porque cuando esté libre, atravesaré con mi acero tu corazón.

-¿Qué estupideces dices? Escuchad, soldados, cómo se defiende este extranjero. ¡Me amenaza con palabras y falsas promesas!

A continuación Julius hizo una señal con la mano y un soldado golpeó la cabeza del mercenario para caer sin sentido sobre las duras rocas.

-¡Ponedlo en el carro! Nos vamos a mi mansión. ¡Tú, mensajero! Avisa al general Fulvius. Dile que Ratjur es nuestro prisionero y

que en cualquier momento puede asaltar el palacio –concluyó con una sardónica sonrisa el margrave.

EL VELO DE LA OSCURIDAD

El kossetanio despertó. La neblina de la inconsciencia se iba despejando lentamente mientras el guerrero intentaba incorporarse. Observó que ocupaba una reducida estancia, gobernada por la oscuridad, y que se hallaba en una mazmorra. Se acercó a una puerta enrejada y sus temores se confirmaron al forzar los barrotes

Fijó su mirada y comprobó que en realidad su celda formaba parte de un largo pasadizo que se perdía en las tinieblas. Un olor a putrefacción inundaba el lugar mientras el frío y la humedad reinaban con un aire sombrío.

Ante el mercenario se encontraba otra estancia enrejada y, su ocupante, una osamenta humana contemplaba con la maligna expresión de su cráneo el desolado lugar. Las losas del suelo eran resbaladizas y caminar se convertía en un arriesgado peligro.

Ratjur se sentó sobre un mugriento lecho y comenzó a recordar la situación. Los conspiradores habían dado su primer paso, alejándole de la capital, ante un vulnerable emperador. Su único contraataque consistía en salir de la prisión y llegar rápidamente a Sarjania

para informar a Kunreor sobre la delicada situación.

Pero la siguiente duda era cómo huir de allí mientras se preguntaba también si se quedaría encerrado para siempre. Para ello volvía a observar el esqueleto. ¿Moriría olvidado en su celda?

En aquel instante se escucharon unos pasos y sus músculos se tensaron para prepararse contra cualquier ataque. Las antorchas iluminaron el largo túnel y las sombras danzaban grotescamente por las empedradas paredes. Unas deformes siluetas caminaron por el pasadizo y pronto ante el umbral se hallaron cuatro altivos personajes, el margrave Julius, Balkaj y dos corpulentos guardianes.

Unas llaves abrieron la puerta y los individuos entraron en su celda. Ratjur ya conocía a los confabuladores. Durante unos interminables segundos el silencio dominó sobre el repugnante lugar. En la mirada del desterrado se reflejaba ansias de venganza, pero sabía que ante él se encontraba un brujo perteneciente al pueblo de la Estrella Púrpura y si no controlaba sus violentas reacciones, podría ser atacado por la magia negra con sus desagradables consecuencias.

La voz de Balkaj se escuchó de una manera lúgubre entre las paredes de la celda.

-Tenemos al extranjero bajo nuestro poder – dijo-. Ahora será más fácil acabar con el emperador y su familia.

-¡Perros despreciables! –exclamó Ratjur-. Nunca conseguiréis entrar en el palacio. La guardia os destrozará antes.

-Los ejércitos que hay fuera de la ciudad se encuentran en estos momentos bajo el mando de Fulvius, que es nuestro fiel aliado. Y la guardia personal es ahora tan fiel a Kunreor como los soldados que te acompañaban en tu partida. ¿No te encuentras aquí por su culpa? Puedes comprobar que la situación es desesperada para los amigos del emperador. ¡Ríndete y seguirás con vida!

-¡Por Kronos! Nunca me dejaré vencer sin oponer resistencia. Siempre Kunreor desconfiaba de Fulvius y...

-Eres tozudo, guerrero, pero no importa. Tu mismo contemplarás el fin de esta época porque se avecina un nuevo período y las sombras del Templo de Krar volverán a reinar. No me importa contar mis planes, pues al oponerte a nuestra causa, morirás en las próximas horas. Las ciudades y provincias del este serán para Julius. El margrave recuperará sus posesiones perdidas. Con mi magia negra fallecerá Craso, inexplicablemente, por supuesto. El imbécil se cree que se convertirá en el emperador porque dice que está emparentado con él. Nuestros poderes serán reforzados por los ejércitos de Fulvius y la nigromancia de la Estrella Púrpura. Después de consolidar nuestra situación en el trono, iniciaremos las conquistas deseadas durante tanto tiempo...

-Entonces, Craso es sólo un muñeco a vuestro servicio...

-Sí, le obligamos a que viniese de su exilio de Sumeria, el reino de los templos escalonados. Nos ayuda en esta conspiración con parte de su incalculable fortuna, pero ahora no le necesitamos.

-Todavía no me has dicho quién se convertirá en el nuevo emperador.

-Aunque te lo explicase, no me creerías. Mi magia no merece compararse con la rudimentaria mente de la Humanidad. Ese nuevo gobernante nos ayudará en los futuros planes, pero ya hemos hablado demasiado tiempo. ¡Soldados! ¡Atadlo! ¡Que ocupe el carro y que sea llevado a la fortaleza de Kurj! De allí, amigo, nunca saldrás. Ahora voy a la capital, donde el general Fulvius deberá obedecer mis instrucciones. Sin duda a estas horas el emperador es otro prisionero más.

Al oír aquellas palabras, Ratjur palideció. Con sus ojos inyectados en sangre golpeó a un guardia, se liberó e intentó saltar sobre el brujo encapuchado, pero Balkaj se mantuvo tranquilo e impassible en su sitio y sólo alzó una mano de un modo sombrío. Entonces el guerrero notó un invencible frío que dominó sus piernas en un segundo y éstas se doblaron sin explicación aparente. La vista del mercenario se cubrió de niebla y a continuación las imágenes de la celda se borraron. En seguida la inmensa oscuridad invadió la mente del desterrado, quien cayó pesadamente sobre las losas.

-¡Atadle bien! –ordenó con una potente voz el brujo-. ¡Por Krar! Esta vez no quiero correr más riesgos con un guerrero salvaje.

Los soldados sujetaron sus manos con unas gruesas cuerdas, mientras el mago y el margrave iniciaban unos ininteligibles cuchicheos.

HUIDA EN LA NOCHE

A continuación los conspiradores y su primer prisionero abandonaron el interminable pasadizo y subieron unas escaleras. Después cruzaron un laberinto de habitaciones hasta salir al patio interior de la casa de Julius, donde aguardaba el carruaje del brujo, una cuadriga dorada arrastrada por unos caballos negros. En ella subieron el encapuchado y el margrave. Su escolta estaba compuesta por cuarenta soldados. Y las trompetas resonaron con orgullo en los torreones de la mansión y sus puertas se abrieron con majestuosa lentitud para dar paso a la comitiva que tomó el camino de la capital.

En el mismo momento, otro carruaje con diez jinetes abandonaba la villa de Barurk, pero este grupo se dirigía a la Cordillera Jundráger, donde se localizaba el oscuro castillo de Kurj. Y dentro del vehículo, cubierto por un manto, Ratjur comenzaba a recuperarse de los efectos de la nociva magia del hechicero.

El desterrado comprobó que el brujo y los traidores al imperio no bromeaban, pero una duda asaltaba su mente. ¿Habría caído como cautivo el emperador o todavía no habría triunfado la

rebelión en Sarjania? Debía huir para llegar a la capital antes que ellos o debía intentarlo al menos. Comenzó a mover las piernas y notó que aquel cruel y misterioso frío había desaparecido de sus articulaciones. De nuevo los músculos de sus brazos se tensaron, sin embargo no pudo hacer nada para liberarse de sus ligaduras.

Se deslizó por el interior del vehículo y asomó su cabeza con cierto disimulo a través de una pequeña abertura del manto. Entre los cascos de los caballos se escuchaba el sonido de turbulentas aguas que se deslizaban cerca. A su derecha se abría el abismo con las vertiginosas corrientes del Vardorer.

Los soldados iban detrás, los dos más adelantados comentaban los últimos incidentes.

-El ejército de Fulvius ha tomado la ciudad – dijo uno de ellos.

-Sí –afirmó el otro-, ante la incertidumbre, las tropas se han aliado contra el propio emperador y curiosamente el pueblo ha apoyado la revuelta. La gente se ha dirigido al palacio, el único lugar que todavía resiste.

-Pero siguen los enfrentamientos. Hasta la guardia personal se ha rendido... Sólo unos escasos adeptos luchan al lado de Kunreor IV y rechazan como pueden los insistentes ataques de los enemigos.

-¿Y que ha dicho Fulvius ante ese breve oposición?

-Nunca habla con fanfarronadas. Ha prometido que esta noche cenaría con Julius y

Balkaj en las cámaras del palacio. La situación en Sarjania es deplorable y algunos sectores de la debilitada guarnición comentan su rápida rendición. Quizás cuando el margrave y Balkaj lleguen a la capital, los partidarios de Kunreor hayan muerto y no necesitará los poderes de la magia negra para aplastar esa escasa resistencia.

“Y además el resto de los capitanes tienen bajo su mando a sus respectivas ciudades. Esta insurrección se debe al robo de la vara y tenemos la suerte de no estar en la batalla en estos instantes.

-Sí, tienes razón, Guntat, pero no me gusta la idea de acercarme demasiado al castillo de esos hechiceros para dejar a ese mercenario. Cuando lo depositemos en el patio de armas, nos vamos. Quiero mantener los tratos justos con esos personajes.

De esta manera Ratjur se enteró del desastre que reinaba en Sarjania hacía horas y pensó en el horrible final que se podía esperar de la familia imperial. Después se ahogaba de indignación cuando veía entre terribles imágenes el posible fin de su prometida Nydia.

El vehículo tenía en un rincón unas espadas. El guerrero se acercó a ellas con dificultad para rozar las cuerdas con el acero. La acción era lenta y cansada, pero pronto sus esfuerzos se vieron recompensados por el éxito, pues las primeras ligaduras saltaron.

Los músculos siguieron tensos para acelerar su fatigosa labor y el sudor cayó por su frente, porque podría ser descubierto en seguida. Ese temor era latente también. Una fría mano se posó fríamente sobre la espalda, pues vio cómo un jinete se adelantaba.

Su sombra se acercaba al conductor.

-Debemos ir más rápido –dijo-. Nos estamos retrasando.

Tras esas palabras el soldado regresó a su puesto y Ratjur continuó su agotadora lucha, pues quedaban pocas cuerdas. Forzó sus brazos do y las últimas ligaduras se rompieron.

Sin detenerse para saborear su primera victoria, cogió una daga que se hallaba al lado de las espadas y se aproximó cautelosamente al conductor para hundirla entre sus omóplatos. La otra mano tapó antes la boca del enemigo para evitar el grito de alarma. Nadie observó la escena. Ratjur entró el cadáver en el carruaje y se puso sus ropas.

A continuación se situó ante sus caballos. Gradualmente aumentó la velocidad del vehículo y en los primeros momentos, los jinetes no advirtieron el cambio, sin embargo luego vieron cómo el carro se alejaba de ellos. Uno de los vigías se acercó al vengativo conductor, pero no tuvo tiempo de gritar, pues la espada del desterrado cortó su cuello. Entonces el guerrero azuzó a los corceles y el látigo mandó sobre los exasperados animales.

Se inició una persecución y el mercenario comprendió que sería capturado en cualquier momento porque los esbirros del margrave eran más veloces que el pesado vehículo. Y Ratjur, con el instinto del riesgo y la aventura que siempre caracterizaba a los hombres sin patria, saltó sobre un caballo y cortó con su espalda las ligaduras que le unían al carro y al otro animal.

Ahora los soldados perseguían a otro jinete, pero el paisaje no parecía acompañar al desterrado, pues se hallaba en un camino entre la montaña y el rugiente abismo. El kossetanio deseaba alejarse y quería llegar a la capital. De hecho animaba la considerable distancia que se había formado entre sus enemigos y él en pocos minutos.

La tarde caía como un manto carmesí sobre el desolador paraje. El desterrado sabía que debía lanzarse al río para despistar a sus rivales. Pero su caballo comenzó a debilitarse, mientras los soldados se acercaban inexorablemente. Ratjur miraba hacia atrás con desesperación y observó a los jinetes con evidentes gestos de triunfo en sus rostros.

A cierta distancia se podía contemplar una pequeña formación rocosa. En aquel instante una lanza de los perseguidores atravesó el caballo del guerrero. Animal y hombre cayeron sobre la tierra, entre una nube de polvo. El kossetanio lamentó la pérdida del esforzado corcel.

De un rápido salto, el mercenario se levantó y en pocos pasos se internó entre las rocas. Ante

sus botas ya se abría un profundo abismo y entre las enormes paredes nacía una pequeña cascada que se unía al río.

Los jinetes frenaron sus caballos y descendieron con sus espadas desenvainadas mientras el desterrado sabía que no podría vencer nunca a nueve soldados en aquellas condiciones. Volvió a mirar la grieta y a continuación tomó la decisión que causó perplejidad entre los adversarios.

Subió con agilidad felina por una pequeña roca y se lanzó por el enorme barranco. Los partidarios del margrave sólo tuvieron tiempo de ver cómo su cuerpo era tragado por el agua. Después, el fugitivo no reapareció y las aguas continuaron su impetuosa carrera.

Un soldado pronunció unas dudosas palabras que lógicamente nadie se creía.

-No me imagino que sobreviva a la caída – dijo en un tono pesimista-. La altura es considerable y si la soportase, la corriente lo hubiese ahogado.

-No esperes que Balkaj se crea tus palabras –contestó otro soldado.

-¡Cállate! Diremos a ese mago que lo matamos cuando cortó sus ligaduras e intentó salir del carro. Después explicaremos que arrojamos su cadáver al Vardorer. No me atrevo a decir la verdad porque imagino que no os queréis enfrentar a su ira.

Y después de aquellas palabras, los sarjanios se montaron sobre sus cansados caballos y decidieron regresar a la villa.

LA MAGIA DE BALKAJ

La enlosada Cámara de Audiencias se hallaba manchada de sangre y un olor de destrucción reinaba en la estancia. En un extremo de la habitación se hallaba desmayado el emperador, mientras Fulvius lo contemplaba orgullosamente como si se tratase de una pieza de sus habituales cacerías por el Bosque de los Abedules.

El general se recreaba ante el triunfo y seguidamente salió al balcón para ver abajo cómo la enardecida muchedumbre gritaba a favor del asesino. De nuevo entró en la cámara porque quizás le molestase oír el constante clamor. Entonces el nombre de Julius sobresalía entre los alaridos y Fulvius volvió a salir otra vez al citado balcón para observar la comitiva del margrave y del brujo que se adentraba en la Avenida de los Guerreros de Bronce. El resto de los guardias personales abrieron el camino y entre la agolpada gente desfiló la cuadriga con los dos conspiradores, la cual se detuvo ante las mismas puertas del palacio.

El fervoroso pueblo despreciaba entre insultos la política de Kunreor IV y aclamaba la

llegada del margrave, sin embargo nadie se atrevía a comentar la presencia del encapuchado Balkaj, porque así se evitaban problemas. Las trompetas y clarines se escucharon con orgullo mientras el noble y el hechicero terminaron de subir las escalinatas y se proponían atravesar el inmenso umbral de la fachada. Pasearon por diversas estancias, en las que se podían ver cadáveres destrozados, pertenecientes a los guardias que lucharon hasta el último momento por Kunreor IV.

-Fulvius ha realizado un buen trabajo –dijo Balkaj con cierta ironía.

A continuación subieron por unos amplios escalones de mármol para dirigirse a la Cámara de las Audiencias. Observaron a los nuevos soldados para mantener el orden en el lugar. Caminaron por un pasadizo donde se encontraban los supervivientes de la familia imperial. Múltiples lanzas apuntaban sus asustados corazones.

-Esta gente debe ser encarcelada ahora mismo –ordenó con cierta aspereza el hechicero-. Siempre es bueno mantener a ciertos enemigos con vida para reclamar el favor de determinados sectores del pueblo.

El mago sonrió de un modo maligno mientras la familia imperial era conducida a las mazmorras. Julius y el brujo llegaron a la deseada cámara, donde estaba esperando el general. Vieron cómo dos soldados llevaban a

Kunreor, quien todavía no había recuperado el conocimiento.

En aquel instante entró en la cámara un joven y ambicioso teniente.

-¡Severius! –exclamó Balkaj con un gesto de desprecio-. Te he salvado de la familia de Kunreor que pedía tu destierro constantemente. ¿Así me recompensa tu lealtad, perro?

-Pido disculpas por el retraso. Estábamos... estábamos haciendo el último recuento de los prisioneros de toda la ciudad -respondió entrecordamente el militar.

-¿Cuántos tenemos?

-Unos quinientos, noble señor.

El hechicero permaneció callado por unos segundos.

-Ahora quiero dar una muestra de nuestro poder para evitar cualquier levantamiento – ordenó el brujo-. Y para ello quiero que crucifiquéis a lo largo de la Avenida de los Cipreses a esos quinientos partidarios de Kunreor. Así daremos ejemplo.

El teniente desapareció con rapidez de la sala.

-¡Sarjania está reservada para un gran emperador! –exclamó Balkaj en un tono seco. Cuando cenemos esta noche, un vino envenenado acabará con Craso y prepararemos la llegada de nuestro verdadero amo.

Después de pronunciarse aquellas soberbias palabras, reinó un silencio, propio de las perdidas tumbas de la milenaria Sumeria.

Sin embargo los presentes, salvo Bakaj, no pudieron evitar un cierto temblor cuando la puerta de la estancia se abrió con pausa y apareció un hombre delgado, de rizos dorados y ojos azules, ataviado con una armadura.

-¡Craso! –exclamó el hechicero con tranquilidad-. Me honra que acudáis a este decisivo momento en la Historia del Imperio Sarjanio.

El joven no hizo demasiado caso de las falsas adulaciones del mago. Miró con seriedad a Fulvius y a Julius. Sin duda había oído el comentario de Balkaj.

-Quizá debemos eliminar a más gente en esta etapa decisiva como bien dices, brujo –replicó Craso mientras se sentaba en el trono del depuesto emperador.

Nuevos guardias entraron detrás del príncipe.

-Estoy de acuerdo contigo –prosiguió el encapuchado con una malévolas sonrisa.

-¡Soldados! –ordenó el exiliado-. Arrestad a estos hombres y que sean encerrados en las mazmorras.

Sin embargo aquellos guardias no se movieron. Quizás un estremecimiento de oculto temor se deslizaba en sus rostros.

-¿Qué significa esto? –preguntó el príncipe-. ¿Acaso me desobedecéis?

-No os inquietéis por esta falta de respeto a vuestro poder –añadió el mago-. No acatan

órdenes de los muertos. Creo que te arrancaré el hígado.

A continuación se oyeron unos sonidos guturales por parte del hechicero, ininteligibles para ellos.

-¡Yaral ar temak yar jar! –exclamó.

Entonces un espantoso espectáculo tuvo lugar en la Cámara de las Audiencias durante unos breves e indecibles segundos. Craso se retorció de horrible dolor y se tambaleó en el trono. Luego alzó su desgarrado rostro de agonía ante el brujo. Y una cosa semejante a un proyectil rojo salió de su abdomen para detenerse en la mano derecha del mago.

En las escalinatas yacía el cuerpo mutilado y sin vida del pretendiente al poder de Sarjania. Balkaj sonrió y arrojó el palpitante hígado sobre el suelo entre abundante sangre. Sus carcajadas resonaban entre las paredes ante los aterrados ojos de soldados y confabuladores.

LIBRO SEGUNDO

LA LLEGADA DEL USURPADOR

...Y en los difíciles años de reinado de Kunreor IV surgirá una temible conspiración, capaz de hacer tambalear los reinos de Occidente y Oriente. Y después de la conjura, acudirá un nuevo líder, un embajador de las sombras que gobernará bajo el terror los destinos del Imperio Sarjanio. La valiosa herencia de Rajn II se verá relegada al mundo de los espectros. ¡Oh! Si hubiese un atrevido héroe que impidiese esta época de desmanes...

Jarleus V, que ya gobernó sobre la joya de Occidente hace dos mil siglos, regresará y volverá a tomar el cetro de nuestro reino. Debeis recordar que este emperador subió al poder después de la muerte de su padre. Su hermano gemelo, el pacífico Jar-Lak, iba a ser en realidad su sucesor, pero los hechiceros de la Estrella Púrpura sentaron en el trono definitivamente a Jarleus con sus intrigas y Jar-Lak, que no favorecía los intereses del templo de Krar, abandonó la capital una noche de tormenta y desapareció en los reinos del sur.

Las profecías de Sven, el Tuerto.

LOS BANDIDOS DE LA NOCHE

Las furiosas aguas del río Vardorer se deslizaban con fuerza entre las recortadas paredes del abismo. Y allí, Ratjur luchaba por mantenerse a flote entre una pesada y traicionera corriente que le arrastraba cruelmente hacia las profundidades, pero el instinto de supervivencia era más esperanzador. Las afiladas rocas que sobresalían amenazantes entre las turbulentas aguas le hacían daño y rasgaban su piel. No podía alcanzar todavía las orillas y los muros de piedra en aquellas difíciles circunstancias.

La violencia del río comenzó a decrecer con lentitud y pronto su curso se ensanchó para mostrar una superficie más calmada. Cuando las botas de Ratjur pisaron la húmeda tierra, el desterrado sintió deseos de descansar, pero no debía bajar la guardia demasiado tiempo, pues quizás a sus espaldas, se encontraría a los soldados que le perseguían antes.

Se adentró por un pequeño sendero de fatigoso acceso y en poco tiempo dejó aquella zona.

Pero el kossetanio permanecía en la cordillera de Saruk-Jar, un paraje habitado por

numerosas bandas de ladrones. Sarjania atravesaba difíciles momentos y era normal ver a gente fracasada que se refugiase en perdidos lugares para saquear. El nervio central que cruzaba la mencionada formación de rocas se trataba de un sombrío desfiladero, un camino siempre lleno de bandoleros que esperaban atacar caravanas de mercaderes cuando se dirigían al reino de Kurm. Y allí, entre las altivas paredes, se producían sanguinarios combates.

El guerrero se adelantaba por otro sendero de piedras mientras la noche envolvía las montañas. En aquel instante escuchó unas alegres canciones detrás de un frondoso muro de vegetación y disimuladamente apartó unos matorrales para ver una escena típica del lugar.

Se trataba de una numerosa banda de temidos ladrones, formada por rudos hombres y chillonas mujeres, que cenaban ante una enorme hoguera. En los alrededores del agradable fuego, la gente estaba cantando e incluso algunas muchachas, las más jóvenes y esbeltas, bailaban. Las carcajadas de los individuos resonaban entre las rocas y el olor de la apetecida cena constituía una auténtica tortura para el estómago del mercenario. El abundante vino de unos abultados odres se desparramaba en unas doradas copas que eran alzadas por victoriosos brazos. Probablemente aquella gente celebraba el éxito de un robo.

Ratjur contemplaba con desesperación la escena. En aquel instante escuchó un débil

caminar en sus espaldas y, al girarse, vio a un individuo que se iba a abalanzar sobre él mientras desenvainaba su relampagueante puñal bajo la luz de la luna. El combate se inició y los endurecidos brazos del mercenario frenaron parte del ímpetu del enemigo.

De un seco golpe, Ratjur apartó a su rival y aprovechó esos breves segundos para respirar y para sacar su daga al mismo tiempo. La pelea se reanudó. La furia de los antagonistas estaba equilibraba, pero el desterrado debía terminar pronto el enfrentamiento, pues su resistencia se debilitaba por las pasadas penurias. Ante el ruido que provocaba la lucha, los bandidos interrumpieron sus canciones y pararon de comer para contemplar el singular e inesperado combate.

Animaban con gritos a su compañero.

-Abandonemos esta lucha –sugirió Ratjur-. Soy un forajido como tú en estos momentos y no quiero matar a nadie.

-¡Jamás! –exclamó el rival-. Yo, Hagenof, soy el centinela de los bandidos y soy el más fuerte de la banda. Mataré a cualquier intruso.

Entonces los castaños ojos del desterrado se abrieron más, su ímpetu se duplicó mientras la resistencia del enemigo se rompía lentamente. El silencio siguió en la lucha por el respeto que los salteadores sentían para los últimos segundos del improvisado combate.

Luego sonó un ahogado alarido de agonía... Y un adversario cayó muerto con el corazón

atravesado por un puñal, el otro, un serio kossetanio se alzó con pausa con su rostro cubierto de sudor. A continuación se escucharon muchas murmuraciones, entre ellas que Hagenof, el más endurecido de los ladrones hasta el momento, había caído bajo el ataque de un desconocido. Ratjur temía que en cualquier instante aquellos hombres tomasen represalias a favor de su compañero y se lanzasen contra él, pero por fortuna no fue así.

Un individuo alto y grueso se adelantó entre el asombrado grupo. Sus calculadores ojos y su profunda barba destacaban en su redondo rostro.

Su voz parecía un bramido.

-¡Por Larmork! –exclamó el personaje-. En mis quince años como jefe de esta banda nunca había visto al valiente que derrotase a Hagenof. Siempre se jactaba que era el más fuerte.

-Me ha costado derribar a este hombre – contestó Ratjur de un modo seco-. No soy un asesino, le pedí que cesara la lucha, pero él quiso prolongarla. Y me vi obligado a acabar con él, pues de lo contrario yo sería su víctima ahora.

-Mira, extranjero, me has hecho una gran favor porque este sujeto aspiraba a convertirse en el capitán de la banda muy pronto. De hecho con su fuerza se podía permitir dicho privilegio y matarme. Y los conflictos provocados por él marcaban nuestra vida en las montañas. Buscaba pelea con todos.

-En estos momentos sólo luchará en el Infierno.

-Me gusta tu arrogancia, pero guarda tu amenazante daga, por favor. Eres un bandido más para Hanser, el jefe de los ladrones de esta cordillera y el que te habla ahora. ¡Muchachas! ¿A qué esperais? Traed un odre de vino para el vencedor.

Unas jóvenes mujeres le tendieron una mano con el citado odre y el guerrero tomó unos acelerados tragos.

-¿Quién eres? – preguntó el jefe de la banda -.He visto tu cara antes... en algún lugar.

-Quizás... –respondió el mercenario-. Soy Ratjur, el kossetanio.

-Sí, te recuerdo. Tú abandonaste tu tribu por una injusta orden del Consejo de Ancianos y ahora eres famoso en el imperio por proteger a Kunreor. Tu historia es muy comentada por las tabernas de la capital. Pero... ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar al lado del emperador y rescatarlo?

Ratjur calló. Sobraban los motivos y las explicaciones sobre las constantes intrigas de la Corte.

-¡Ah! -exclamó el bandolero-. No hace falta que me respondas. Tenemos malas noticias para ti. Un mensajero de la ciudad nos ha contado los últimos incidentes. Sin duda sabrás que robaron el cetro. Y el general Fulvius aprovechó tu inesperada ausencia para tomar en pocas horas el palacio. Al atardecer encarcelaron a Kunreor y al resto de la familia imperial. Ahora el gobierno está formado provisionalmente bajo el mando del

margrave Julius, sin embargo se murmura en la capital que pronto acudirá el verdadero hombre fuerte para regir los destinos de estas tierras.

Ratjur notó un estremecimiento en todo su cuerpo.

-Amigo -prosiguió Hanser-, tu rostro se ha puesto amarillo. Pero todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué estás tan lejos de Sarjania? Deberías regresar para defender a Kunreor.

La voz del kossetanio se oyó y sonó con un tono de amargura.

-Cuando se llevaron la vara, el emperador me ordenó que acudiese a la fortaleza de Kurj para recuperla –se explicó-. Deduzco que era la ocasión que esperaba Fulvius para asaltar el palacio, pues al dirigirme al citado lugar, los soldados me traicionaron y me capturaron sin excesivas dificultades. No pude defenderme ante el improvisado ataque. Inconsciente, me trasladaron a la villa del margrave, en Barurk, y de allí me pensaban llevar en un carro al castillo de los magos para ser ejecutado. Conseguí huir y me arrojé a las aguas del Vardorer hasta llegar aquí.

-Parece que has pasado por muchos problemas –prosiguió Hanser.

-No sabía que los conspiradores fuesen tan rápidos.

-Extranjero. ¿De qué sirve ayudar a un emperador encerrado en las mazmorras?

Posiblemente sea decapitado mañana, al amanecer.

-No se trata de eso... Kunreor y sus partidarios me ayudaron en momentos difíciles cuando era un sencillo fugitivo sin fortuna. El mismo decretó mi perdón. Además en la Corte está mi prometida y no sé si está viva todavía. Mañana debo ir a la capital para rescatarla. Sin embargo un hecho es seguro... Detrás de esta conspiración se esconden otros planes.

-De acuerdo, guerrero, pero ahora descansa y ven a cenar con nosotros. Al alba celebraremos un consejo y tomaremos una decisión.

-Mi decisión ya está tomada –concluyó el mercenario con un sombrío gesto en su rostro.

En aquel instante el oscuro manto de la noche se rasgó por unos segundos por un relámpago. El ruido de trueno fue acompañado por la repentina lluvia.

-¡Rápido! –ordenó el capitán-. ¡A las cavernas!

Los bandidos y las mujeres se resguardaron en seguida en las cuevas y allí reanudaron la fiesta. Compartieron con Ratjur el vino de los odres. En el exterior la tormenta arreciaba y tenía el aspecto de durar bastantes horas.

-¡Por Larkmork! –exclamó Hanser-. Nunca he visto semejante tempestad.

Y el kossetanio calló mientras percibía en las palabras del capitán un augurio de desdicha para el imperio.

“YO REGRESÉ DE LAS TINIEBLAS...”

Aquella misma noche de tormenta, mientras los bandidos de las montañas compartían el vino y la carne con un extranjero agotado en una cueva, en una cámara subterránea del palacio de Sarjania se iba a realizar un antiguo ritual.

Afuera la tempestad se extendió sobre la parte occidental del continente durante varias horas y los lugareños jamás vieron una tormenta de tal envergadura. El río Jur se iba a desbordar, cosa que no había pasado durante dos mil años. Los viejos historiadores recordaban a través de las Crónicas Sarjanias que solamente se había desbordado una primera vez el citado río, cuando nacieron los hermanos gemelos Jarleus y Jak-Lar. Ante el creciente caudal, ordenaron que se abriesen los diques de contención de la capital para evitar que se inundasen el puerto y las calles adyacentes.

Sin embargo en el interior de la secreta cámara, el hechicero Balkaj no podía ocultar su alegría ante la llegada de aquella inesperada tempestad. En realidad mucha gente ignoraba la existencia de la mencionada habitación, pues su entrada se hallaba disimulada por una giratoria

pared de piedra, que conectaba con la enorme cripta. La estancia de grandes proporciones estaba iluminada por el resplandor de unas titilantes antorchas.

En el centro de la sala se levantaba una mesa de mármol y, sobre ella, descansaba un majestuoso ataúd de piedra rojiza. La tapa destacaba por unos dibujos delicadamente trazados expresando una batalla. Los guerreros que alzaban sus espadas no llevaban las típicas indumentarias de los sarjanios. Balkaj contemplaba seriamente la sala.

En aquel instante entraron el margrave Julius y el general Fulvius sin disimular los rostros de pánico ante lo desconocido. Saludaron con respeto al hechicero y tuvieron sus motivos, pues todavía recordaban el trágico final del príncipe Craso.

-¡Por Krar! –exclamó el margrave-. He dado orden de abrir las compuertas, pues el agua empezaba a subir a la altura de los puentes de Elycia y de Rajn II. De hecho la Avenida de los Guerreros de Bronce está anegada por el barro.

-No quiero perder más tiempo antes de la ceremonia –se dignó a responder el encapuchado-. Ahora observaréis un rito que significará el comienzo de una nueva etapa para Sarjania. Esta tormenta no es ninguna casualidad.

Después de aquellas sombrías palabras, Balkaj sacó unas flautas unidas e inició una melodía que taladraba desagradablemente el

cerebro de los conjurados. Con sus manos intentaban taparse los oídos mientras la agónica música adquiría unos tonalidades sarcásticas mientras un siniestro eco devolvía con ironía las sádicas notas.

Los minutos se alargaban de una manera inexorable y la maligna danza no parecía detenerse nunca. De repente el mago cesó con su música y cierto descanso se paseó entre las caras de los traidores, sin embargo el temor no acababa de desaparecer en su interior. En ese instante se oyó el estallido de otro trueno.

Balkaj se arrodilló de un modo ceremonioso ante el sarcófago y pronunció unas incoherentes palabras. A continuación se escuchó un odioso cántico, semejante a un sonido deformado que parecía provenir de un rincón de la cámara. Era como si en la sala hubiese seres invisibles que devolviesen las frases del brujo. El sudor se deslizaba por la frente del encapuchado, sin embargo se podía seguir a través de su triunfal mirada que el encantamiento continuaba su curso adecuado.

-Espero que el ritual fracase –dijo Julius entre susurros-. Ahora sobran conjurados en la ciudad.

-¡Callad! –contestó Fulvius, quien no poseía suficiente valor para ver la abominable ceremonia que se representaba ante sus abiertos ojos-. ¿Quieres morir como Craso?

Los labios del hechicero emitían el largo cántico y luego se levantó con tranquila lentitud

por soportar el agotador peso del rito. A continuación llamó con una voz ronca e irreconocible a los traidores para retirar la tapa del ataúd.

Cuando realizaron la acción, miraron dudando al interior de la caja que contenía un cadáver momificado de considerable estatura. Las polvorientas vendas cubrían al muerto y la reseca y apergaminada criatura causaban un temeroso desagrado entre los presentes.

-¡Otra vez el ruido del trueno! –dijo el margrave-. No recuerdo...

Fulvius no escuchaba las palabras de Julius y suspiraba con más calma porque parecía que en aquel ser la vida nunca volvería. Luego se arrepentiría al mostrarse tan optimista. El brujo pronunció otras palabras semejantes a sonidos guturales y la momia sufrió un brusco movimiento, se levantó para sentarse ante los atónitos conjurados. Balkaj contemplaba orgullosamente su victoria.

-¡Ah! –exclamó con una sardónica sonrisa-. Pensaba que había olvidado mis antiguos poderes, aprendidos de los Pergaminos de Karalós.

Las amarillentas vendas estallaron y cayeron para mostrar un hombre de aspecto siniestro. Su alargado rostro todavía estaba deformado, pero sus pupilas empezaban a adquirir el brillo de la vida. A través de una boca de delgados dientes profirió unas balbuceos que no entendió nadie. La piel del difunto era marrón,

pero luego se acusó en ella una abominable transformación, pues el color se aclaraba por momentos.

El muerto recuperaba lentamente su aspecto pasado y él mismo se iba quitando el resto de las vendas que todavía envolvían su cuerpo. Las carcajadas de Balkaj eran devueltas por un extraño juego de susurros de ultratumba en la sala, mientras los petrificados presentes retrocedieron hasta un extremo de la habitación.

-¿Qué os sucede? -preguntó el mago en tono cínico-. ¿Teneis miedo? Contemplad bien esto... ¡Despierta, poderoso guerrero! ¡Que la vida vuelva a tus ojos! Zarlax mur sajk Sarjania...

El renacido miró a su alrededor.

-Yo... yo regresé de las tinieblas... -fueron sus primeras palabras.

Su voz se escuchaba con temor porque su desagradable sonido sólo se podía comparar con el insistente viento que sopla en las abandonadas tumbas de viejas necrópolis.

El hechicero dio unas palmadas.

-¡Traed las ricas ropas para el nuevo emperador! -ordenó Balkaj a los conjurados.

Y ellos obedecieron entre temblores. Luego el monarca de las sombras apareció con una toga gris ribeteada con líneas púrpuras.

-Es la indumentaria de los antiguos señores de Sarjania durante el reinado de Rajn II- prosiguió el mago.

El renacido se sentó con majestuoso porte sobre una silla de mármol y comenzó a hablar

con Balkaj en antiguo sarjano, pues éste no comprendía el evolucionado idioma. El hechicero hizo de traductor y así presentó a Julius y a Fulvius. Se advertía en la conversación del nuevo emperador una lucidez mental, pues éste era consciente de su vida y recordaba en breves minutos su anterior estancia en el imperio, en el momento de la caída de su poder, hacía dos milenios.

-Nosotros te saludamos, Jarleus, y tenemos ambicioso proyectos para ti –dijo Balkaj.

Al oír aquellas palabras, los ojos del renacido brillaron ante la idea de volver a los dorados tiempos de conquistas. A la vez el pavor del margrave y del general iba decreciendo en sus caras y también comentaron con el nuevo emperador el plan de invadir Oriente.

-Con los poderes mágicos de los brujos de Krar y con la fuerza de Jarleus conseguiremos el dominio del mundo conocido -siguió el hechicero.

-Posees una amplia visión de futuro, amigo Balkaj –replicó en una voz sombría el emperador.

-Pero antes debemos consolidar nuestra posición en el gobierno de Sarjania. Pronto anunciaremos otra importante ceremonia, vuestra proclamación como nuevo heredero.

En aquel instante Jarleus calló y se mostró pensativo. Los presentes respetaron el solemne silencio del renacido.

En el exterior la tormenta seguía su implacable curso ante la despavorida gente que,

encerrada en sus casas, deseaba que amainase pronto.

EL FRÍO VIENTO DEL MIEDO

Por aquellos días una sensación de abrumador pavor marcó el carácter de las personas. Y no era sólo en los humanos. Desde el regreso del muerto, los animales del palacio, perros, gatos, caballos... notaron su maligna y repulsiva presencia en la distancia.

Y la sangre volvió a deslizarse por la Corte, pues los primeros partidarios de Kunreor IV fueron ejecutados y esa ceremonia se convirtió en un espectáculo diario. El resto de seguidores del derrocado emperador preferían suicidarse en sus casas antes de ser encarcelados. Dos príncipes fueron envenenados por los conocidos y letales vinos de Balkaj, servidos por seductoras coperas en improvisadas fiestas.

-Nos hemos equivocado –comentaba un viejo en una calle oscura-. Pensaba que tras la caída del débil Kunreor iba a mejorar la situación...

-¡Ssst! ¡Cállate, estúpido! ¿Quieres que nos detengan? -susurró otro asustado.

Cualquier persona en el Imperio Sarjanio podía ser acusada de traición sin tener pruebas.

Julius se encargó de limpiar el palacio de posibles enemigos y las tierras de los asesinados

se requisaron para repartirlas entre Fulvius y el hechicero de un modo inmediato. Kunreor permanecía encerrado por orden de Jarleus, pues se consideraba prudente no hacerle desaparecer tan pronto.

El hambre comenzó a manifestarse sobre el pueblo, pero éste estaba demasiado ciego con el cambio del emperador y su futuro nombramiento. Nadie pensaba que quien se iba sentar en el trono era un cruel ser que atemorizó a la gente hacía veinte siglos.

Paralelamente a estos acontecimientos que sacudían a la capital, los soldados tenían más libertad para llevar a cabo sus desmanes entre los campesinos y paseaban sus corceles sobre las tierras labradas y quemaban las cabañas de las familias que no podían pagar los impuestos, subidos de repente.

Y así se desarrollaron los primeros días de gobierno de los conjurados.

EL CÍRCULO SE ROMPE

Un extranjero se dirigía a la capital del imperio cuando las primeras sombras de la tarde se asomaban por el paraje. Ratjur espoleaba su caballo, pues deseaba llegar pronto al palacio porque una obsesión torturaba su cerebro; rescatar a Nydia, de momento. No sabía nada de ella, sin embargo procuraba apartar de su mente la idea de encontrar muerta a su prometida.

El silencioso jinete que avanzaba por el Valle de los Cuatro Reyes se vio pronto entre la enlosada carretera que conducía a las puertas de Sarjania. Con ello sabía que se ponía en otra misión suicida, porque estaría rodeado de sus peores enemigos. Entonces detuvo unos segundos a su corcel por una espantosa visión. En los dos lados de la calzada vio la interminable hilera de hombres crucificados. Un repugnante hedor a putrefacción inundaba la escena. Sus cuerpos estaban demacrados y cubiertos por harapos por las inclemencias del tiempo de los últimos días. Algunos cadáveres tenían sobre sus extendidos brazos buitres que vaciaban las cuencas de sus ojos con sus afilados picos. Así habían acabado los fieles partidarios de Kunreor que lucharon hasta el final durante el asalto del

palacio. Los seguidores de Balkaj sabían cómo demostrar su poder. Ratjur se prometió asimismo que los conjurados pagarían por esas muertes. Espoleó su montura de nuevo y reanudó su viaje con esa macabra compañía.

El guerrero llevaba puesto una armadura zranakia, muy desgastada, con lo cual demostraba ser cualquier mercenario al servicio de los nuevos gobernantes. De esa manera pasaría desapercibido ante las constantes patrullas que vigilaban el lugar. Era fácil encontrarse con grupos de soldados que retenían durante horas a determinadas personas por estupideces.

Mientras cabalgaba, sus pensamientos se centraban en el consejo que se había celebrado hacía cuatro días. ¡Demasiado tiempo perdido! En un enorme rellano de las montañas, los bandidos de Hanser deliberaban y tomaban ciertas decisiones que podrían ayudar al guerrero. Pero allí había demasiada gente y pocos acordaban cosas en concreto.

El capitán de la banda quería hablar siempre y contradecía cualquier sugerencia de los otros salteadores. El mercenario temblaba ante la continua pérdida de horas y habló firmemente por ellos. Bajo la oscuridad de la noche, Ratjur iría al palacio para rescatar a Nydia y después intentaría averiguar cualquier información sobre el paradero de la familia imperial y los planes de los conspiradores.

Debía actuar con rapidez. Mientras el desterrado se dirigía al palacio, los bandidos podrían asaltar la caravana que devolvería el cetro a la capital. Los ladrones de las montañas habían capturado a un soldado enemigo y según decía éste, un grupo de guerreros saldría al alba del día siguiente de la rebelión con la vara para devolverla a la ciudad.

Después de liberar a su amiga, Ratjur confiaba en regresar a la cordillera de Saruk-Jar y esperaba contemplar el cetro en sus manos. En aquellas graves circunstancias, más fracasos significarían duros golpes para propiciar el fin del Orden y para dar paso al Horror.

Ahora el guerrero dejaba de recordar los últimos acontecimientos, pues ante él había reducidos grupos de soldados que interceptaban la carretera. Era un improvisado lugar de guardia y sus antorchas brillaban como espectros en la noche. Quedaba poco camino, pero decidió mostrarse prudente y frenó su fatigada montura.

Un individuo se adelantó a él y pidió un salvoconducto mientras alegaba que en el país Kunreor IV había muerto de una rápida enfermedad y había subido provisionalmente un hombre de su confianza.

-...Y hasta nuevas órdenes se pide que nadie se pasee a estas horas –concluyó el soldado.

-Soy un extranjero –replicó Ratjur-. No tenía conocimiento de ello.

Entonces el guerrero mostró un papel al centinela de escéptica mirada.

-Vengo de Zranak y he realizado un largo viaje, dando múltiples rodeos por tierras kossetanias para no toparme con los bandidos de las montañas de Saruk-Jar -añadió con pausa el desterrado.

El soldado no respondió a sus palabras, vio los papeles claros y los devolvió a su dueño.

-Quizás pronto encuentres trabajo como guerrero -dijo el guardia-. El emperador que nos gobernará necesita a gente experta para el combate y, por supuesto, para reforzar el poder militar.

Al oír aquel comentario, el mercenario disimuló un gesto de sorpresa. Los conspiradores no retrasaban sus planes.

El guerrero se acercaba ahora ante las altivas puertas de las murallas de la ciudad con cierta cautela y enseñó con prudencia el mismo salvoconducto a los vigías del lugar. Bajó la cabeza e intentó mostrarse impasible. Pronto el guerrero paseaba por Sarjania y se adentró en una zona de calles estrechas donde el barro de las últimas lluvias y la suciedad tapizaban repugnantemente las calzadas y en algunos tramos formaban malolientes regueros. Era fácil ver a borrachos cantando versos obscenos o observar escandalosas tabernas llenas de gente.

Ratjur se extrañó porque dentro de la capital no reinaba la misma ley marcial del exterior y en especial de las fronteras. Pensó que quizás,

mientras el pueblo se divirtiese, no pensaría en las crueldades e injusticias que sufrirían después.

Abandonó aquel barrio para entrar en la Avenida de los Guerreros de Bronce, un gigantesco paseo bordeado por unas estatuas de dicho metal de dos metros de altura, en honor a la Guardia Personal que protegió a los monarcas de Sarjania en sus primeros momentos de su agitada historia. Siguió el recorrido para cruzar el ancho puente de Rajn II, levantado en memoria de uno de los primeros emperadores que ennobleció la ciudad con sus reformas urbanísticas, cuando se despertaba también en el imperio sus ansias de conquista.

Ratjur atravesó con su tranquilo corcel el río Jur, sobre el macizo puente de piedra Marbatur, traída de las lejanas canteras de Sekm. Fue un trabajo de cincuenta años. Las galeras sarjanias navegaban por el Mar Interior de Kasjún para llevar los enormes bloques. Entonces el mercenario detuvo su montura por unos momentos para observar pequeñas barcas de pescadores que se paseaban por las orillas. Al alzar la vista, observó los negros mástiles y velas arriadas de la poderosa flota militar que había convertido el Kasjún en un gran lago sarjano, gracias a sus constantes saqueos.

El kossetanio continuó por la avenida hasta adentrarse en el barrio residencial, donde se situaban las casas de las familias aristocráticas. Se acercaba al Palacio Real.

UNA VISIÓN DEL PASADO

En aquel instante en una calle que se ensanchaba, el desterrado se encontró con un par muchachos que se peleaban con espadas. Oía con desagrado cómo cuatro jóvenes más animaban con voces a los adversarios. Dedujo que eran ociosos hijos de nobles que se batían en duelo por alguna mujer.

Y al pasar por el lugar el mercenario fue reconocido.

-¡Allí! ¡Ese hombre! –señaló un aristócrata-. ¡Es Ratjur! Es el guardaespaldas del difunto emperador.

Unos soldados que hacían la ronda por el barrio aparecieron en breves segundos para ver al jinete. Más transeúntes comenzaron a decir con fuerza que aquel hombre era el fiel partidario de Kunreor IV, mientras un pequeño grupo de viejos añadían con gritos que no había muerto ahogado en el río Vardorer como se afirmaba.

Entonces el desterrado espoleó su caballo y se alejó con improvisada rapidez, entre un oscuro laberinto de calles. Los individuos, que iban a pie, persiguieron en un espacio reducido al guerrero, pero en escasos minutos perdieron su pista.

La situación del kossetanio volvía a ser difícil, pues todavía era reconocido y debía actuar pronto en el palacio, recordando que las malas voces corrían más rápidas que los primeros vientos de otoño. Rodeó el Templo de Krar para despistar. Luego dejó su caballo y con sigilo se acercó a la enorme muralla del palacio.

Lanzó una cuerda y el lazo se enganchó en una gárgola de las alargadas ventanas de la Biblioteca Real. Inmediatamente el desterrado subió con sus fuerzas al límite, pues temía ser descubierto en cualquier momento por la nueva guardia. Pero no fue así y sus acerados músculos continuaron sus denodados esfuerzos.

Cuando acabó de escalar la inmensa pared, avanzó por un largo pasadizo y se aproximó con cuidado a una torre. Allí vio a un guardia. Después de darle un fuerte golpe en la cabeza, lo dejó inconsciente.

Al esconderlo en la oscura garita, otro vigía lo descubrió.

-¡Por Krar! –exclamó el soldado-. Te conozco. ¡Eres Ratjur!

-Toma tu espada para defenderte – respondió él con convincente brevedad.

-Pensaba que habías muerto en las aguas del Vardorer. Balkaj me subirá de categoría si te mato aquí.

Se inició una corta pelea. El guardia alzó su acero y, antes de bajarlo, una rápida acometida del desterrado desgarró el abdomen del

antagonista, quien cayó sobre las losas, mirando por última vez su mortal herida.

-Ahora adquirirás el rango deseado en el Infierno –concluyó Ratjur.

A continuación el guerrero descendió por unas escaleras adyacentes al muro y cruzó en grandes zancadas el enorme patio del palacio, cuando precisamente la luna salía de las oscuras nubes e iluminaba el paraje. No fue descubierto y se acercó al edificio principal para entrar en una puerta, la cual, al abrirse, produjo un estrepitoso ruido que alteró sus sentidos. Abandonó la sala y subió por unos estrechos escalones para internarse después por un amplio pasadizo.

En aquel instante la luz de una antorcha sobresalía con un aspecto lúgubre en una esquina. Algunos soldados se proponían pasar por allí y Ratjur decidió esconderse en una habitación que tenía la puerta semiabierta.

Se trataba de una lujosa cámara con unos muebles muy antiguos. El mercenario descansó por unos anhelados minutos cuando aquellos individuos pasaron de largo sin mirar el interior de la estancia. Se secó el sudor que perlaba su frente.

Sin embargo de nuevo sus músculos se tensaron, pues notaba que alguien más acudía. Ante la excepcional situación, el guerrero se escondió detrás de unas largas cortinas de color púrpura, fabricada por un tejido muy grueso. Después de permanecer allí unos angustiosos

segundos, entraron en la cámara dos desagradables personajes, Fulvius y Jarleus.

Encendieron unas velas y se sentaron ante una enorme mesa de ébano.

-Es un gran error dejar la puerta abierta – dijo el general-. Siempre puede entrar cualquiera sin permiso.

-Avisa a tus criados -respondió con sequedad Jarleus-. ¡Haz que te obedezcan!

-Por supuesto. Hablaré con ellos! ¡Ah! La gente temblaría en seguida con sólo oír nuestros nombres.

-En pocos meses conquistaremos los reinos vecinos. No olvides que yo también fui un nigromante adepto como Balkaj. Imagino cómo me aclamará el estúpido pueblo como lo hicieron hace dos milenios. ¡Por Krar! Ha pasado demasiado tiempo y nunca pensé que llegase este momento.

-Sin embargo vuestra presencia es una realidad. Y así comienza nuestro poder.

-Balkaj confía más en la magia negra como yo. Recuerda siempre, general, que las oscuras artes del Mal consiguen lo que cientos de espadas no pueden.

-Es cierto. Tenemos el camino libre. Dos de los peligrosos estorbos, Craso y Ratjur han sido eliminados.

-Comentan que el último era un hombre de carácter rebelde. ¿No es así? Me hubiese gustado conocerlo.

-Era muy astuto, Majestad. Nosotros ya evitamos los problemas que nos podría ocasionar su presencia. Entre los vivos sería un importante obstáculo. Hubiese reunido a sus partidarios y hubiese iniciado una guerra civil. Con nuestras fuerzas debilitadas conseguiría aplazar los planes de conquista. Ahora con nuestro ejército prácticamente intacto, podremos invadir los reinos colindantes a nosotros. Sólo la familia de Kunreor ayudaba a ese hombre, porque necesitaba a guerreros expertos para la defensa.

-También me han dicho que una camarera del palacio estaba muy enamorada de él.

-Sí, esa Nydia. Esa muchacha es muy hermosa y parece que entendía su rebelde carácter. Es una de las pocas personas que ha sobrevivido en la matanza cuando entré en el palacio para hacer prisioneros a Kunreor y a su estúpida recua de perdedores.

“Hace una par de años, el margrave Julius la vio en una fiesta y la quiso tener entre sus brazos, sin embargo fue despreciado por ella. Antes de asaltar la capital, el noble me pidió que no acabase con ella. Esta misma noche será llevada a las habitaciones privadas de Julius.

A continuación los dos conspiradores comenzaron a reír y las carcajadas de Jarleus sonaron con aire siniestro ante la creciente indignación de Ratjur, quien había escuchado la conversación desde el primer momento.

-¡Por Krar, el maligno dios de los sarjanios!
—exclamó Jarleus—. Tanto hablar me ha dado sed.

Y el general se acercó a un mueble donde se encontraban unas doradas copas y diversas jarras de cerveza Zranak. Si miraba a un lado, descubriría al mercenario, escondido entre las cortinas y, de hecho, el guerrero acariciaba la vaina de su espada y se preparaba para el combate. Eran dos personas y de una certera estocada podría acabar con el militar, pero también sabía que no podría hacer nada contra el brujo, pues éste, con pronunciar cualquier hechizo ya causaría su muerte.

En aquel instante se escuchó la voz de Jarleus que sonaba en aquel instante como un cántico de esperanza.

-Espera... En mis habitaciones tengo el mejor vino de nuestro reino –alegó el emperador nigromante-. Vamos allí y llamemos a Balkaj.

-De acuerdo –asintió Fulvius- Juntos celebraremos el éxito de nuestras próximas batallas.

A continuación se alejó del mueble y el mercenario respiró aliviado. Luego, con cierto disimulo miró a los dos intrigantes personajes cuando se acercaban a la puerta.

Y Ratjur no pudo evitar un gesto de miedo en su endurecido rostro, pues vio al temido Jarleus. Su alargada cara se asemejaba a la momia que había visto en los sueños de la misteriosa tempestad en alta mar y la aparición del gigantesco peñasco con la radiante ciudad de marfil. Fue antes de ser capturado por sus propios soldados.

¿TÚ, AQUÍ?

Luego el usurpador y el general abandonaron la estancia y Ratjur escuchó cómo cerraban con llave, entre un desagradable sonido que desanimó por unos momentos. Se acercó al dorado pomo y comprobó que no se podía abrir. Se hallaba encerrado y forzar la pesada puerta de roble suponía su perdición por el estrepitoso ruido que desencadenaría, lo cual atraería a toda la guarnición.

Miró el balcón, el único lugar de salida. Transcurrieron unos segundos y el desterrado caminó con cautela y pegado a la pared a través de una estrecha cornisa. Abajo estaba el pavimentado suelo del patio que deseaba abrazarlo. Afortunadamente nadie veía la arriesgada acción del guerrero, sobre todo cuando la luz sonreía como un pálido fantasma, para convertirse en una muda espectadora de sus desesperadas intenciones.

Entonces una losa falló y Ratjur iba a caer, pero el fuerte instinto de la supervivencia hizo que se aferrase a la vegetación que se deslizaba sobre el muro. Saltó el pequeño vacío de la

cornisa dañada, continuó su dificultoso recorrido sin ser descubierto y dobló la esquina.

En aquel instante el silencio nocturno fue roto por unos ahogados gritos de mujer. Con cuidado, el mercenario se aproximó a una ventana iluminada por unas mortecinas velas y observó un desgarrador espectáculo.

En una lujosa estancia se hallaba el margrave Julius que alzaba en señal de victoria una copa de vino. Ante él había dos soldados que llevaban a una camarera. Unas fuertes cuerdas ataban sus manos de porcelana y a pesar de los gemidos e insultos de Nydia, la prisionera, se veía que nadie les molestaría.

Cansado de la escena, el noble golpeó la cara de la muchacha y el desterrado hizo verdaderos esfuerzos para contenerse. Esperaba saltar en cualquier momento, mientras una mano ya sujetaba la empuñadura de su espada.

Julius agradeció que los guardias hubiesen traído a su víctima. Cuando éstos abandonaron la habitación entre obscenas carcajadas, el margrave abrazó a la mujer con brusquedad mientras ella intentaba rehusar con todas sus fuerzas al individuo.

-Tus heroicos intentos para liberarte de mí, me provocan risa –dijo Julius en un tono altanero. ¡Reconócelo! Tienes la partida perdida, mis enemigos han caído y entre ellos se encuentra tu amado Ratjur.

-Nunca me entregaré a tus repugnantes brazos –contestó ella con los ojos vidriosos-. Antes pido la Muerte.

-No, pequeña, no. No te mataré ahora. Te someterás dulcemente a mis deseos.

Pero la muchacha intentó coger un puñal de la mesa para clavárselo en su pecho. Entonces el noble evitó el gesto y volvió a golpear su rostro.

-¿Querías asesinarme? –preguntaba él- ¡Has fallado! Ven conmigo o Balkaj te hará bailar entre las serpientes en una fosa como hacen las muchachas de la lejana Katay.

Y después de esas palabras, Julius desgarró en parte la túnica de la mujer, para ver sus pechos de marfil. En aquel instante, como si se formase un huracán, el desterrado entró por la ventana con su brillante acero y sus ojos inyectados en sangre.

La sorpresa dominó al margrave y a la camarera.

-¡Por la dulce Ashara! -exclamaba Nydia entre desesperadas lágrimas de agradecimiento por aquella esperanza-. Doy gracias a...

Julius retrocedió unos pasos con unos espantosos temblores.

-¿Tú, aquí? –preguntó el margrave con evidentes nervios mientras buscaba en la mesa su espada.

-Sí –afirmó Ratjur con seriedad-. Aquí me tienes de nuevo.

-Me habían informado que habías muerto ahogado, cuando intentabas huir del carruaje.

-Sobreviví a las furiosas aguas del Vardorer. No intentes ir hacia la puerta porque antes de tocar el pomo te mataría. Ahora te doy la oportunidad de defenderte.

-Pelear contra ti es absurdo. Eres hábil con la espada.

-¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? Me golpeaste mientras estaba atado y sujetado por varios soldados. ¡Por Kronos! Merece la pena esperar, si te puedo ver muerto. ¿Te acuerdas de mi promesa? Te atravesaré con mi acero.

Las afiladas hojas se alzaron y a continuación chocaron con su metálico sonido, tan conocido por Ratjur. La agilidad del desterrado se manifestaba en el combate desde su inicio mientras Julius intentaba detener los golpes, quizás por el miedo ante su próximo final.

El guerrero esquivó ciertas acometidas de su adversario, pero siempre se mantenía en guardia porque el recuerdo de anteriores enfrentamientos marcaban sus ansias de venganza. La muchacha temblaba ante la exasperada lucha aunque confiase en la habilidad de su amado.

El mercenario comprendió que debía acabar pronto su tarea, pues el ruido atraería a todos los soldados del palacio en escasos minutos. En su primera oportunidad su espada desgarró el pecho de su víctima y el margrave cayó muerto con sus desorbitados ojos.

¡PENSABA QUE HABÍAIS MUERTO!

El combate había acabado. Nydia se acercó al victorioso guerrero y besó con fervor sus labios mientras rodeaba con los brazos su cuello. Pero la camarera todavía lloraba.

-No me gustan las mujeres miedosas -dijo Ratjur cuando se desprendió de ella por unos segundos y limpiaba su espada.

-¡Oh! -exclamó la muchacha al secarse las lágrimas-. Siempre rogué a Ashara para que volvieses. No te veía en el fondo del Vardorer.

-No quiero ser pesimista, nena, pero aún no hemos salido del palacio-. Pero... ¡Por Kronos! ¿Dejarás de aferrarte a mí de una vez?

Nydia se volvía a abrazar a su prometido.

-No sé por qué no ha acudido todavía la guardia con el ruido de la pelea -añadió el mercenario-. Marchemos de aquí.

-Espera -dijo la camarera.

-¿Qué sucede ahora? ¿Quieres quedarte para sus funerales?

-No, en una habitación, en el extremo opuesto de este pasillo, está encerrado Kunreor IV. Podemos liberarlo y huiríamos juntos. Si no lo sacamos de aquí, tomarán represalias contra él.

-¿No estaba en las mazmorras?

-Sí, sin embargo el estado de su resentida salud se agravó con la humedad de la cárcel y lo trasladaron aquí. Les interesa mantenerlo con vida para otros fines que ignoro.

-Lo liberaremos, pero pensaba hacerlo después, con nuestras tropas.

Abrieron con cuidado la puerta de la habitación y decidieron avanzar por un prolongado pasadizo, mientras se cogían de la mano. Entraron en una cámara indicada por Nydia. Allí Kunreor IV se hallaba tumbado sobre un negro camastro.

Reaccionó con sorpresa al ver a Ratjur.

-¡Por Larmork! ¡No puede ser! -exclamó-. ¡Pensaba que habíais muerto!

-No es el momento de explicaciones, Majestad –contestó el guerrero mientras le daba una túnica para ponerse encima.

En silencio el emperador se quitó los harapos que llevaba antes como ropa de la realeza y se puso la nueva indumentaria.

-¡Rápido! –ordenó el kossetanio-. Abandonemos este lugar.

Al caminar, procuraron no hacer demasiado ruido y entre susurros, Ratjur habló con la muchacha y el tambaleante emperador.

-Dejaremos el edificio a través de las alcantarillas, pues nos exponemos a una muerte cierta si pasamos por las puertas.

-¡Estás loco! –exclamó ella-. ¿Sabes qué horrores se pueden esconder en esos túneles?

La camarera sentía cierta preocupación ante la idea porque se contaba que por los pasadizos subterráneos del palacio vivían abominables seres que nacían entre las aguas, la humedad y la constante suciedad.

El mercenario también había escuchado las macabras historias.

-Es la única oportunidad que nos queda para salir de este nido de víboras -alegó el desterrado-. Debéis obedecerme en este caso.

Mientras los tres descendían por los empinados escalones de resbaladiza piedra, el kossetanio alabó al Destino por no ser descubiertos todavía. Salieron por la puerta y abandonaron el edificio principal para cruzar el patio como fugaces felinos.

Allí se encontraban los establos. Entraron los desesperados fugitivos ante los nerviosos corceles, alterados momentáneamente por la presencia de intrusos. Después el silencio volvió a reinar. Pasaron por un nuevo corredor y cuando llegaron al extremo contrario, Ratjur apartó del suelo, la tierra y la paja para mostrar una puerta de madera oscura con una argolla en el centro. Sus músculos entraron en acción para abrir el obstáculo y para vislumbar la negra boca de una siniestra fosa.

LA COSA DEL TÚNEL

Se escuchaba entre la agobiante oscuridad del inmenso agujero el débil ruido de las revueltas aguas del fondo.

-Prefiero enfrentarme a los guardias de la entrada antes de entrar ahí –se quejó Nydia con sus hombros estremecidos.

-¡Debemos seguir! –replicó con aspereza Ratjur-. Es nuestra única esperanza.

Penetraron por aquella obertura de inquietante aspecto.

La pareja y el emperador bajaban por unos oxidados peldaños de metal que sobresalían de la enmohecida pared. Descendían con prudencia porque una caída en aquellas circunstancias podría llevar serios problemas.

Iban más lentos que antes, pues la escasa agilidad de Kunreor, acostumbrado a las comodidades de la Corte, no permitía más rapidez. Pronto se presentaron ante un estecho pasadizo y por él caminaron mientras intentaban orientarse entre la creciente oscuridad. Vieron con horror unos diminutos ojos tan brillantes como las estrellas en la noche.

-¡Ratas! –exclamó en seguida el guerrero.

Y el pánico mantuvo paralizado las cuerdas vocales de Nydia para no gritar.

En aquel instante avanzaron por una pequeña cornisa y, a su lado, las sucias aguas desfilaban con prisa. El repugnante hedor causaba mareos, sin embargo las desagradables sensaciones desaparecieron al escuchar unos ahogados bramidos. La camarera resbaló. Iba a caer, pero el fuerte brazo de Ratjur la ayudó a recuperar el equilibrio.

Pero entonces observaron a un enigmático ser, acompañado de un constante burbujeo. Aquella criatura se deslizaba por el agua como una serpiente. Continuaron la huida, cuando una mano emergió de repente y cogió el pie de la muchacha. Nydia gritó y, antes de reaccionar, la bestia arrastró a la mujer al río de basura.

Espada en mano, Ratjur se arrojó sobre las negras aguas y se enfrentó a un monstruo de forma humana, el cual dejó a su presa ante el combate. El cuerpo de aquel ser estaba poblado de escamas y su rostro de sapo mostraba unos afilados y delgados dientes de forma curva. Se había encontrado con una criatura que habitaba normalmente en las alcantarillas. Se inició una pelea entre la cosa y el guerrero. Se sumergieron en el agua por unos angustiosos segundos y después salieron entre bramidos de horror y desesperados gruñidos. El kossetanio había perdido su acero en la lucha, pero desenvainó a tiempo su puñal y lo hundió diversas veces en el viscoso abdomen de la bestia. El monstruo se

derrumbó y la corriente lo arrastró entre un reguero de su propia sangre hasta desaparecer en un gigantesco sumidero.

El emperador ayudó a la muchacha a subir a la cornisa, mientras de un rápido movimiento el mercenario se puso de pie sobre la resbaladiza piedra.

-Sigamos –se limitó a decir el desterrado.

Continuaron el camino y avanzaron durante mucho tiempo, entre constante tensión, hasta llegar a otros escalones. Aquel pasadizo conducía hasta la orilla del río Jur, a la altura del Muelle de los Pescadores. Descansaron unos momentos entre las alargadas barcas. Sin embargo su sonrisa de triunfo se congeló en ellos al oír las trompetas de las torres.

-¡Por Kronos! ¡Han descubierto nuestra huida! –exclamó con amargura Ratjur.

-Sin duda han visto el cadáver del margrave -añadió la camarera-. Démonos prisa.

Atravesaron a nado aquellas negras aguas hasta alcanzar la otra orilla y subieron por los escalones del muro cerca del Puente de Rajn II.

Cruzaron la Avenida de los Guerreros de Bronce y se montaron en unos caballos que había cerca de una taberna. Los fugitivos azuzaron a los animales porque sabían que quedaba poco tiempo para salir de allí.

-Si tardamos demasiado, nuestra huida por las alcantarillas no habrá servido de nada, pues todas las salidas de la ciudad se cerrarían en cuestión de minutos –dijo Ratjur.

Los caballos se esforzaban por galopar entre las empedradas calles y los rítmicos cascos invadieron el silencio de la noche.

-Debíamos haber continuado por el río –se lamentó el desterrado-. Pero seguramente allí nos esperarían más guerreros.

-También hubieran activado las compuertas de la desembocadura y nos hubieran atrapado con facilidad –añadió el emperador.

Era el momento adecuado. Avisados por la reciente alarma, los vigías se proponían cerrar las enormes puertas de la muralla y, al llegar los fugitivos, varios soldados cortaron el paso con sus lanzas. Sin embargo el corcel del desterrado saltó por encima de sus cabezas y también lo hicieron los caballos de la camarera y del emperador. Kunreor IV estuvo a punto de caerse, pues en su palaciega vida jamás había cabalgado de ese modo. Afortunadamente recuperó pronto el equilibrio sobre la silla de montar. Prosiguieron su desesperada carrera. Aunque consiguiesen abandonar la ciudad, no debían detenerse, pues un pequeño destacamento de jinetes se iba preparando para perseguirlos. Entre un desordenado y estrepitoso sonido de trompetas, los soldados salieron a continuación.

Balkaj, Jarleus y el general Fulvius se hallaban en la habitación del asesinado margrave Julius. Su cadáver estaba rodeado de abundante sangre. En los rostros de los presentes se percibían ciertos nervios.

Fulvius fue el primero en hablar.

-Alguien ha desafiado a la guardia para vengarse –dijo el militar con aparente serenidad.

-Pero... ¡Por Krar! ¿Quién podría ser? – preguntó Jarleus.

Sólo el hechicero permanecía silencioso ante la escena. En aquel instante entró el capitán Severius alegando que el destacamento ya había salido para la busca del emperador, Nydia y el misterioso libertador y añadió que el palacio estaba bajo control. Sin embargo Fulvius aprovechó su llegada para insultarlo y recordar su negligencia.

-Creo que ya sé quién es –replicó con voz ronca Balkaj.

El capitán, el general y Jarleus callaron ante sus respetuosas palabras.

-Hemos despreciado el poder de ese Ratjur. Sólo él podría entrar aquí con sigilo, salvar a su prometida y al mismo emperador ante nuestros ojos.

Los otros permanecían silenciosos y comprobaron que su teoría no era tan descabellada. En aquel instante entró uno de los jorobados esclavos del brujo, susurró unas palabras en el oído del encapuchado y a continuación el criado y el mago abandonaron la sala sin dar explicaciones al resto de los temerosos conjurados.

Se dirigieron a una apartada habitación del palacio y allí, ante unos serios y angustiados soldados, se hallaba tumbado sobre una

mugrienta otomana un moribundo guardia, el cual había caído bajo el acero del atrevido intruso.

Balkaj se acercó a él.

-¡Hechicero! –exclamó el vigía entre fríos sudores-. Me estoy muriendo, pero antes quería verte para explicar qué sucedido. ¡Ratjur ha regresado! Él ha sido quien ha golpeado al centinela... Después me hizo esta herida. El kossetanio ha vuelto para matarnos a todos.

Al acabar aquellas dificultosas palabras, de su boca brotó una sanguinolenta espuma y el vigía murió.

Balkaj abandonó la cámara entre un solemne silencio y con pensativo rostro se dirigió a sus habitaciones. Aquella noche los conspiradores recordarían la inquietud, pues sabían que su enemigo más peligroso todavía vivía con ansias de venganza.

LIBRO TERCERO

SOMBRAS SOBRE SARJANIA

Y en aquellos duros años, cuando el poder de Kunreor IV se tambaleaba, llegó un héroe de unas belicosas tribus. Sus botas de cuero pisaron la enjoyada sala del trono y su roja espada acabó con la maldad de los traidores al imperio. Dejadme que os cuente qué sucedió durante esos meses, y después esconderé este manuscrito, pues el pueblo desea olvidar este vergonzoso episodio en la agitada historia de nuestro reino.

Anónimo.

REGRESO A LAS MONTAÑAS

Los caballos que llevaban a Ratjur, Nydia y Kunreor galopaban a un ritmo frenético, pues eran espoleados constantemente por sus exasperados jinetes. El derrocado emperador todavía no podía creerse la cruel muerte que Balkaj había reservado para sus partidarios. Creía que eran bravatas del hechicero. Pero cuando contempló a los prisioneros crucificados a lo largo de la enlosada carretera, se rindió ante las evidencias.

Se internaron en una frondosa zona del bosque para alejarse de la calzada principal. Desmontaron y avanzaron unos pasos agazapados. A continuación se escondieron detrás de unos altivos matorros y los soldados perseguidores cabalgaron en su ciego trayecto, sin advertir la presencia de los fugitivos. Transcurrieron unos momentos de incertidumbre y después respiraron tranquilos.

El que primero habló fue el kossetanio.

-Si hubiesen traído perros, nos habrían cogido –dijo el desterrado.

-Debemos agradecer al Destino que no haya pasado eso –replicó la camarera.

El guerrero se levantó del suelo como los otros dos y se montaron de nuevo sobre los cansados animales para dirigirse a las montañas de Saruk-Jar, el cubil de los bandidos de Hanser. Al ver el camino que Ratjur aconsejaba, la muchacha y el emperador se inquietaron.

-Aquí viven peligrosos ladrones -dijo Kunreor asustado-. Yo mismo he decretado la búsqueda y captura de sus cabecillas.

-He hablado con esta gente -prosiguió el kossetanio-, y nos han prometido ayuda.

A continuación el mercenario rió y después azuzó al animal para adentrarse en el Valle de los Cuatro Reyes. Estuvieron en él y en la cordillera Ulark unos cuatro días, repartidos en excesivas horas de recorrido y poco descanso. Se alimentaban de raíces y bebían agua de un arroyuelo cercano. Para el acomodado emperador era una situación nueva, pero el verdadero rasgo de los aristócratas era la rápida adaptabilidad a las circunstancias.

Cuando abandonaron el Desfiladero de Humar, se propusieron cruzar el río Vardorer por la noche, pues se acercaban peligrosamente a la ciudad de Barurk, el feudo del margrave Julius. Sin embargo ninguna patrulla vigilaba las orillas y el puente.

Agazapados como leones, los fugitivos contemplaban desde unos arbustos el camino. Sobre un altivo peñasco se alzaban los muros del castillo del noble, pero la fortaleza parecía desierta.

-¡Ja! –exclamó Ratjur-. Las banderas están ondeando a media hasta. Deben llorar al perro de su dueño.

-No comprendo por qué no nos han capturado todavía –dijo el emperador.

-Deben tener el grueso de las tropas concentradas en la capital y los alrededores. Nadie piensa que nos refugiamos en esta apartada parte del imperio.

Bajo el amparo de las sombras, atravesaron el río y reanudaron su ruta hacia el sur.

Amaneció con cierta neblina. Los jinetes continuaron por un pequeño sendero, alejado de la calzada principal y, al mediodía, vieron cómo se alzaban las orgullosas montañas de Saruk-Jar. Unos salteadores que vigilaban desde unas rocas su paso, bajaron para detenerlos, pero al reconocer a Ratjur, dejaron que prosiguiesen su camino ante los ocultos temores del emperador y de la camarera.

Pronto el desterrado dejó su caballo en un espacioso rellano donde se celebraban los consejos de los bandidos y ayudó a descender de los corceles a la muchacha y a Kunreor, mientras un grupo de curiosa gente se acercaba.

Entre ellos destacaba Hanser.

-¡Por Larmork! –exclamó asombrado-. No esperaba que abandonases el palacio con vida.

-Deberías saber que muchas veces me han asesinado con palabras y comentarios estúpidos -respondió Ratjur-. He traído a mi prometida y al mismo emperador. Y deseo que tengas cuidado

con ellos mientras atacamos a los conspiradores y recuperamos el trono.

-Será un honor tener al emperador como huésped.

-¿Y la vara?

-Tengo malas noticias para ti, kossetanio. El famoso cetro que simboliza el poder de Sarjania sigue todavía en manos de los brujos de Kurj. No nos atrevíamos a ir a la fortaleza, pues se rumorea que entre los desfiladeros rondan simios y caballos alados. Por tanto nos protegimos en la entrada, detrás de unas rocas, durante unas cuantas horas y vimos cómo pasaba una comitiva de soldados con el codiciado objeto. Cayó en nuestra emboscada. Somos expertos en matanzas y en saquear caravanas de mercaderes, pero no podemos luchar contra la fuerza de la magia negra.

“Cuando nos proponíamos coger la vara, se escuchó un horrible ruido, semejante a mil truenos. Pensábamos que la tierra se iba abrir ante nuestros pies. Alzamos la vista y vimos un pequeño remolino de color azulado. Se acercó al carruaje que llevaba el cetro y, después de desmantelarlo, volvió a elevarse para desaparecer entre las nubes. Las espadas no cumplieron con el resto del trabajo.

“Ante el asombroso hechizo nos quedamos paralizados. Entonces un agonizante soldado nos dijo entrecortadamente que los brujos se habían enterado del regreso de Ratjur y por tanto la vara se quedaba en el castillo otra vez para estar más

segura. Aquel misterioso remolino había absorbido el cetro.

Ratjur escuchaba con atención el relato de Hanser y cuando acabó la historia agradeció el intento. Luego habló de los próximos planes con el capitán de la banda, mientras las mujeres del grupo se llevaban a Nydia y al emperador a una tienda de campaña para que descansasen.

-Mi intención es derrumbar el poder de los confabuladores –dijo con arrogancia el desterrado-. A pesar de sus crueles contradicciones, el pueblo desearía ahora que volviese al gobierno Kunreor.

-Por nuestra propia experiencia y por la historia que nos cuentas, no emplearemos sólo acero contra acero –respondió Hanser.

-No debemos permitir que unos asesinos inicien nuevas conquistas y matanzas. Jarleus ha regresado de la tumba y piensa invadir más reinos, lo cual significaría el Caos en el mundo Occidental y Oriental.

-La magia debe ser combatida con la magia –respondió Hanser después de una breve pausa-. En la cordillera de Warlug vive una antigua orden de espadachines. Habitan en sus entrañas hace siglos. En realidad eran oscuras cavernas donde se alojó una extinguida civilización. Y después el sombrío lugar que recibe el nombre de Baras-Kar, fue ocupado por esa hermandad. Ahora manda Shag, un viejo brujo al que podemos pedir consejo.

-He oído hablar de él y de ese pueblo perdido.

-Veo que a veces las canciones de los trovadores de la Corte informan más que las falsas crónicas de los reyes.

-Warlug se encuentra al sur de Kurm, antes de llegar a los Grandes Desiertos. Debo atravesar ese reino.

El silencio siguió a las palabras del kossetanio.

-De acuerdo. Iré yo mismo para pedir ayuda –concluyó Ratjur mientras se acercaba a una enorme jarra de vino.

LA DAMA DE BARAS-KAR

El mercenario descansó por unas horas al lado de su novia en una cueva bien acondicionada y después, al amanecer, decidió dirigirse a las montañas de Baras-Kar. Cuando el rojo sol despertaba entre las recortadas cimas de la abrupta cordillera, Ratjur se despidió de su amiga y del emperador para marchar al sitio indicado.

Nydia observaba la nueva partida de su amado y otra vez las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Kunreor vio a la muchacha y puso una mano sobre su espalda para intentar animar su entristecido carácter.

-No llores más –aconsejó-. A tu héroe y a mí nos ha tocado vivir una época difícil, llena de incertidumbre. Ahora el Destino de Sarjania descansa sobre sus hombros. Durante mi vida, en el palacio, nunca he conocido a un hombre tan valeroso. Espero que en el futuro los poetas canten sus arriesgadas hazañas.

Tras oír esas palabras, Nydia se retiró en silencio a su cueva mientras el callado Kunreor contemplaba una hoguera que avivaban con secos leños los ladrones.

El desterrado avanzaba por un camino que posteriormente se volvió estrecho y tortuoso. Por ello el galope del corcel se hizo incómodo.

Después las desoladas estepas del reino de Kurm se abrieron ante sus ojos. Tras dos horas de incierto trayecto, bajo el dorado sol de la mañana, divisó la carretera que conducía a Zarnia, la capital de los oscuros templos. Pero se alejó del este para dirigirse al sur.

Su recorrido por las vastas llanuras duró dos días y, al anochecer, el jinete vio la cordillera Warlug. No tomó más horas de descanso y decidió acercarse a los grandes peñascos.

Entonces el terreno se volvió accidentado y llegó un momento en el cual el caballo no podía ascender por el escarpado lugar, por tanto el guerrero caminó solo entre aquellas rocas para detenerse unos minutos sobre un rellano. Allí se veía el majestuoso dintel que servía de entrada en las inmensas cavernas de Baras-Kar. En su interior debía vivir esa orden de envejecidos espadachines.

Se contaban muchas leyendas sobre el lugar y la hermandad. Se murmuraba que allí se aisló un puñado de hombres y mujeres zranakios para huir de las primeras invasiones de los sarjanios durante el reinado de Rajn II. Se instalaron y excavaron en los muros donde construyeron sus casas y pequeños palacios. Conocieron dos siglos de paz y prosperidad. Luego pidieron alojamiento unos guerreros-magos que se negaban a practicar la magia

negra en los templos de Sarjania y por ello huían de su reino. Convivieron con esa civilización, la cual se extinguió después por la epidemia de Peste Dorada que causó verdaderos estragos en la población tanto en las reinos occidentales como en el interior de Baras-Kar durante el reinado de Satoj XV. Sólo sobrevivieron los hechiceros, quienes se aferraron en su desesperación al culto de los dioses Larmork y Ashara. Sus descendientes todavía ocupaban el lugar y quienes deseaban alejarse de la ciudad y dedicarse a la meditación o al arte benigno de la magia, acudían allí para ser enseñados.

Se oyó un ruido de pasos e inmediatamente los sentidos del desterrado se agudizaron. Aquellas recordadas historias se desvanecieron en unos segundos. Enseguida Ratjur se escondió detrás de unos matorrales que sobresalían de unas rocas. Desde allí vio cómo una comitiva de encapuchados aparecía en el rellano y se internaba en aquel gigantesco portal, entre las estatuas de mármol de dos guerreros. Aquellos personajes de tranquilizador aspecto iban acompañados de unos esperanzadores cánticos, semejante al de los peregrinos que acuden a Sekm.

Los encapuchados encendieron unas antorchas. Luego el brillo de éstas se desvaneció entre la creciente oscuridad y, tras ellos, se unió Ratjur mientras procuraba mantener una cierta distancia.

El pequeño túnel se ensanchó. Con la increíble visión perdió de vista a la comitiva, porque entonces él se convirtió en un insignificante punto en una inmensa bóveda de forma circular entre gruesas y poderosas columnas y muros salpicados de ventanas. Las entrañas de aquella cordillera parecían una catedral. Sus primeros habitantes construyeron un monumento colosal. Sin embargo el lugar imponía cierto respeto y el kossetanio desapareció en la primera puerta. Al entrar, subió por unas desgastadas escaleras de caracol hasta desembocar en una cámara llena de muebles. Delgadas capas de polvo cubrían otros enseres. Debía ser la habitación particular de algún antiguo habitante.

Ratjur se asomó por una ventana. Estaba a varios metros de altura del enlosado suelo. Alzó la vista y observó cómo luz de la luna entraba a través de unas anchas grietas abiertas en la superficie de la montaña y que naturalmente se hallaban a una considerable altura.

Retiró la mirada del exterior para ver la cámara de nuevo. Destacaba un gran espejo situado en un extremo de la citada sala. En el centro de la estancia había una muchacha de cabello negro, piel oscura y seductores ojos. Estaba completamente desnuda y, a través de provocativas posiciones, se movía sobre una otomana de color escarlata.

El kossetanio se quedó perplejo ante la misteriosa mujer e incluso se sintió prisionero de

sus encantos para olvidar por unos momentos a su amada Nydia.

-¿Quién eres? -preguntó roncamente el guerrero.

-Mis numerosos amantes me llaman Muna -dijo la muchacha con dulzura aunque se escondiese en su voz sonidos de soledad-. Era una princesa en Nakelat, una lejana isla, más allá del Mar Occidental. Y tú... ¿Quién eres? ¡Por los viejos monjes de Flamner! No eres un zranakio, ni tus rasgos son orientales.

-Vengo de Sarjania –respondió Ratjur con la máxima brevedad posible-. No puedo perder el tiempo en mujeres ociosas, debo hablar urgentemente con Shag, porque el reino se halla en peligro.

A continuación la mujer mostró su verdadero rostro, un rostro de languidez.

-Por favor, dime dónde está –repitió el desterrado ante su repentino silencio.

-¿Tanta prisa tienes? –preguntó ella.

Entonces sus ojos adquirieron un brillo de odio.

-¡Mírame bien, extranjero! –exclamó la mujer-. Hace muchos años fui una hermosa princesa en esa perdida isla y tuve entre mis brazos a múltiples amantes, desde altaneros reyes y capitanes hasta humildes coperos y escuderos. Fallecí joven y unos brujos me dieron de nuevo la vida gracias a un antiguo ritual. Luego me hicieron inmortal por ese mismo rito. Pero me trasladaron a las ruinas de estas

montañas, después de realizar un largo y pesado viaje de meses por el Mar Occidental en una destartada galera. Los magos desaparecieron y ahora vivo entre estos viejos espadachines dedicados con enfermiza vehemencia a la lectura de antiguos libros y polvorientos pergaminos. Estoy sola. ¿Por qué no me amas? Juntos podremos reinar en este triste mundo.

-Veo que tu historia está llena de soledad, pero estoy prometido a una muchacha y debo cumplir una importante misión. Te lo ruego... Quiero hablar con Shag.

-Abre estas puertas y sube las escaleras
-respondió la princesa-. Allí te recibirán los Flamner, que en realidad ya te esperaban hacía días.

El desterrado agradeció con un gesto las palabras de la mujer y abandonó la extraña cámara. Lanzó una triste mirada por última vez a aquella hermosa muchacha, destinada a vivir en una prisión de tinieblas.

“SOY EL VIEJO SHAG”

Después de atravesar diversos salones de altivas columnas y largos cortinajes, Ratjur desembocó en una gigantesca estancia iluminada por el fuego de una gran chimenea. Las sombras que proyectaban las llamas producían unos extraños efectos sobre las rocas de la pared como si danzasen olvidados espectros.

En el centro de la cámara se hallaba una mesa de forma rectangular y en los dos lados estaban sentados unos ancianos, cubiertos por unas estrechas capuchas.

Uno de ellos, de cabello blanco y rostro muy arrugado, comenzó a hablar.

-Toma asiento, kossetanio –ordenó con un voz débil.

-¿Me conoces? -preguntó el mercenario con cierta perplejidad mientras cogía una silla de madera negra.

-Sé qué sucede en el conmocionado imperio y tú eres uno de sus protagonistas. Soy el viejo Shag y te hablaré del futuro, pues esperábamos tu visita hacía tiempo.

-Sin duda me direis qué debemos hacer ante este poderoso enemigo que amenaza con exterminar las civilizaciones.

-Sarjania es la capital de un extenso reino que necesita paz. Pero los conjurados de las sombras lo han impedido. Sola tú puedes evitar la tragedia en el mundo Occidental.

Al oír aquellas palabras, el mercenario se mostró escéptico, pero Shag habló seriamente mientras el resto de los ancianos permanecían en silencio.

-Mira esta pared, extranjero –dijo el mago-. Las sombras de la hoguera te aconsejarán sobre el pasado y el futuro.

Y Ratjur vio las siguientes imágenes como un niño hojea un libro de dibujos y grabados. Se veía en la corte cuando Kunreor depositaba en él su entera confianza. Luego se reconstruían las últimas vicisitudes, la traición de los soldados y su huida del carro. Sin embargo sus pupilas se abrieron cuando se veía él mismo victorioso y al lado, su amiga Nydia. La muchedumbre rodeaba al desterrado y aclamaban su presencia con sonoras voces. Pero parecía demasiado fácil y la desconfianza seguía en sus ojos, lo cual no pasaba desapercibido para el astuto mago. Entonces el brujo mandó que el guerrero trajese una pequeña arca de plata para depositarla en las delgadas manos del encapuchado. Y de su interior extrajo una pequeña daga de hoja dorada mientras pronunciaba unas enigmáticas palabras.

-Jarleus será el futuro emperador de Sarjania. Ya gobernó este imperio hace dos mil años. Apartó del trono con visible crueldad a su hermano gemelo Jar-Lak, no compartieron el

poder y él se marchó voluntariamente del reino antes de acabar asesinado. Después siguieron años de orgías de sangre y terror en la Corte. Se producían masivas ejecuciones, cualquier sarjano podía ser acusado de conspiración y el Templo de Krar se llenaba de víctimas para horribles sacrificios.

“El Caos reinaba en las calles hasta que unos intrigantes aristócratas consiguieron envenenar su bebida –prosiguió el viejo-. Cuando su cuerpo fue momificado y enterrado en la Cripta Real, veloces emisarios buscaron a su hermano, pero éste había desaparecido. La profecía aseguraba que una noche de tormenta devolvería a ese emperador muerto. Así ha sido... Si haces cuanto te diga, escéptico mercenario, Jarleus volverá a su oscuro mundo. Y allí regresará para que nunca nos inquiete con su desagradable presencia.

“Un mago tomará esta poderosa arma y atravesará el cuerpo de Balkaj y del usurpador, sin embargo antes tú deberás matar a Fulvius y derrotarás a sus ejércitos. Y en tu lucha encontrarás el apoyo necesario, pues los campesinos han quedado muy decepcionados por la nefasta política de los nuevos gobernantes y el pueblo se ha sentido indignado ante tantas injusticias. Temen la aparición de una época de terror que ya ha comenzado.

“Debes recuperar también el cetro de Sarjania, que vuelve a estaren manos de los brujos de Kurj. Sé que te esperarán más penurias

cuando llegues a esos muros, pero no estás solo. Un personaje que todavía no conoces te ayudará... Sí, ya lo ha hecho cuando ordenó que la vara volviese al castillo.

“Escúchame bien, guerrero, reúne a esta despavorida gente y obtendrás el mejor ejército. Entrenad con las armas... Sé que te desprecian porque eres un extranjero, pero el sufrimiento con frecuencia llega a borrar las heridas del odio. También veo severos incidentes. ¡Cuidado, kossetanio! Cuando abandones estas montañas te esperarán nuevos peligros. Tu regreso a Sarjania significará la caída de tus enemigos y nacerá una etapa de paz para el imperio. Recuerda, ¡oh, guerrero! tu espada vencerá.

Ratjur se dirigía a las puertas de la cámara después de finalizar su conversación con Shag, sin embargo no quedó demasiado convencido de sus palabras, pues veía difícil ocupar el extenso imperio y proclamar otra vez a Kunreor IV como gobernante.

LAS ROCAS DEL PELIGRO

Cuando el alba era sólo una débil línea de color rojo en el sinuoso horizonte, Ratjur dejó las montañas de Baras-Kar. El altivo jinete espoleaba a su corcel negro para alcanzar el galope por el abrupto territorio. Los cascos del caballo resonaban con un castigado ritmo, provocado por los oscuros riscos. Aceleraba el paso porque tenía más posibilidades de sufrir una emboscada, según afirmaba el viejo Shag. Y en una fracción de segundo, una flecha atravesó la grupa de su corcel, el cual cayó rodando sobre la tierra con su perplejo amo en una nube de polvo.

Ratjur se puso en pie de un felino salto y desenvainó su acero mientras apartaba sus dientes por la creciente rabia. El desterrado vio que se había topado con otros bandidos de las montañas, y su instinto de supervivencia percibió que no eran tan amistosos como la gente de Hanser. Los cuchillos y sables brillaban al ser desenfundados. El combate siguió a continuación sin palabras y la espada del kossetanio dio los primeros golpes. Mientras la lucha avanzaba, notó que no querían matarlo, ni robarle, solo deseaban hacerlo prisionero y, sin advertir la nueva presencia de la traición, dos bandidos

subieron por unas rocas que se situaban a su espalda y Ratjur perdió la consciencia al ser abatido por un fuerte golpe en la cabeza.

Al despertar, entre la niebla de sus ojos, observó el lento llamear de unas antorchas en el interior de una profunda cueva.

-¿Ya te has recuperado, extranjero? - preguntó una voz ronca y seca a la vez.

Se giró con la mente aclarada para ver a un hombre delgado y ataviado con sucios harapos. Estaba atado de manos como él.

-Sí, pero todavía me duele la cabeza – contestó Ratjur-. ¿Dónde estamos?

-Somos prisioneros de Licinius, el verdadero rey de estas montañas. Me llamo Leif y soy el príncipe de Esvenia.

-¡Por Kronos! ¿Por qué estás tan lejos de la Tierra del Hielo?

-Protocolo, amigo, cuestiones de protocolo. Mi padre tiene una amistad de años con el rey de Sarku. Su hija se casaba estos días y yo asistía en su representación a la boda real. El viaje de ida se realizó antes de esta conspiración en Sarjania. Cuando acabaron los días de la pomposa ceremonia decidí volver. Entonces estos bandidos atacaron mi séquito de repente, cuando atravesaba un desfiladero y me cogieron como rehén a cambio de un fuerte rescate. Ahora están buscando la manera de establecer contacto con mi apurado padre. Y tú... ¿Quién eres? Creo que he visto tu cara antes.

-Mi nombre es Ratjur –replicó-. Soy un mercenario que huía de Sarjania, pues el noble al que servía cayó en desgracia. Buscaba trabajo en el reino de Kurm como soldado. Después me capturó Licinius.

Con aquella prudente mentira, el desterrado calló sus auténticas intenciones, porque no convenía que demasiada gente se enterase de sus planes.

-Sí, soplan malos vientos para Sarjania –prosiguió el príncipe–. Como dice mi padre, un reino extenso tiene más riquezas, pero también tiene más enemigos codiciosos. Dime... ¿Quién gobierna ahora? Me informaron en Sarku que la familia de Kunreor IV fue hecha prisionera cuando en pocas horas los conspiradores asaltaron el palacio.

-Pondrán a un nuevo emperador –respondió secamente Ratjur-. No sé nada más.

El silencio reinó entre los dos guerreros. Después Leif continuó hablando.

-Llevo varios días aquí -comentó el esvenio amargamente-. Me traen comida y bebida y desean recibir pronto las piezas de oro, pero me extraña que pierdan el tiempo contigo. Pareces un soldado experto en combates y en lugar de atacarte y reducirte, deberías unirme a ellos. Eres un mercenario y mientras te paguen, te importa poco servir a un noble que robar con ladrones. Sin embargo algo debe suceder entre los bandidos. De hecho ya llevan nerviosos bastante

tiempo como si aguardasen una noticia en especial.

Ratjur pensó que se hallaba en el centro de una trampa y tensó los músculos de sus brazos para romper las ligaduras, pero solamente consiguió que sus muñecas sangrasen.

-¡Malditos! –exclamó el guerrero indignado-. Espero que todos los conspiradores se condenen en el Infierno.

En aquel instante entró un hombre grueso acompañado de cuatro bandidos. Cogieron a Leif y lo sacaron de la cueva para quedarse el capitán y el kossetanio.

-Los ladrones me llaman Licinius y soy quien manda en estos parajes –se presentó el individuo con arrogancia.

El desterrado no respondió nada y se limitó a mirarlo con seriedad.

-Y tú, amigo, debes ser sin duda el que buscamos –siguió el capitán.

A pesar de sus severos ojos, el mercenario no pudo evitar un pequeño gesto de miedo.

-¡Ah! –exclamó Licinius-. No pareces el valiente mercenario de antes.

-¿Por qué me habeis capturado? -preguntó él imaginándose la respuesta.

-Te lo diré, pues no tenemos ningún inconveniente ante tu próxima muerte –respondió el bandido mientras acariciaba su espesa barba-. El brujo Balkaj y yo tenemos una duradera amistad por motivos que ahora no importa mencionar. Un cuervo de Sarjania nos trajo en su

pico un alargado cilindro con un mensaje. En él se ordenaba que debíamos cogerte cuando cabalgases por estas montañas. Después de matarte, debíamos llevar al palacio en el interior de una caja tu cabeza conservada en especias. Así se calmarían supuestas rebeliones de campesinos y soldados insurrectos.

-¿Y qué obtendrías a cambio?

-Los hombres que viven peligrosamente en estas rocas y yo ocuparíamos un lugar tranquilo y cómodo en la Corte. ¿Qué te parece mi futuro, extranjero?

-Te diré mi opinión. Para ser un peligroso salteador de montañas veo que eres un gran estúpido –se atrevió a hablar Ratjur-. Cuando consigais vuestros objetivos y llegues orgulloso por tu triunfo al palacio, tu fiel amigo Bakaj te eliminará sin dejar pruebas como hizo sin piedad con Craso, el que se pensaba que iba a ocupar el trono. Se murmura que murió asesinado cuando entró en el palacio el día del asalto. Después los deformes sirvientes del hechicero hicieron desaparecer con rapidez su cadáver mutilado. Y tú pretendes rivalizar con el ambicioso Balkaj, un abominable brujo experto en magia negra.

-¡Idiota! –exclamó el capitán.

A continuación Licinius golpeó el rostro de Ratjur y éste miró con los ojos inyectados en sangre a su antagonista.

-No te mataré ahora –dijo el capitán furioso por las palabras del mercenario-. Espero nuevas

noticias del brujo y no me atrevo a dar un paso más sin su consentimiento.

-Me lo temía. Siempre serás un perro vasallo de Balkaj hasta tu próxima muerte, porque ellos decretarán tu final –concluyó el desterrado.

Sin embargo el bandido no escuchó sus duros comentarios y se alejaron mientras otros volvieron a traer al esvenio para dejarlo en su lugar. Después se marcharon afuera.

El príncipe se incorporó para sentarse con grandes dificultades, pues permanecía maniatado.

-Tranquilo –dijo Leif con una sonrisa-. Esta noche cuando se emborrachen, tú y yo abandonaremos estas montañas.

¿Y CÓMO PIENSAS HUIR?

La noche se posó con un aspecto lúgubre sobre la cordillera. En un amplio rellano los bandidos de Licinius se pasaban jarras de vino kurmeo entre desagradables canciones y desgarradoras carcajadas. Alrededor de enormes hogueras parecían celebrar una fiesta, como un buen augurio.

En el interior de la cueva desataron a los prisioneros y dejaron una bandeja con unas costillas de jabalí y una repugnante cerveza. Ratjur llevaba muchas horas sin comer y devoró con avidez su ración como si se tratase de un banquete de la Corte mientras el príncipe, acostumbrado a las fiestas de su castillo, comió poco y se atrevió a tomar unos sorbos de la jarra. Como era de suponer eran estrechamente vigilados por cuatro forzudos ladrones. Al acabar la cena, fueron atados de nuevo y los bandidos abandonaron la cueva.

-Y ahora... ¿Cómo piensas huir? –preguntó el kossetanio con evidentes signos de impaciencia.

-¡Ah! Los aventureros desterrados son siempre tan impetuosos como atrevidos –dijo Leif con aparente tranquilidad.

-¿Quién te ha dicho que soy un desterrado?

-Nadie, pero en realidad te había reconocido desde el primer instante, desde que te habían dejado aquí. Ratjur, un hombre que deja su tribu injustamente y que encuentra un destacado lugar de la Corte de Sarjania tras muchas aventuras. Eres muy conocido y por ello tus enemigos quieren tu cabeza.

El guerrero calló por unos segundos ante la inesperada respuesta. Sin embargo luego reaccionó.

-Pensaba que íbamos a atacar mientras estábamos desatados y cenábamos -dijo el mercenario.

-¿Por qué? -preguntó el príncipe-. Nos hubiesen atacado con sus aceros antes de defendernos. Debemos esperar a que los efectos del alcohol los conviertan en seres débiles y estúpidos.

Ratjur volvió a callar y con su sombrío silencio se mostró receloso, pues con sus manos atadas no tenían demasiadas posibilidades de movimiento. Sin embargo cuando en el exterior de la cueva los gritos y risas de los ladrones decrecieron, Leif pensó que era el momento adecuado para su arriesgado plan de huida. A ante la asombrada mirada del desterrado, el príncipe comenzó a golpear sobre la tierra con sus desgastadas botas. Entonces salió una pequeña cuchilla de su suela.

-Los nobles nos valemos de estos sencillos y sofisticados engaños para defendernos -añadió

el esvenio-. Ahora... ¡Acércate a esta hoja! Aunque parezca poca cosa, es tan afilada como una espada y cortará tus ligaduras en seguida.

El kossetanio se arrastró hasta el príncipe y puso sus cuerdas en la hoja. Pronto los músculos de sus brazos las rompieron y a continuación desató al noble. Inmediatamente se agazaparon como bestias. Salieron de la cueva con pasos felinos y la primera intención era robar un par de aceros de los dormidos bandidos. Con cautela se aproximaron a ellos y cómo se temían, estaban completamente borrachos. Por tanto tomaron sus armas sin demasiados problemas. Los centinelas se hallaban cansados también y, situados en puntos demasiado lejanos del rellano, permitieron la fuga de los guerreros bajo el amparo de la noche. El mercenario y Leif dejaron aquellos parajes.

Con ágiles pasos de hombre de la montaña, Ratjur avanzó, sin embargo el príncipe, adaptado desde su infancia a la cómoda vida de su pequeño palacio, no podía mantener el mismo ritmo del desterrado, por ello se detenía unos segundos para ayudar al noble. Debían subir rocas y luego bajarlas, según indicaba el caprichoso camino.

-Debemos darnos prisa, Leif –dijo el mercenario-. Pronto los bandidos descubrirán nuestra huida.

El príncipe permanecía en silencio y su frente estaba perlada de un angustioso sudor. Su

fatigada respiración mostraba su poco ejercicio y no podía seguir a la misma velocidad al guerrero. Sin embargo al alba consiguieron abandonar las montañas para acabar en un pequeño valle. Descansaron unos breves minutos y luego reanudaron su carrera.

-Aquí hay pequeñas cabañas de pastores – comentó el esvenio-. Debemos llegar a cualquier casa y pedir unos caballos prestados... ¿Por qué no vuelves a Sarjania para luchar con la resistencia? No te imagino un cobarde.

-No soy un pusilánime. De hecho mientras se organizaba la resistencia, yo regresaba con los ladrones de Hanser para crear un nuevo ejército que derrote al usurpador.

Y los dos fugitivos caminaron a través del valle.

Antes de la llegada del amanecer, el furioso Licinius había descubierto que en la cueva de los prisioneros solo quedaban unas ligaduras cortadas e inmediatamente se dirigió con su reducido grupo de bandidos al oeste de las montañas. Sin embargo el guerrero y el príncipe llevaban algunas horas de ventaja y se encontraron pronto con una cabaña de pastores. Ratjur explicó la situación a una pareja de ancianos y tomaron los caballos bajo su permiso. De ello conocían al kossetanio que estaba al servicio del emperador. Montados sobre los corceles, reanudaron su desesperada huida.

Cuando se alejaron unas leguas, Leif se mostró más realista.

-Mira, amigo –dijo el esvenio con serenidad-. Ahora yo puedo regresar a mi país y puedo presentarme en la Corte para hablar de tu causa a mi padre. Quizá me ayude enviando sus tropas contra el ejército del usurpador. Tu debes preparar la resistencia de la cual me has hablado antes. Separados los dos, los ladrones que nos persiguen quedarán desconcertados y se dividirán también en opiniones, entre nuestras escasas posibilidades de vencerlos.

-Creo que tienes razón –contestó Ratjur quien no deseaba perder demasiado tiempo-. ¡Hecho! Piensa que en estos momentos yo soy más importante para ellos que tú. Con el rescate de tu padre, los ladrones solo vivirán unos días bien. Con mi cabeza cortada, Licinius y sus bandidos piensan dedicarse a una vida tranquila en la Corte. O al menos se imaginan eso.

-Separémonos y que tengamos buena suerte –concluyó el príncipe con orgullo, como su antiquísima dinastía lo sabía hacer.

El desterrado alzó la cabeza con firmeza, espoleó su caballo y los dos jinetes partieron en sentidos opuestos. Ratjur continuó su camino por las desoladas llanuras y con frecuencia miraba a sus espaldas, como si distinguiera en la lejanía a sus enemigos.

Los bandidos se presentaron como espectros en la casa de los viejos pastores y éstos, ante las continuas amenazas, dijeron que

habían vendido los caballos a dos extranjeros que se dirigían al norte. En otro momento Licinius hubiese saqueado e incendiado aquella cabaña, sin embargo tenía demasiada prisa para coger a Ratjur de nuevo, por tanto dejó tranquilos a los atemorizados ancianos y prosiguieron la persecución.

-Muy importante debe ser ese kossetanio a quien quieren capturar –dijo el viejo a su esposa-. El cruel Licinius ha salido de su cubil de bestias para atrapar a un mercenario. ¡Y no han quemado nuestra casa!

-No debías de haber indicado a donde se dirigían –recriminó la mujer.

-¿Y qué hubiésemos conseguido? Nos habrían matado y se habrían quedado con nuestro ganado posiblemente. No deseo provocar las iras de Licinius. Recuerda qué les pasó a los campesinos de la región porque se negaban a ceder una parte de sus cosechas.

-Creo que nos nos debemos preocupar –replicó la vieja-. Ese extranjero no parece un hombre corriente y no caerá bajo la espada de ese saqueador con facilidad.

Ratjur se arriesgó a tomar una difícil ruta en el bosque de Rannok, un paraje lleno de leyendas. Pensaba que, refugiado allí, lograría esquivar a los ladrones.

EL BOSQUE DEL TERROR

Los perseguidores tomaban con frecuencia unas determinados minutos de descanso para los caballos y para ellos, lo cual proporcionaba una cierta ventaja al mercenario. A pesar de su obstinación por capturar a Ratjur, el capitán de los forajidos comenzó a temblar al ver que todavía no había localizado al astuto guerrero, cuando antes tenía a otras presas sin excesivos contratiempos. En realidad reconocía que tenía más miedo de las posibles represalias que podía tomar contra él el vengativo Balkaj, acostumbrado a castigar a sus servidores inútiles sin saber qué era el perdón.

Ratjur llegó con su caballo negro al misterioso bosque de Rannok hacía unos minutos. Se encontraba de este modo en una peligrosa zona bajo el manto de la noche. Con la tétrica imagen del lugar pensaba dejar atrás a los supersticiosos ladrones. Sin embargo su corcel estaba cansado y el desterrado decidió parar por unos momentos su recorrido, pues creía que llevaba mucha ventaja a sus enemigos. Desmontó y se sentó sobre una enorme roca en

un ancho claro, rodeado de frondosos árboles de nudosos y retorcidos troncos. Bajo el resplandor de las estrellas parecían monos de Sumeria que avanzaban formando una macabra hilera. Numerosas leyendas y baladas gobernaban los ánimos de muchos hombres endurecidos en aquellos parajes de aspecto siniestro.

Algunas historias hablaban de milenarias ciudades habitadas por fantasmas y, aunque el guerrero tuviese más miedo de Balkaj y Jarleus en el trono, la brisa del bosque le provocaba también pequeños temblores.

En aquel instante su caballo piafó de un modo acelerado y el mercenario dejó de comer su ración de carne seca para defenderse. Notaba la presencia de algún ser maligno y sacó su acero en seguida. Observaba por unos terribles segundos cómo una simiesca sombra se movía con dificultad por unos matorrales. Quizás se tratase del traicionero pavor o de una desagradable broma del reflejo lunar. Sin embargo no estaba dispuesto a correr más riesgos y se preparó para subir sobre su caballo. Prefería descansar lejos de aquel lugar.

Entonces una flecha se clavó en un tronco que había a su lado. De los espesos matorros salieron los ladrones de la cordillera y el grueso Licinius. Con arcos y ballestas en mano, se acercaron de un modo amenazador. Ratjur permaneció quieto a pesar de saber que aquella sombra no pertenecía a ellos.

-Si te mueves, la siguiente flecha atravesará tu corazón –dijo el capitán-. Aléjate de tu caballo y levanta los brazos.

El guerrero obedeció con las manos crispadas por la rabia y el miedo al bosque al mismo tiempo.

-Nos ha llevado tiempo y fatigas encontrarte –prosiguió Licinius-. Pero verte otra vez como prisionero compensa nuestras incidencias. No veo a tu compinche, Leif, pero ése me importa poco en estos momentos. Esta vez no correré más riesgos. Te mataré aquí y me llevaré sola tu cabeza como presente a Balkaj.

El mercenario iba a ser abatido, pues no tenía tiempo para evitar el mortal tiro del arco. Cuando Licinius se proponía a accionar su ballesta, se escuchó un desgarrador rugido, el cual acompañado de otros más, causó el pánico entre los bandidos. Aquellos segundos de desconcierto eran suficientes para que el desterrado atacase y golpease la mano del capitán, el cual perdió su arma.

Sin embargo los siniestros rugidos se sucedieron caóticamente y los ladrones descubrieron por primera vez qué era de verdad el miedo.

Entre los matorrales se adelantaron un grupo de hombres con rostros de lobos y cuerpo de gorila, que caminaban como sombras tambaleantes. Iban cubiertos con sucios harapos.

La pelea siguió a continuación y las espadas intentaron rechazar las afiladas uñas de

aquellos seres. Y mientras Ratjur luchaba contra ellos al lado de los ladrones en un frente común, recordaba por unos instantes la desagradable leyenda de una antigua raza de seres necrófilos, un pequeño reino en decadencia que, todavía moribundo, se apareó con lobos semihumanos. Y de esta repugnante unión nacieron aquellas crituras que ahora habitaban el bosque.

Pero el guerrero pensó que no era el momento para recordar pasadas historias. Atravesó el tronco de una bestia con su acero y como no tuvo tiempo para sacarlo de su cuerpo de pelo hirsuto, otro monstruo se lanzó sobre él y los dos rodaron con exasperación. Aquel ser intentaba destrozar con sus afiladas mandíbulas el cuello de su víctima, pero Ratjur empuñó su pequeña daga con inusitada rapidez y lo hundió de una certera vez en el pecho del adversario. La bestia murió con un horrible alarido, semejante a los humanos. Había atravesado su corazón.

El desterrado se levantó y se acercó a la espada perdida para proseguir su lucha, pero vio que al rodar con el monstruo en su anterior combate, se había alejado del núcleo central de la batalla. En breves segundos observó cómo un brutal zarpazo de una bestia desgarraba el orondo estómago de Licinius y éste caía muerto sobre la tierra. Así, los bandidos morían entre el peligroso círculo de fantasmales seres y Ratjur veía que nada tenía que hacer allí. Tomó uno de sus caballos e, impulsado por un invisible resorte, saltó por encima de los monstruos y los

salteadores y se alejó del claro del bosque. A sus espaldas el ruido y los gritos de la pelea por la rabia decrecieron y el jinete espoleó al animal para salir del paraje. Mientras cabalgaba, pensó en los horrores de aquella noche y en que los partidarios de Licinius ya no le perseguiría nunca más.

LIBRO CUARTO

EL REGRESO DEL KOSSETANIO

Jarleus estaba sentado sobre su majestuoso trono en la Cámara de Audiencias mientras el lánguido atardecer se posaba sobre la Ciudad de las Torres Grises. Entonces entró el brujo Balkaj y el sombrío emperador preguntó por su hermano.

-Jar-Lak jamás volvió a Sarjania –respondió el hechicero-. En tu anterior existencia, como comprobaste, decidí abandonar el imperio, pues sabía que no podía competir contra tu poder o contra las intrigas de los magos del Templo de Krar.

-He leído en las Crónicas de Sarjania que subió a una galera en la ciudad de Istaia y con arriesgados tripulantes y un capitán, osó adentrarse en el Océano Occidental, donde se alberga otro gigantesco continente –prosiguió Jarleus.

-Son suposiciones, Majestad. No se tuvo constancia de ese viaje.

Jarleus calló por unos minutos.

-Dos mil años... –dijo después-. He dormido durante dos mil años para ver de nuevo la extensa Sarjania. Esta vez no tendré la sombra de mi hermano gemelo para gobernar.

Crónicas de Sarjania

LA HOGUERA DEL CAMPAMENTO

Las llamas crepitaban en la enorme hoguera del campamento de Hanser. El propio jefe de la banda estaba sentado frente a Ratjur y arrojaba pequeñas ramas junto a los gruesos troncos. El frío aumentaba en aquella noche y ellos, cubiertos con pieles, no dormían en sus respectivas cuevas. Soportaban las frías temperaturas fuera, como si estuviesen esperando a alguien con cierta impaciencia, una impaciencia que era más fuerte que las inclemencias del tiempo.

-Nydia se ha retirado a descansar muy pronto –dijo el kossetanio-. No está acostumbrada a la vida de la montaña. Naturalmente para no inquietarla, no le he contado con detalles mi aventura con los ladrones de Licinius, ni mi estancia en el bosque de Rannok.

-Al menos no nos molestarán más -añadió Hanser-. No respetaban el código que tenemos entre los bandoleros. Era un asesino, pero ignoraba que mantuviese tratos con Balkaj.

-Espero que Leif cumpla su palabra y nos brinde sus tropas para reconquistar Sarjania. Me ha dicho el emperador que mañana, al amanecer,

mientras partimos para la búsqueda del cetro, él se encargará de preparar y adiestrar a tus hombres y a los campesinos de los alrededores en el manejo de las armas. Para ello cuenta también con la ayuda de dos lugartenientes que estuvieron en la Corte, encontrados en las montañas después de la caída de la capital.

-Sí, son tiempos difíciles para el imperio. Hasta un bandido debe aliarse con un soldado para enfrentarse a la magia negra.

-¿Y cuándo viene tu amigo? Si nos quedamos aquí demasiado tiempo, nos convertiremos en estatuas de hielo.

En aquel instante se escuchó el sonido de cascos de un caballo. En la distancia se oía el “alto” de un centinela, siguieron unos minutos de espera para comprobar si era a quien aguardaban y finalmente un delgado personaje de cabello canoso apareció ante Hanser y Ratjur.

-Ankarius de Afores os saluda -dijo el individuo mientras se sentaba ante la hoguera y cogía un pellejo de vino-. ¿A qué se debe el motivo de la llamada?

-¿Qué noticias traes de Sarjania? –preguntó el jefe de la banda.

-Las novedades que siempre se han repetido. En la capital reina el caos. En las calles se producen asesinatos y nadie ve nada. La gente mata para conseguir desde un mendrugo de pan hasta un par de botas. Jarleus será proclamado pronto como emperador, pero la ausencia del cetro no le permite tal ceremonia

todavía. Se sabe que ha enviado un correo para que le devuelvan de Kurj la ansiada vara, que continúa retenida entre esos muros después de vuestro atrevido ataque.

-¡Tenemos poco tiempo! –exclamó el kossetanio.

-¿Qué queréis decir? -preguntó el individuo.

-De eso hablaremos ahora. Hanser me ha dicho que tu fuiste un aprendiz de mago en esa maldita fortaleza y por tanto conoces cualquier rincón de la construcción. Nosotros debemos ir a ese lugar para coger previamente el cetro y reclamar el trono de Sarjania.

-¿Estais locos? Antes de acercarse a la montaña del castillo, los hechiceros os matarán desde las torres con cualquier ritual.

-Cuando te despreciaron los brujos y renegaste de los amos de la fortaleza –dijo Hanser-, quisiste ingresar en la Orden de Krar, pero en el templo no te lo permitieron. Y despechado por la ira querías robar sus tesoros. Hasta deseabas coger los libros de Kurj para venderlos a los codiciosos magos de Katai. Te presentaste aquí con esa idea y me propusiste un plan, que yo consideré muy arriesgado. El acero no puede hacer nada contra la magia. Y me negué.

-Pero eso pasó hace cinco años – interrumpió Ankarius-. Teníamos más valor y...

-Sabes que bajo la montaña se esconde un pasadizo secreto que tú mismo descubriste una noche durante tu época de fracasado

aprendizaje.

-Ahora no me atrevo a desafiar a esos hechiceros. Hasta la Orden de Krar tiene miedo de su alto poder en el campo de la necromancia.

-Nos debes ayudar –añadió Ratjur-. La libertad de Sarjania y quizá de Occidente depende de nosotros.

-Me niego. Ahora soy un noble al servicio de...

-¿De quién? ¿De un emperador que pronto te eliminará? Mira, amigo, en esa cueva que ves allí, duerme el verdadero emperador, Kunreor IV. Imagínate qué pasaría si le despertamos y decimos que tú, Ankarius de Anfornes, un leal súbdito de la corona, se niega a prestar ayuda a su causa. Cuando recuperásemos el trono por nuestros propios medios, tú perderías tus tierras, riqueza y honores que seguramente obtuviste con historias demasiado turbias. Te quedaría el destierro o incluso la decapitación por rebelarse contra el rey anteriormente.

El aristócrata empezó a temblar y tomó más sorbos del pellejo de vino antes de hablar.

EL CAMINO DE KURJ

-¿Y bien? Ahí tenéis la fortaleza de los magos de la Estrella Púrpura.

Hanser y Ratjur detuvieron sus caballos ante las palabras de Ankarius. El atardecer se convirtió en un manto de niebla que rodeaba la montaña, un altivo peñasco de flamígeras y afiladas rocas que se alzaban con majestuosidad entre el resto de la cordillera Jundráger. En la cima del pico destacaban unas murallas y unas torres negras con macizas almenas. Nadie podría asaltar esa construcción con facilidad.

-Vamos a escondernos detrás de las rocas –dijo Hanser-. Temo que nos hayan visto.

-No te preocupes por eso-replicó Ankarius-. Si nos hubiesen observado, ya habrían enviado sus lobos o sus soldados-simio.

Cuando aquel sudario de niebla empezó a envolver los muros, la silueta se desvaneció como si fuera un sueño.

Dejaron los caballos atados a unos matorrales y con paso felino se deslizaron por un pequeño sendero de forma accidentada para llegar al pie del mismo peñasco. Se dirigieron hacia la derecha, donde reinaba abundante

vegetación. Ratjur y Hanser desenfundaron sus machetes y cortaron aquellas ramas que dificultaban su camino hasta descubrir una reducida abertura.

-¿Es la entrada? –preguntó el desterrado.

-Sí –respondió el noble.

A continuación apartaron las rocas de su alrededor y el agujero se ensanchó. Improvisaron un par de antorchas y entraron por una cueva. Sus paredes estaban cubiertas de ladrillo.

-Hace siglos la vieja generación de magos deseaba a muchachas jóvenes y vírgenes para sus sacrificios –decía Ankarius-. Con su sangre renovaban los rituales de los libros de hechizos. Eran secuestradas en los pueblos de la región y traídas de un modo disimulado por este túnel construido especialmente para ellos. Pero Rajn X tenía más miedo de sus pendencieros súbditos que de los brujos.

“Cansados los lugareños de las misteriosas desapariciones y de la citada hermandad, hablaron con el emperador y, temeroso éste a que su propio pueblo se rebelase contra su cobarde actitud, mandó castigar la fortaleza. Con la ayuda de los hechiceros de Krar consiguió reducir a cenizas el paraje después de un cruel enfrentamiento. No perdieron excesivos hombres, pues se mezclaba la magia en los combates. Solamente cayeron los hechiceros.

-Dices que el castillo quedó arrasado- prosiguió Hanser-. ¿Por qué está de pie otra vez?

-Transcurrieron cien años y se volvieron a

restablecer sus abominables cultos –respondió Ankarius-. Y en una noche con su nigromancia reconstruyeron la fortaleza. Sin embargo esta vez no quisieron molestar a los campesinos y por tanto no hubo más desapariciones de indefensas doncellas. Quedó abolido el sacrificio humano.

-Tú, que te has paseado entre esos muros... –dijo Ratjur-. Si tuvieses un apreciado tesoro, ¿Dónde lo ocultarías?

-En la torre norte, sin duda. Allí se halla una cámara con su implacable Karark o guardián y nadie tocaría lo que se les confía, en este caso el cetro de Sarjania.

-¿Y quién es ese guardián? -preguntó Hanser.

-No lo sé.

-¿Qué dices?

-Nunca lo he visto. Solamente ha entrado en esa estancia y ha hablado con él, el Rakssart, es decir, el amo más viejo de la hermandad. La gente murmura que es el Karark quien manda de verdad en el castillo y quien proporciona la magia a los brujos.

A pesar de la breve conversación sobre la historia de aquella desolada región, los tres intrusos no podía evitar cierto miedo.

-¡Ssst! -dijo Ratjur-. ¡Callad ahora! No habléis tan alto u os estrangulo. Sospecho que no estamos solos.

El noble y el ladrón permanecieron en silencio y siguieron al guerrero con sus respectivas antorchas. Pronto el pavimentado

pasadizo se terminó y el túnel se ensanchó. Las estalactitas y estalagmitas ocuparon el lugar de las viejas losas.

De repente en la lejana oscuridad se escucharon unas desgarradoras risas de mujer que Ratjur deseó que hubiesen sido más humanas en aquel instante. Se acercaron a la nueva abertura con cautela.

EL TORREÓN DE LAS MUJERES-SERPIENTE

Reanudaron su camino el recorrido hasta acabar en una inmensa galería.

-¡Por Kronos! –exclamó Ratjur-. Parece la entrada de las minas de El-Farallún en la lejana Sarku.

Su sorpresa no se podía describir, pues tenían dos puertas para escoger. La abertura de la izquierda era un gigantesco portalón de madera negra y humedecida. El dintel de la derecha era más pequeño. Hanser y Ankarius se preguntaban con cierto temor quiénes se habían entretenido en construir aquello en las entrañas de la tierra.

-Cuando estuve practicando la nigromancia con los hechiceros de Kurj no estaba esta bifurcación –dijo el noble-, por tanto no me preguntéis qué camino debemos escoger.

Ratjur y el bandido desenvainaron de nuevo sus aceros, mientras el primero señalaba el camino de la izquierda.

La inquietud dominó sus endurecidos caracteres y empujaron con todas sus fuerzas para abrir aquellas grandes puertas que les invitaban a seguir su ruta a una inmensa bóveda. Las rocas y pequeñas piedras arrojaban un indecible estallido

de colores semejantes a diamantes.

Ante sus pies se abría una larga avenida flanqueada en ambos lados por una hilera de marmóreas estatuas. Representaban unos animales de cuerpo rechoncho con una trompa como nariz y unas largas orejas en su rostro.

-¡Extrañas criaturas!- exclamó Ankarius.

-Son elefantes –respondió Ratjur-. Viven en las junglas del sur en el Imperio Hinita y en las llanuras de Sumeria.

-¿Acaso has estado en el palacio del rey N'Yonga? –preguntó Hanser sorprendido.

-Sí –prosiguió el kossetanio-. Cuando robé los Pergaminos de Karalós en el Templo de Krar, vi que desaparecer una buena temporada de Sarjania era una buena idea. Entonces en mi largo destierro atravesé los Grandes Desiertos hasta llegar a las ciudades de la selva. Sus habitantes de raza negra me acogieron amablemente y N'Yonga VIII me pidió que dirigiese sus tropas contra los sumerios para la posesión del Oasis de Kémfer. Cuando ganamos, me retiré y regresé a las tierras del norte. Pero no es el momento de hablar de aventuras pasadas. Ankarius... ¿Estaban estas esculturas durante tu estancia en Kurj?

-No, kossetanio -respondió el aristócrata-. Ya te he dicho que estas salas se construyeron después de mi partida. Lo juro por la piadosa Ashara.

En su silencio Ratjur demostró que la palabra de aquel sagaz personaje no era de fiar.

Al final de la avenida se distinguía un soberbio torreón de piedra negra. Su altura no debía sobrepasar los veinte metros.

-¡Mirad! –exclamó Hanser-. Un edificio que carece de puertas y de ventanas.

-No nos separemos –ordenó Ratjur.

En aquel instante una voz femenina sonó.

-¡Bienvenidos, extranjeros! –les saludó.

El kossetanio, el noble y el ladrón alzaron los ojos para contemplar en el torreón a unas esbeltas mujeres. Estaban semidesnudas y se asomaban tímidamente. Tenían largas cabelleras de color dorado y sus lascivas miradas despedían un aire sombrío. No daban excesiva importancia al hecho de mostrar sus generosos pechos entre los raídos harapos que llevaban encima. Ankarius contó unas cinco muchachas de incomparable belleza.

-Somos viajeros y... -Hanser no supo qué contestar ante ellas.

-Nosotras somos prisioneras de la soledad –dijo una mujer-. Hace cinco años, el cruel y deforme Balamus, nos desterró de Sarku y nos envió como presente a los hechiceros de Kurj, nos dejó en este paraje porque despreciábamos su lujuria. Ahora estamos cansadas de la tortuosa oscuridad que rodea nuestro torreón

-Os ayudaremos –dijo Hanser como hipnotizado.

-¿Estás loco? –preguntó Ratjur-. Debemos ir con prudencia. No sabemos quiénes son realmente.

En aquel momento se oyeron unas incoherentes palabras que provenían de las gargantas de las muchachas.

-Marar kart yaglee harmur.

Y a continuación desaparecieron del torreón.

-Regresemos a la entrada –dijo entre susurros Ratjur-. ¡Obedecedme!

Fueron retrocediendo con cierta prisa entre las estatuas de los elefantes de mármol. Entonces contemplaron con visible temor que las muchachas del torreón tenían desde la cintura hasta abajo el cuerpo de una serpiente. Vieron cómo se deslizaban por la pulida pared del enigmático edificio.

Dieron media vuelta para correr, pero las mujeres se movían con más rapidez. Una alcanzó a Arkarius y se enroscó en sus piernas y en su cuello. El noble perdió su cuchillo durante el forcejeo para librarse de aquel mortal abrazo. Ratjur se detuvo y, espada en mano, se acercó a la primera que había capturado al aristócrata.

Las cuatro restantes avanzaban mientras Hanser decidía unirse al sanguinario encuentro.

-¡Sois unos necios! -exclamó una de ellas con los ojos inyectados en sangre-. Han venido otros hombres a nuestro torreón y no han salido con vida.

Ratjur y Hanser alzaron su aceros para el ataque, pero cuando las mujeres iban a abalanzarse sobre ellos, escucharon un lejano mugido, que parecía provenir del torreón. Sus

rostros palidecieron y retrocedieron lentamente. Regresaron a la sombría construcción. El bandido y el mercenario no hicieron preguntas aunque su mirada de desconcierto era evidente. Se acercaron a Ankarius. Estaba muerto. El fuerte abrazo de la cola también había roto su cuello.

Volvieron a la antesala.

-¡Por Kronos! Esa puerta era una entrada falsa para causar la perdición de cualquier ladrón –dijo Ratjur-. Por ello esos hechiceros mandaron construir esa avenida y ese torreón. Me pregunto qué peligros nos acompañarán ahora.

EL RECINTO DE LOS MALDITOS

Después de la amarga experiencia con las mujeres-serpiente, Hanser y el kossetanio se adentraron en el estrecho pasadizo de la derecha. Mientras avanzaban, lamentaban en silencio la pérdida de Ankarius, pues aunque fuese un astuto oportunista, les había ayudado a entrar en el inexpugnable castillo y nadie se merecía aquel final.

Se encontraron ante una pesada puerta que el desterrado abrió con cuidado. La contigua estancia parecía el gigantesco vestíbulo de la fortaleza. El resplandor provenía de unas bolas de cristal colgadas del elevado techo, por tanto el ladrón dejó a un lado su antorcha. Espadas en mano, subieron por una escalera de caracol hasta llegar a un largo pasillo cubierto de cortinajes de dibujos orientales.

-¡El dragón de Katai y las doradas pagodas de Mun-Sap-Tae! –exclamó Ratjur mientras se detenía por un segundo para contemplar las trabajadas figuras sobre la tela carmesí.

Se asomaron por una estrecha ventana con cierto disimulo y vieron cómo una pequeña comitiva de encapuchados cruzaban el patio

interior para entrar en el edificio, donde estaban ellos. Quedaba poco tiempo y no alcanzarían la otra puerta del extremo sin ser vistos. Por ello se ocultaron tras los cortinajes. Apenas lo hicieron y los hechiceros aparecieron con unos lúgubres cánticos. Cuando pasaban a su lado, Hanser y Ratjur notaban cómo el sudor se deslizaba por su frente y su espalda. La comitiva se perdió en el otro extremo y los dos intrusos respiraron aliviados.

-¡Pensaba que nuestras aventuras iban a acabar aquí! -exclamó en voz baja el guerrero.

-Debemos seguir –se limitó a decir el ladrón.

Avanzaron por el pasillo y, tras dejar pasar unos prudenciales minutos, abrieron la otra puerta. Una amplia estancia de pulidos muros les aguardaba. Había otomanas de terciopelo rojo y una vieja mesa. Cansados por la tensión del pasillo, se sentaron por unos segundos. Entonces oyeron roncadas voces que atravesaban el grosor de la pared. En otra cámara, a su lado, dos supuestos brujos debían hablar. Y entendieron parte de la conversación, aunque ésta estuviese llena de fuertes arcaísmos.

-...La Hermandad de Kurj es tan antigua como la aparición del Mar Interior de Kasjún -decía la citada voz en un tono orgulloso-. Cuando los sarjanios empezaban a extender su imperio sobre los reinos del sur, nosotros ya rendíamos culto a Krar, pero los brujos de traicionero Rajn II se encargaron de declararnos blasfemos y hundir

nuestra imagen para conseguir el mando del Templo. Por ello sufrimos el destierro, abandonamos la capital para establecernos aquí, cerca del nacimiento del río Vardorer, entre tierras sarjanias y kossetanias. En este lugar nadie nos molestó, pues los hijos de Sarj no se atreven a invadir los territorios fronterizos del receloso pueblo Kosse.

“Después de la primera matanza que sufrimos por decreto del emperador Rajn X hace cien años, los supervivientes nos separamos, pero en el bosque continuábamos nuestros rituales. Luego volvimos a estas ruinas que con la magia negra reconstruimos en unas escasas horas. Deben correr tiempos difíciles durante nuestro obligado aislamiento para que conspiradores de Sarjania confíen en nosotros el cetro hasta que nombren a un nuevo emperador. Siempre tenían a los adeptos de Krar en el templo para estas misiones de intriga. Pero no entiendo porqué el Karark desea retener todavía la vara.

-¿Y Jarleus? -preguntó otra voz.

-Aunque controle la magia negra y fuese en su anterior existencia general, emperador y brujo, es el más vulnerable de toda nuestra antigua hermandad. El Cuchillo Plateado puede acabar con su vida definitivamente. Además, el guardián no desea hablar de esa conjura.

Hanser y Ratjur oyeron con cierta atención parte de aquel diálogo.

-Debemos marchar de aquí –susurró el

desterrado.

Una rápida mirada permitió ver que en un extremo había un dintel y en el otro, una escalera que conduciría a la torre norte.

-¡Arriba se debe encontrar el cetro! – exclamó el guerrero mientras empezaba a subir.

Y Hanser siguió al guerrero.

ACERCAOS, EXTRANJEROS, ACERCAOS

Los intrusos acabaron de subir los estrechos y desgastados escalones de granito y se hallaron ante una enorme puerta de madera negra. Ratjur y Hanser seguían con las espadas desenfundadas. Debían entrar con rapidez pues el temible Karark no les daría tregua. Cuando el desterrado se proponía accionar el dorado pomo, la citada puerta se abrió sola ante su asombro. Entonces vieron una enorme sala de forma circular llena de estanterías con carcomidos volúmenes de magia y amarillentos pergaminos. Plateados candelabros iluminaban una delgada figura sentada ante una mesa de roble.

-Acercaos, extranjeros, acercaos –decía entre cavernosos susurros aquella silueta.

Cuando la distancia se redujo, los cabellos de Ratjur y Hanser se erizaron por unos segundos ante la estupefacción, pues hablaba una momia, sentada sobre un grueso trono de madera con incrustaciones de oro y diamantes. Iba ataviada con un casco y desgastada cota de mallas y polvorientas vendas. Aunque las cuencas de sus ojos estuviesen vacías, despedían unas diminutas chispas. Y sus mandíbulas chasqueaban de una desagradable

manera cuando emitía cualquier sonido.

-¿Qué quereis, extranjeros? –preguntó aquel ser del pasado.

El kossetanio contestó quienes eran sin alejarse del miedo.

-...Y ante el caos que se desencadena en Sarjania venimos a recoger el cetro para evitar más Muerte y destrucción –concluyó entre sudores el desterrado.

-Sé qué sucede en mi antiguo reino –dijo la momia-. También sé que Jarleus había vuelto de las tinieblas. Así, éste debe ser el Año del Trueno.

-¿Quién eres? -preguntó Ratjur con un estupor más fuerte que el terror.

-Mi nombre es Jak-Lar -respondió el muerto.

Y al oír esas palabras, Hanser y el guerrero temblaron. No se podían creer que estuviesen hablando con el hermano gemelo de Jarleus.

-Sí, extranjeros -prosiguió el cadáver viviente-. No os encontrais ante ninguna alucinación. Yo soy el hermano de quien pretende ser coronado otra vez en vuestro imperio. Han pasado muchos siglos desde nuestra rivalidad, desde su llegada al trono y mi obligado exilio. Recuerdo todavía aquella fiesta en la capital... Mi hermano había conseguido el cetro de Sarjania y yo me quedé provisionalmente con el poder del templo y los adeptos de Krar. Entonces estalló una estúpida contienda entre cierto sector de la aristocracia y él. Y negué la ayuda de la magia negra a mi hermano para conseguir sus

propósitos, es decir la perdición de aquellos nobles que se oponían a sus designios. Por ello sufrí la peor sentencia, el destierro.

“Me dirigí a las tierras del oeste y en los Montes Jundráger, en concreto en el castillo de Kurj, encontré un refugio para mis ideas y rituales. Sus magos me acogieron y me convirtieron en su amo gracias a mi dominio de la nigromancia. Deseaba regresar a la capital con un ejército de mercenarios. Gobernar aquel imperio era mi sueño, pero no fue así. Jarleus no recibió el apoyo de sus seguidores como esperaba y una noche envenenaron su vino. Después de la matanza en el palacio, durante una larga noche de persecuciones, subió al trono un hijo ilegítimo, quien había urdido numerosas intrigas en la Corte.

“Pasó el tiempo y los súbditos del imperio me olvidaron también. Y fui abandonando la idea de tomar Sarjania bajo mi mando. Un antiquísimo ritual me permitía ser inmortal, pero bajo este aspecto. Las profecías decían que habría un año de fuertes tempestades y con él, regresaría mi hermano. Así ha sido. Cuando los conspiradores nos entregaron el cetro, nadie sabía que su hermano gemelo, o mejor dicho, lo queda de él estaba todavía vivo. Han transcurrido siglos de tristeza, soledad e incluso miedo. He leído los viejos volúmenes de magia negra y los míticos Pergaminos de Karalós. He visto cómo reyes y emperadores desfilaban por estas naciones, corroídas por la podridumbre del poder. Aquí,

encerrado, veía cómo pasaban el tiempo y nunca esperé que llegase el Año del Trueno.

Ratjur y Hanser permanecían callados todavía.

-¡Abrid ese armario y sacad el cetro, extranjeros! –ordenó la momia.

Con tembloroso paso el kossetanio lo hizo y luego se acercó a aquella criatura.

-No, no me lo des. Que lo coja quien de verdad se merezca la corona de Sarjania, porque ni la ambición de mi renacido hermano, ni mi menguado poder conseguirán restablecer el orden en una difícil época de tensiones. Cuando vi que era Jarleus quien reclamaba la vara, decidí retenerla en la fortaleza, pues sabía que en cualquier momento llegaría un guerrero para imponer justicia. Atrevidos extranjeros... Un frío viento barrerá estas civilizaciones y un fuerte terremoto cambiará la faz de la Tierra. Nosotros desapareceremos, pero surgirá de esas cenizas nuevas culturas. Grandes reyes nos han precedido y grandes reyes nos sucederán. Sus palacios resplandecían con orgullo donde ahora reina el mar, las dunas del desierto o la vegetación de impenetrables junglas. Así es el ciclo de la vida.

El kossetanio y Hanser retrocedieron unos pasos. Era un sutil modo de despedirse de aquel ser y evitar problemas. En aquel instante los ojos de la momia volvieron a chispear y aquel ser sopló sobre las velas del candelabro. La sala quedó bañada por la angustiosa oscuridad.

Entonces empezó a soplar una brusca ráfaga de aire. Y un remolino, como el que se llevó el cetro de la caravana asaltada, empezó a envolver a los dos intrusos. E impulsado por una misteriosa y remota fuerza abandonaron la cámara. Ese torbellino les transportaba con rapidez a algún lugar, Ratjur y Hanser solamente veía que daban vueltas y que el aire empezaba a faltar en sus pulmones. De repente en breves segundos el remolino desapareció y bandolero y guerrero se encontraron agotados en el rellano de las montañas de Saruk-Jar. Estaban de nuevo en su cubil. Se alzaron, pero sus escasas fuerzas no les dejaban. Con aquel ritual habían hecho un viaje de escasos segundos cuando montados a caballo hubiesen tardado unas horas.

El kossetanio ordenó descansar unos minutos mientras aferraba con fuerza la dorada vara.

PRIMERAS DISPUTAS

Las semanas transcurrieron lentamente. Aunque Sarjania se encontrase en manos de los conspiradores y estos comenzasen sus planes previstos, pronto se desencadenarían rivalidades entre ellos. A pesar de ello debían ayudarse mutuamente, pues se murmuraba entre el nervioso pueblo que Ratjur había regresado, y además pensaba dar el trono al derrocado emperador Kunreor IV, ahora refugiado en un perdido lugar de las montañas de Saruk-Jar con los escasos partidarios que consiguieron huir durante la revuelta.

El gobierno de Jarleus iniciaba su etapa con serios problemas, pero quería asegurarse su posición ante la desconfiada gente que precisamente unos meses antes le aclamaban. Un realidad, una historia latía tanto en la capital como en el extenso imperio, el kossetanio no había muerto en las aguas del Vardorer, ni había sido asesinado por los ladrones de Licinius.

Tampoco no podían celebrar la ceremonia de la coronación para disipar posibles dudas entre el pueblo. Jarleus no podía ser el nuevo emperador oficialmente hasta que no apareciese el cetro, ahora robado del mismo castillo de Kurj. Unos astutos ladrones habían desafiado el poder

de sus hechiceros y esta noticia también se difundió por el reino. Además se comentaba que alguien del interior del castillo ayudó a los bandidos de las montañas para obtener la citada vara.

Entonces un cuervo sobrevoló las puntiagudas torres de la ciudad y lanzó un pequeño cilindro de metal con un mensaje en su interior. Afuera estaban escritos en antiguo sarjanio los nombres de Jarleus y Balkaj, los cuales leyeron el papel en la Sala del Trono e inmediatamente llamaron al general Fulvius, quien se presentó muy cansado por las campañas del sur, después de aplastar un puñado de campesinos rebeldes más allá del río Vardorer.

-Ratjur piensa regresar a la capital, matarnos y proclamar la llegada de Kunreor IV – dijo con sequedad Balkaj-. Así lo pone en el mensaje que acabamos de recibir.

-¡Eso es falso! –exclamó el general-. Debe tratarse de una broma de los mismos insurrectos que he colgado en el bosque antes. Ahora sus indefensas mujeres y asustados niños quieren darnos miedo con ese trozo de papel.

Fulvius notaba creciente agitación entre el pueblo, pero habían pasado muchas semanas desde la posible desaparición del kossetanio y, ante su silencio, daba por hecho su muerte o su exilio.

-No, general, desgraciadamente subestimé a ese desterrado.

Y a continuación el brujo alargó la mano con el documento que el militar leyó en voz alta:

“A los conjuradores de las tinieblas.

“Regresaré con el emperador para empalar en estacas de madera vuestros vacíos cráneos.”

Ratjur

Fulvius se rindió ante las evidencias, pues reconocía la caligrafía del desterrado. Su rostro era un mar de incertidumbres, pero a continuación sus ojos brillaron de rabia.

-Tú magnífico plan de conquista, brujo, ha fallado –recriminó el militar resentido-. Primero se escapa del carro cuando yo era partidario de asesinarlo en las mismas mazmorras. Luego acude aquí una noche, mata al margrave Julius y se lleva a su prometida. Más tarde confiábamos en los astutos ladrones de Licinius para interceptar su paso. Ahora veo que no lo hicieron prisionero... Después roba el cetro de Kurj y pronto volverá a Sarjania con más ansias de vengaza de las habituales.

-Podría matarte ahora mismo por hablarme de este modo, como hice con el estúpido de Craso –replicó Balkaj.

-¡Mago inepto! Sabes que Craso era un muñeco y que me necesitas a mi como un buen estratega, si quieres que rechace las tropas antes de presentarse ante las mismas puertas de la capital. Nos necesitamos si no deseamos ver

nuestras cabezas empaladas en la muralla de la ciudad.

-¡Callad los dos! –ordenó en un tono sombrío Jarleus desde su trono-. No nos sirve de nada pelearnos entre nosotros. Debemos unir nuestras fuerzas para acabar con los insurrectos y si fallan las espadas, recurriremos una vez más a la magia negra.

-Debemos contar con esa posibilidad desde el primer momento –prosiguió Fulvius-. En las pequeñas poblaciones del sur se producen continuamente revueltas entre campesinos que saben luchar tan bien como uno de nuestros soldados de la guarnición. Nos cuesta mucho sofocar estos ataques.

“A veces los murmuraciones son más efectivas que las armas y la idea de Ratjur, como nuevo héroe que salva el imperio, les anima. Sin embargo creía que se trataba de un falso rumor. Pensaba que Licinius había acabado con él. Se cuenta que Hanser, un conocido capitán de los bandidos, entrena a la gente a luchar con acero en aisladas zonas de la montaña y bosques. Además, este personaje ha reunido a otras bandas de ladrones y estos grupos de refuerzos ya nos han atacado en el desfiladero de Humar y otros lugares donde desfilan los citados espías o mis patrullas.

“Muchos campesinos se niegan a pagar tributos y su orgullo está apoyado por el poder de las nuevas armas robadas de los almacenes por la atrevida habilidad de los bandidos de Hanser

por la noche. Mis confidentes me traen las noticias muy confusas, como si extrañas fuerzas también se pusiesen de acuerdo contra nosotros, pero hemos conseguido averiguar que un misterioso sujeto, semejante a Ratjur, ha hablado en secreto con el pueblo desde su inesperada llegada y ha pactado con los comandantes de las ciudades de Iselia y Barurk, quienes al enterarse que Kuneor IV está vivo y volverá, se han rebelado contra nosotros. Prefieren seguir al supuesto kossetanio. Parece que todavía quedaba gente fiel al mercenario. ¡Hasta la apartada ciudad costera de Istaia piensa unirse a la rebelión! Y ahora he regresado del río Vardorer como mi cota de mallas manchada de sangre y mi casco lleno de abolladuras pueden demostrar. Los escasos campesinos de la región que escaparon de la horca no dudarán en aliarse de nuevo con el desterrado para tomar Sarjania, si es verdad que no ha muerto. Y mañana debo acudir allí otra vez.

-Te has vuelto muy responsable de repente -dijo Balkaj irónicamente-, cuando antes eran muy conocidas tus inagotables riquezas y las frecuentes y frenéticas orgías en tu mansión.

Fulvius miró con severidad el rostro del mago y después abandonó la sala sin dirigir el saludo nadie.

-No provoques la ira del único general que está de nuestra parte -prosiguió Jarleus-. Piensa que se podría unir a la causa rebelde si los asuntos de la Corte empeorasen.

-No lo veo posible –continuó el brujo-, pues Ratjur mandaría cortar su cuello. Dejemos que nos ayude a aplastar a los insurrectos. Démosle luego oro y mujeres y que se crea que sea el mejor militar de Sarjania. Después con vuestro permiso, te pediré un favor, emperador. Permíteme matarlo de una manera cruel y sádica que estoy pensando ahora... Sus errores estratégicos y su osado modo de hablarme han rebosado el límite.

SOPLA EL VIENTO DEL MIEDO

A pesar del caballeroso pacto de los conjurados, las calamidades se sucedieron durante los siguientes días. Un pequeño ejército de campesinos, bien entrenados para un combate rápido, había rechazado a los soldados de Fulvius que hasta aquel momento habían tenido fama de invencibles en las orillas del Vardorer. En ese mismo momento otro frente se adentraba por el norte, había cruzado el río Duir y se habían situado provisionalmente en el Bosque de los Abedules. En su avance iban protegidos por los flancos por los bandidos de las montañas.

Estas nuevas e inesperadas tropas estaban formadas por altivos hombres de cabellos y bigotes rubios y ojos azules. Sus cascos de cuernos y sus cotas de mallas brillaban ante el sol del amanecer. La deseada ayuda, formada por unos mil hombres, venía capitaneada por un orgulloso jinete, el príncipe Leif quien consiguió escapar y regresar a su país, Esvenia. La gente decía que habló de la conjura de Sarjania a su desconfiado padre y recordó el peligro que sufrirían los demás reinos de Occidente si no exterminaban a esos magos. Convencido por su

hijo, mandó enviar a sus soldados más preparados y al príncipe para que se curtiera en la primera batalla y olvidase por unas semanas la aburrida vida del palacio. Además tuvieron la inesperada ayuda de las tribus Arion y Llorark que decidieron olvidarse de las viejas rencillas para luchar contra un frente común.

Un cuervo avistó a ese ejército que acampó en el citado bosque e inmediatamente desplegó las negras alas para dirigirse a Sarjania. Y la sombría ave habló con voz semejante a los humanos, entre breves graznidos, ante la ventana de la cámara de Balkaj:

-...Y ahora esa tropa de esvenios descansa en ese paraje, pues esperan las órdenes de Ratjur –concluyó el cuervo.

El mago y el general se quedaron perplejos ante el empuje de los nuevos aliados que desconocían y cuando fueron a pedir ayuda y consejo a Jarleus, encontraron a éste tumbado en una dorado lecho.

Entonces fueron sorprendidos por una criado suyo, un hombre de aspecto simiesco, ojos saltones y una enorme joroba en su espalda.

-No debéis interrumpir el sueño de mi noble señor –dijo el siniestro mayordomo-. Ahora descansa en sus cámaras. Está bajo los efectos de una poderosa droga llamada Arigria, la cual le deja dormido entre agradables alucinaciones durante unos cinco días. Si le despertáis, podeis desencadenar su ira y os podría costar la vida. En ese momento él no conoce a sus amigos. Ha

ocurrido otras veces. En su anterior existencia mandó asesinar a su segunda esposa porque intentó despertarle.

Balkaj y Fulvius se retiraron de los aposentos del drogado emperador mientras el sonriente jorobado volvía a cerrar la pesada puerta de su cámara.

Los conspiradores perdieron un precioso tiempo mientras en difíciles momentos el emperador era esclavo de una antigua flor, muy utilizada en la clase aristocrática durante los primeros años de expansión de Sarjania.

El propio Balkaj tomó una precipitada decisión porque no debía esperar tanto tiempo.

-Dirígete con un puñado de hombres hasta las orillas de Talork –ordenó el hechicero con seriedad al general-, mientras yo organizo la defensa de la ciudad. Vete tranquilo, mi magia os protegerá.

Con esas palabras y, sin el amparo de Jarleus, que parecía el más fuerte, el nervioso militar pensaba llevar un pequeño ejército de quinientos hombres ante el pequeño río para atacar a los aliados cuando saliesen del Bosque. Sin embargo al abandonar la cámara tuvo otra idea.

LA MATANZA DEL RÍO TALORK

Severius, ahora comandante provisional de los ejércitos de Sarjania, había subido de categoría de un modo fulminante desde la caída de Kunreor y la llegada de Jarleus, aunque su verdadero benefactor fuese Balkaj. Ocupaba ese cargo de confianza después de Fulvius. De hecho los rumores en la capital decían que continuaban las rivalidades entre el tortuoso militar y el hechicero y daban a entender que, una vez solucionadas esas guerras, el brujo eliminaría al general para sentar sobre su caballo a Severius, que ya desempeñó un importante papel durante el asalto al palacio y la crucifixión de los prisioneros en la calzada que conducía a la capital.

Pero no tuvo mucho tiempo para saborear con su familia ese triunfo y, gracias a la envidias de Fulvius, que no podía soportar el vertiginoso ascenso de su antagonista, tuvo una arriesgada e importante misión para él. Situarse con quinientos soldados de caballería ante las orillas del río Talork e intentar frenar el avance de los esvenios. Esta vez tuvo un trabajo complicado.

Sin embargo su pequeño regimiento se situó de momento allí e instaló las tiendas de campaña y los pertrechos bélicos.

Dos días de tensa espera duró su estancia. En la orilla opuesta, bajo la reinante noche veía luminosos y parpadeantes puntos. Eran las hogueras del campamento esvenio.

Ahora Severius pensaba en su tienda ante un gran mapa de las tierras del norte. A su lado el fiel teniente Lergus esperaba órdenes en cualquier momento.

-¡Por la magia de Krar! –exclamó Severius-. Ese diota de Fulvius me ha encargado este trabajo para deshacerse de mí en la Corte. Cuando fui a hablar con Balkaj, éste se negó a recibirme. Y en estos momentos debo permanecer aquí, sin poder moverme. No puedo atacar a los esvenios sin que...

En aquel instante entró en la tienda un soldado diciendo que un hombre quería hablar con él. Ante tanta incertidumbre, Severius ordenó que entrase. Y allí apareció un mendigo, cubierto de harapos, barba y cabellos rubios de varios días y tuerto. Un negro parche cubría su ojo izquierdo.

-¿Qué quieres, perro? –preguntó el comandante-. Te advierto que tengo mucho trabajo... Si me has molestado por una estupidez...

-No, noble señor –dijo en un tono quejumbroso el indigente-. No pretendo

interrumpir vuestra magna tarea de estratega. Mi nombre es Eralk y soy un guerrero de la tribu Arion que te puede conducir a la victoria.

Ante esas palabras la mirada de Severius adquirió el brillo de la sorpresa, pero después no evitó un gesto de descontento. Se acercó al mendigo y sus dedos aferraron el cuello de la encorvada figura.

-¡Cuidado! –amenazó el comandante-. Si es una emboscada... ¿Por qué quieres traicionar a tu pueblo?

-Los Arion y los Llorark que se han unido a los esvenios del príncipe Leif me despreciaron hace años, casaron a mi novia con un guerrero del clan rival y yo, ante mi creciente dolor, fui condenado al destierro por el Consejo de Ancianos –respondió el indigente-. Ha transcurrido mucho tiempo y ahora ha llegado el momento de devolver el golpe. No lo hago por oro, noble señor, lo hago por venganza.

Severius escuchaba atentamente aquella historia.

-De acuerdo –dijo el comandante-. Dime cómo puedo vencer a Leif y verás las cabezas de tus enemigos empaladas en el río. Si es una trampa... veremos la tuya.

Por la mañana cuatrocientos hombres de Severius abandonaron el campamento y bordearon el río Talork hacia el noroeste hasta situarse cerca de su nacimiento, en las Fuentes de la Ninfa. Los cien restantes se quedaron en el

campamento. Lergus, que encabezaba como el comandante el regimiento, habló por unos instantes con Severius. Seguían al tambaleante mendigo que con frecuencia se apoyaba en un reseco bastón para caminar.

-Noble señor -dijo el teniente-. No encuentro sentido a esta incursión.

-Yo veo que sus palabras tienen coherencia -alegó Severius-. Leif no saldrá del Bosque de los Abedules hasta que las tropas rebeldes de Ratjur no abandonen la Cordilera Ulark y se dirijan a la capital. Nosotros intentamos bordear el río, cruzarlo donde la profundidad sea escasa, atravesar el Valle de las Doncellas y atacar desde ese flanco la región boscosa.

El regimiento continuó avanzando. El nivel del agua bajaba y entre la maciza vegetación se destacaba una pequeña cascada. Se trata de las Fuentes de la Ninfa.

-Ahora, crucemos el Talork -dijo el indigente.

La pequeña tropa se propuso pasar. Los cascos de los caballos pisaban las lisas piedras de la cuenca y al agua apenas llegaba a las cinchas de los jinetes. Cuando los primeros cincuenta hombres alcanzaron la orilla opuesta, divisaron las colinas previas al Valle de las Doncellas.

Entonces el mendigo empezó a reír y sus carcajadas causaron pánico entre los asustados soldados.

-¡Por Kronos! –exclamó el individuo-. No esperaba, Severius, que un joven ambicioso como tú fuese tan incauto para dejarse llevar por un engaño.

A continuación el indigente se arrancó la barba y peluca rubias, el parche y los harapos para mostrar una delgada cota de mallas y una espada con su vaina de cuero. Se trataba de un guerrero. Su cabello negro y sus ojos castaños revelaban la proximidad de un sanguinario ataque.

-¿Qué significa...? –preguntó perplejo el comandante.

-Soy Ratjur, el kossetanio –dijo el mendigo-. Me he ofrecido yo mismo con esta falsa apariencia en la misión de mermar el ejército de Balkaj. ¡Mira, mira!

Entonces la delgada columna de agua de la cascada se engrosó de repente y el nivel del caudal aumentó en escasos segundos. Como si se tratase de una gigantesca ola, aquellas turbulentas aguas arrastraron a la mayoría de los soldados río abajo. Luego caos, miedo, relinchos desesperados, gritos humanos de dolor reinaron en el lugar. Cotas de mallas, armas... fueron anegadas por la impetuosa corriente. Muchos soldados murieron ahogados. En la orilla opuesta Severius y Lergus observaron con un puñado de hombres el resultado de aquella trampa.

-Los brujos de Shag nos han ayudado en esta misión –dijo Ratjur-. Han hecho que

aumentase el caudal del río en el momento preciso sin provocar lluvia.

-Entonces... ¡Muere! -prosiguió Severius mientras espoleaba su caballo contra el kossetanio.

Sin embargo éste se hizo a un lado y con su desenvainada espada rasgó la cincha del corcel y su enfurecido jinete cayó al suelo. Después de un breve duelo, Ratjur alzó el acero para partir su cráneo. Lergus se proponía ordenar que matasen al atrevido guerrero, pero a continuación empezaron a surgir entre las colinas las tropas de Leif. Los supervivientes de la fracasada incursión arrojaron las armas al suelo. Y los rubios soldados del esvenio se encargaron de maniatar a los prisioneros mientras el príncipe y el kossetanio contemplaban la escena.

LA BATALLA DEFINITIVA

Aquel regimiento fue derrotado por los guerreros encabezados por Leif. La expedición de castigo, conducida astutamente por el mendigo, duró un día y los soldados restantes del campamento se retiraron a unas escarpadas colinas para preparar la ofensiva. Enterado del desastre, Fulvius intentó reorganizar ese deshecho ejército y sólo lo consiguió bajo amenazas. En la capital ya sabían la misteriosa crecida del río Duir y la total aniquilación del regimiento de Severius.

De repente el empuje de los campesinos desde la Cordillera Ulark causó estupor en la capital y solamente cuatro guarniciones frenó ese avance en el Valle de los Cuatro Reyes, muy cercano a la capital. Y allí se enfrentarían definitivamente los dos bandos. Si vencían los partidarios de Ratjur, la ciudad caería en cuestión de pocas horas y el poder de los nigromantes se acabaría pronto.

En aquellos decisivos días, mientras Jarleus se quedaba gobernando en Sarjania, entre ciertos nervios e inseguridad, Balkaj se trasladó al campamento militar que se situaba cerca de las colinas. La pequeñas montañas, cubiertas de

grandes tiendas de campaña, bordeaban el paraje y servían de protección al mismo tiempo.

Allí se hallaba el resto de las tropas bajo el mando del débil y pesimista Fulvius.

El brujo entró en la tienda del general mientras éste seguía estudiando unos mapas con el capitán. Sobre aquella mesa iban trazando líneas y esquemas, pero veían que el acoso de los reconquistadores era progresivo. La sombría aparición de Balkaj asustó al joven capitán, quien se marchó por intuición, sin que nadie le diera permiso.

El general se mostró realista.

-Sabes que nunca he rehuido un combate y que no soy partidario de la rendición, sin embargo debemos de ceder ante las evidencias –se explicó el militar-. Además se murmura que Ratjur recibe la ayuda de unos misteriosos magos y pronto se reunirán con él para atacarnos. Tampoco no entiendo cómo se habrá aliado con ese Leif, cuando su padre nunca participaba en las contiendas demasiado alejadas de sus brumosos fiordos y desoladas estepas. La emboscada que sufrió Severius en el río Talork es una muestra del poder de los rebeldes.

-Ese joven comandante ha pagado con su vida su desmesurada ambición –dijo el hechicero.

-Pero la crecida del río ha golpeado seriamente a nuestro ejército.

-¡Estúpido! –exclamó Balkaj-. No es el momento de lamentarse.

-¿Y qué solución propones?

-Esta noche realizaré un abominable ritual, propio de los oscuros magos del reino oriental de Katay. Mañana al amanecer las tropas rebeldes caerán.

Después de sus palabras el hechicero abandonó majestuosamente la tienda, sin embargo Fulvius ya no se creía nada de él como evidenciaba su rostro. Ratjur había escapado de todas trampas tendidas y quedaban pocos partidarios de la causa de Jarleus.

Y el momento del enfrentamiento llegó como la sombra de una lejana venganza. El ejército dirigido por el desterrado se situaba en el extremo del Valle de la Cuatro Reyes, cuando el sol salía con cierta impaciencia por el horizonte, como si no quisiera perderse la batalla que decidía la suerte en Occidente. Dos mil hombres se preparaban para la contienda. Las altivas lanzas mostraban el orgullo de unos soldados entrenados y deseosos de un rápido encuentro. Parte de las tropas del general Ratjur se habían adelantado durante dos días, atravesaron la larga Avenida de los Cipreses y se unieron a la caballería esvenia, todavía acampada en el Bosque de los Abedules. Ahora estaban pendientes de una señal.

Y en el otro extremo de valle empezaron a asomar los cascos y armaduras de los partidarios de Fulvius.

Montado sobre su corcel negro, el mercenario observaba con detenimiento la

llanura, pues allí estaban sus enemigos con las resplandecientes lanzas y corazas. En los dos bandos se notaba la llamada de la sangre, pero el desterrado aguardaba primero el ataque de los contrarios. Los segundos avanzaban en su inexorable y tenso curso.

En aquel instante un comandante se acercó:

-Las tropas quieren saber vuestras órdenes –dijo el capitán.

-Pronto lucharemos -contestó Ratjur-. No quiero adelantar el momento. No imaginaba que llegase esta ocasión. Si los vencemos, nos esperarán riquezas y honores.

-No ha sido fácil, noble señor.

-Sí, es cierto. No he tenido un camino lleno de alegrías para llegar hasta aquí.

-Será nuestra victoria. Pero murmuran que el brujo Balkaj se encuentra en el campamento enemigo y seguramente realizará algún ritual para derrotarnos.

-No tiembles por este asunto, comandante. Tenemos la ayuda de Shag, a quien los otros brujos temen. Nos protege su magia desde mi entrevista con él y nos prometió ayuda en esta arriesgada empresa, pues el futuro de los reinos occidentales se decide hoy. ¿O acaso has olvidado la matanza del río Talork? Y el Puñal Dorado del anciano también nos acompañará. Nuestros partidarios no nos dejan y si obtenemos el triunfo, los asustados restos del ejército se

retirarán a la capital. Allí acudiremos y entre los muros del palacio caerán esos asesinos.

-No entiendo cómo se retrasa tanto la lucha.

-Deben esperar a que el ritual de Balkaj tenga su efecto, pero el atemorizado Fulvius debe comprobar que estamos todavía en pie.

Siguieron segundos de más tensión.

-¡Escucha! –exclamó el kossetanio-. ¿No oyes la trompetas? Los enemigos tocan orden de ataque. ¡Vamos a recibirlos!

Las armas de los diferentes bandos relampaguearon. Por no avanzar las tropas de Ratjur, el adversario mandó el ataque y entonces los jinetes de los dos ejércitos cabalgaron rápidamente por el valle, mientras la tierra temblaba bajo los cascos de los enloquecidos caballos. Se escuchaban los alaridos de los soldados y campesinos quienes alzaban sus espadas con ansias de destrucción bajo un brillante sol. El desterrado encabezaba a los rebeldes y, mientras cabalgaba, por unos intensos minutos en su mente recordaba antiguos cánticos de guerreros de su reino.

Pronto sobrevino el terrible choque y los aceros sonaron de un modo desgarrador. Una rojiza neblina flotaba por el lugar y la espada de Ratjur se convirtió en arcos carmesís. El mercenario sabía dar los golpes en su instinto vengativo y esquivaba con agilidad las furiosas acometidas de su rival. Y de nuevo se mostró su valor en el arte del combate que pocos soldados podían igualar. Pero por fin el desterrado tenía

una cosa segura contra la que luchar, pues antes peleaba contra la magia negra y el acero no podía hacer nada ante los poderes invocados desde las tinieblas.

Después de unas hábiles estocadas, su enemigo cayó y a continuación la triunfal sonrisa del desterrado se dibujaba entre la masacre que dominaba la escena. Observó por unos instantes que sus ejércitos iban ganando terreno y si durante ese tiempo Balkaj efectuaba algún encantamiento, el citado hechizo estaba destinado al fracaso. Ratjur se hallaba en el centro de la batalla.

Entre el mar de cabezas y cascos, el mercenario vislumbró a Fulvius, quien combatía desesperadamente también. A pesar de su precaria situación, sabía defenderse con majestuosidad. El desterrado se abrió paso contra un grupo de su guardia personal, pero él realizó los estocadas mortales y los soldados cayeron pronto. Ahora se encontraba ante un militar que tenía escasas posibilidades de escapar. No podía huir como en el primer combate, cuando intentó frenar el empuje de los insurrectos hacía días, ni colgaría a sus líderes.

-Fulvius, mi acero te saluda –dijo Ratjur severamente.

-Si mueres hoy valdrá la pena esta matanza
-respondió el general con falsa elocuencia.

El kossetanio alzó su espada y espoleó su corcel. Fulvius también se preparó para el definitivo duelo. Los aceros de los dos generales

chocaron y durante unos interminables minutos los dos adversarios demostraron sus posiciones igualadas para defenderse, pero pronto se impuso el ágil ataque del desterrado. El mercenario no respondía nada, sólo su acero expresaba anhelos de represalias. Un rápido movimiento del desterrado significó el final del Fulvius, pues su afilada hoja atravesó las costillas del militar. El general pronunció un ahogado gemido y cayó de su caballo.

-¿De qué te ha servido defender la causa de un muerto como Jarleus? –preguntó el kossetanio al cadáver.

A continuación los cascos de otros caballos pisaron el cuerpo en el fragor de la batalla. Ahora era un desconocido más.

Ratjur continuó el enfrentamiento contra otros soldados y, aunque el sanguinario encuentro se prolongase demasiado tiempo, los partidarios de Jarleus vieron su inminente derrota con su jefe muerto y algunos se rindieron alzando las manos y lanzando sus aceros sobre la hierba teñida del líquido carmesí.

Sin embargo cierto grupo consiguió huir y se dirigió exasperadamente a la capital. Los alaridos de victoria resonaron en el Valle de los Cuatro Reyes. Los supervivientes del destrozado ejército se convirtieron en prisioneros mientras una reducida parte de la triunfal tropa se proponía arrasar el campamento militar del difunto Fulvius. Encontraron una débil resistencia por parte de unos pocos soldados que vigilaban los escasos

dispositivos de armas que quedaban entre las tiendas de campaña. Pronto los adversarios se rindieron y fueron hechos prisioneros. Después prendieron fuego a la base. Allí interrogaron a un atemorizado escudero y éste dijo que unos guerreros jorobados y Balkaj habían abandonado el lugar.

-...Cuando veían el desastre, el hechicero subió a su cuadriga y, acompañado de los soldados, se marchó a la capital –concluyó el tembloroso joven.

-¡Ah! -exclamó el conquistador-. Allí nos encontraremos todos. No perdamos más tiempo y preparemos el golpe definitivo.

EL PUÑAL DE SHAG

Una gruesa columna de soldados y campesinos se iba encaminando hacia las altivas murallas de la deseada Sarjania. En la capital las malas noticias se extendieron pronto como el fuego ante el empuje del viento por las destrozadas tropas. Llegaron a la ciudad mientras difundían la muerte de Fulvius y la llegada de Ratjur y el emperador. La gente tuvo miedo por el cercano acontecimiento que se avecinaba y no sabían qué partido tomar. En las calles ciertas personas ya proclamaban libremente el nombre de Kunreor IV y del desterrado. Los guerreros disponibles y escasos partidarios de Balkaj y Jarleus se encerraron en el palacio y desde allí lanzaron órdenes con amenazas.

El mago se lamentaba en silencio en una estancia junto al desconfiado usurpador, pues el hechizo que había realizado en el campamento había fracasado.

-He notado como si mis fuerzas fallasen por la presencia de otra persona más poderosa - decía Balkaj.

-No nos quejemos –añadió Jarleus-. Ahora debemos de unir nuestras fuerzas para acabar con esos insurrectos. Tendrán serios problemas para tomar la capital.

-No sé si podremos rechazarlos –se mostró realista el brujo-. Tú todavía estás muy debilitado para emplear tu magia después de dormir el sueño del Arigria que tanto te fascina y yo repito que alguien utiliza las benignas fuerzas de la magia blanca para lanzarlas contra nosotros.

-¿Y quién puede ayudar a Ratjur?

-No lo sé, pero el impacto que he sentido contra mis poderes también me han dejado con escasas fuerzas. Cuando los rebeldes pensaban atacar el Valle de los Cuatro Reyes, yo intentaba un encantamiento, intentaba provocar un gran terremoto. Las grietas abiertas en la tierra arrastrarían al abismo a esos estúpidos, pero al amanecer las trompetas de guerra ansiaban el combate.

-¡Por Krar! –exclamó Jarleus en un tono amargo-. Las ironías de la Historia... Afuera el enemigo se aproxima... Hace veinte siglos mis rivales eran los aristócratas de la Corte... Vivir unos meses para saborear mi triunfo y ahora... vivir para contemplar mi final.

Balkaj no respondió a los amargos comentarios de su verdadero amo y abandonó la estancia para dar más órdenes. Los soldados obedecieron y se pusieron por las diferentes partes de la muralla del palacio.

Cuando el atardecer se extendió sobre la caótica Sarjania, un victorioso ejército entró en la ciudad. Ahora la incongruente muchedumbre aclamaba la llegada de las tropas del kossetanio y de Kunreor IV en la Avenida de los Guerreros de Bronce, donde hacía unas semanas era perseguido como un forajido. Con el desterrado entraba un pequeño carruaje que llevaba al anciano brujo Shag. Afortunadamente en las murallas de la capital no se encontró resistencia porque muchos hombres decidieron rendirse arrojando sus armas al suelo. Los escasos enemigos se refugiaron desesperadamente entre las paredes del palacio. Los soldados del desterrado asediaron el edificio y comenzó un intercambio de flechas, con lo cual la constante lluvia de dardos oscurecieron por unos instantes el día.

Las bajas aumentaron en los diferentes bandos. Las catapultas de los partidarios de Ratjur lanzaron sus piedras que ocasionaron importantes destrozos entre las torres, pero ese ataque no suponía la inminente rendición de los enemigos. El pueblo ayudó de nuevo y la gente apoyó las escalas de asalto sobre la muralla. En los primeros momentos los atacantes eran rechazados, posteriormente el incontenible empuje de la gente consiguió su éxito soñado. Unos guerreros se introdujeron en el palacio y se abrieron paso entre los pocos enemigos y las puertas del edificio se derrumbaron con un ruido semejante a mil truenos.

Las gargantas de la gente profirieron gritos de alegría y todos entraron con sus armas al patio de la fortaleza. Las espadas continuaron su mortal cántico y los adversarios cayeron entre abundantes charcos de sangre. La batalla finalizaba y alcanzaba su momento culminante. Ratjur se proponía entrar en la construcción principal para eliminar a los nigromantes y avisó personalmente a Shag, sin embargo, al girarse, vio que el anciano había desaparecido de su carruaje. Buscó durante unos largos instantes por el lugar entre la confusión de cabezas y brazos de la gente, pero no lo localizó. El desterrado temía por la vida de un débil viejo entre aquel caos de múltiples peleas, pero también recordó sus poderes mágicos. Un encantamiento de los suyos sería más efectivo que un golpe de espada.

El kossetanio alzó su brazo y ordenó que el resto de los soldados entrasen en el edificio. Cruzaron el patio tapizado de cadáveres, pero un objetivo seguía en la mente del desterrado. Entró en las cámaras imperiales para derrotar a los antiguos conspiradores. El camino estaba despejado y los partidarios del mercenario habían acabado con la debilitada resistencia que presentaban unos cansados y desanimados soldados. Con la muerte de aquellos hombres ya controlaban el palacio y el centro del imperio se encontraba bajo el poder del guerrero. Acompañado de diversos espadachines, el desterrado subió por una escalera para llegar con

impaciencia a la Sala del Trono. Estaba cerrada por dentro y cogió con sus dos manos su espada roja para entrar como un huracán en el lugar. Entonces un inesperado espectáculo se ofreció en los ojos de los presentes. Balkaj estaba muerto sobre el suelo con una herida en el pecho y su sangre empezaba a manchar sus hábitos y se deslizaba por las losas. Sentado en su trono estaba Jarleus con el Puñal Dorado clavado entre sus costillas.

Shag hizo su aparición en el otro extremo de la cámara con una misteriosa calma.

-Se han debilitado -dijo el anciano-. Sin duda intentaban un nuevo ritual para ocasionar vuestro fracaso, pero no han podido, el Puñal Dorado que atraviesa el cuerpo de Jarleus, absorbió sus malignos poderes. Llegué a la sala cuando los guerreros dominaban el palacio, pero entré en concreto a esta cámara donde se reunían los citados nigromantes. Quisieron matarme, pero no lo consiguieron. Sus fuerzas fallaron ante la proximidad de mi arma y con rápidos movimientos hundí la daga en las respectivas víctimas como lo hubieran hecho en sus sacrificios humanos, si hubiesen ganado.

Ratjur permaneció callado un momento porque él mismo hubiese preferido acabar con los hechiceros, sin embargo luego pensó que se trataba de un asunto sólo de magos.

-¡Os felicito, Shag! –exclamó el desterrado-. Gracias a vuestra ayuda ahora Kunreor será de

nuevo el amo del imperio. Venid y sereis recompensado.

-No, atrevido mercenario, yo deberé regresar a Barak-Sar donde me esperan mis hermanos -negó cansadamente.

En aquel instante la muchedumbre aclamaba desde el exterior a Ratjur y a Kunreor. Todos querían que el extranjero saliese al balcón imperial para saludar. El desterrado se apoyó con lentitud sobre la ancha baranda de piedra mientras abajo los ensordecedores alaridos de la gente llegaban a molestar. El general miró al pueblo y aceptó la situación y con un orgulloso gesto animó a la gente. Sin embargo sus ojos captaron otros detalles, se trataba de una reducida comitiva que se adentraba con dificultad entre el pueblo. Era un grupo de bandidos capitaneados por un sonriente Hanser porque, al enterarse del triunfo, el jefe de los ladrones se presentaba en la ciudad para llevar a la prometida de Ratjur y al emperador.

El corazón del mercenario se aceleraba cuando vio a su novia montada sobre un majestuoso caballo. La gente se calló por unos instantes y cedió paso a la comitiva. Nydia avanzaba con cierto orgullo porque sabía que no volvería a vivir un momento semejante. Hanser ayudó a bajar del corcel a la mujer y luego hizo lo mismo con el emperador quien también no se imaginaba que recuperase el trono de Sarjania. Con el resto de los bandidos subieron los escalones del palacio y entraron en la Cámara de

Audiencias. Pronto el desterrado pudo tener entre sus brazos a su futura esposa. Se besaron y se miraron por unos momentos. La felicidad de la antigua camarera era grande y lo demostraba a través de las lágrimas que resbalaban por sus suaves mejillas. La emoción no se podía soportar. Shag y el resto de los presentes se adelantaron para felicitar a la nueva pareja.

-¡Por Ashara! -exclamó Kunreor-. Ratjur, Hanser... todos vosotros ocuparéis un destacado cargo en mi Corte y tu gente dejará de vivir en las montañas como forajidos. Ellos serán mis nuevos componentes de la Guardia Personal. Me habéis ayudado en los momentos difíciles y sé cómo recompensar a la gente. Ratjur, serás desde ahora el general de mis ejércitos.

-Majestad -dijo el desterrado-. Estaré orgulloso del cargo que me asignéis.

El desterrado miró entonces a su amada.

-Respecto a ti, pequeña -añadió el guerrero mientras deslizaba su mano por la cintura-. Te convertirás en mi esposa. ¿Qué me dices?

-Esperaba estos momentos -dijo ella con lágrimas todavía. No puede ser tanta alegría.

-Es cierto. Si me viesen en mi tribu... Ahora mi nombre será reconocido y por fin he encontrado un país para vivir. Ratjur, general de las tropas sarjanias... ¿Qué te parece, muchacha?

